



F
B
I

EDDIE THORNY

MIENTRAS TU AGONIZAS

EDDIE THORNY

MIENTRAS TU AGONIZAS



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1957
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN,—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

- | | | | |
|------|------------------------------------|------|------------------------------------|
| 100 | Yo, Director del F. B. I. (1). | 297 | Cuando la ciudad duerme (5). |
| 200. | F. B. I. contra Crimen, S. A. (1). | 298. | Dakin «el Guapo» (42). |
| 222. | Apprendiz de policía (30). | 300. | National 71177 (21). |
| 225. | Muerto en la carretera (4). | 301. | La amenaza de Morris (4). |
| 226. | Sangre de periodista (23). | 302. | Yo te defiende (28). |
| 230. | Uno contra todos (28). | 303. | El humo llevaba sangre (9). |
| 232. | Oscuro traición (41). | 310. | Sobra un hombre (21). |
| 234 | Sólo existe un dilema (9). | 311. | ¡Yo no lo maté! (44). |
| 235. | Legión extranjera (30). | 312. | Duelo en las sombras (28). |
| 238. | El triunfo del bien (42). | 313. | Falsa coartada (30). |
| 240. | Los sospechosos (40). | 314. | Rehenes (4). |
| 244. | Puente de traidores (17). | 315. | Noche sin amanecer (5). |
| 249. | Un caso policíaco (4). | 316. | El inspector Dirac investiga (42). |
| 250. | Caza del hombre (44). | 317. | Exterminio (30). |
| 251. | En la brecha (17). | 323. | El renegado (5). |
| 252. | Galería de condenados (4). | 324. | El testigo amordazado (3). |
| 253. | Vidas truncadas (44). | 325. | Por la espalda (44). |
| 257. | Última pena (5). | 326. | Ayer fui asesinado (4). |
| 260. | El astuto Rubén (40). | 327. | De cebo, un «gangster» (28). |
| 261. | La Policía lo sabe (3). | 328. | Barrera de odio (42). |
| 262. | ¡Perseguido! (28). | 329. | La caza de Bucky (5). |
| 264. | Callejón sin salida (5). | 330. | Happy sabe cumplir (17). |
| 267. | ¡Pánico! (4). | 331. | Doble enigma (30). |
| 269. | La banda de los buhos. | 332. | Acusa el testigo (21). |
| 270. | Inspector especial (42). | 333. | El «boss» está servido (4). |
| 272. | Tres muertos para tres (48). | 334. | El robot y la muñeca (37). |
| 273. | Huyendo del pasado (30). | 335. | El castigo del mal (42). |
| 274. | Manos sucias (4). | 336. | ¡Y no soy culpable! (3). |
| 275. | El elefante blanco (49). | 337. | Niebla en el pasado (29). |
| 276. | Al margen del deber (21). | 338. | Chantaje en Tokio (50). |
| 277. | Al servicio de la Ley (42). | 339. | ¡Logan vuelve! (30). |
| 279. | Tres ramas de un mismo tronco (3). | 340. | Ella y el «gangster» (17). |
| 281. | El fiscal asesinado (9). | 341. | La bestia (5). |
| 282. | Vallija diplomática (30). | 342. | Descenso al abismo (37). |
| 283. | Misterios de Chicago (4). | 343. | Tras el telón de bambú (51). |
| 284. | ¡Expulsado! (37). | 344. | El verdugo soy yo (4). |
| 285. | Diamantes rojos (42). | 345. | Ha muerto un valiente (17). |
| 288. | El último asalto (30). | | |
| 290. | La muerte al volante (45). | | |
| 294. | Grow Street (47) | | |

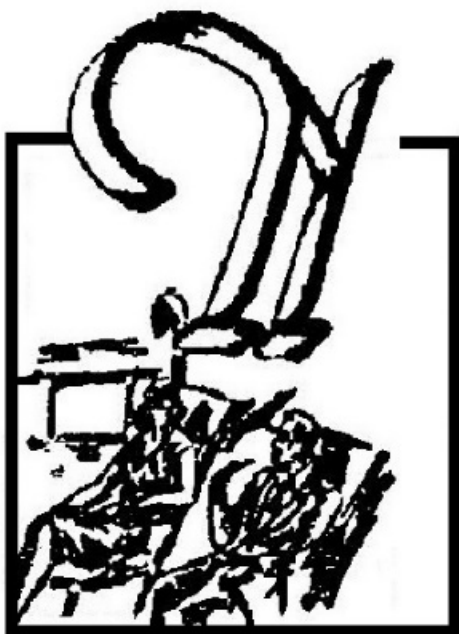
346. El pequeño «boso» (23).
 347. Amarga victoria (28).
 348. Una gota de sangre (21).
 349. Trágica obsesión (42).
 350. «Gangsters» de ring (5).
 351. La novia se viste de luto (41).
 352. Pistolero de hielo (28).
 353. Batida en el arrabal (52).
 354. Destino implacable (3).
 355. El loco (42).
 356. Ex agente especial (23).
 357. Bajos fondos (30).
 358. Espera desesperada (4).
 359. Por encima de todo (17).
 360. Músculos y cerebro (53).
 361. Con bandera falsa (8).
 362. La muerte suelta la presa (28).
 363. Esclavos del delito (23).
 364. Desafío a la muerte (41).
 365. Sin miedo (5).
 366. Canal sangriento (23).
 367. Sepultado entre llamas (40).
 368. Mi cabeza está en juego (4).
 369. A zarpazos (17).
 370. Máscaras del delito (28).
 371. Huracán de odios (40).
 372. Secuestrados en el infierno (52).
 373. «Magnum» contra «Luger» (5).
 374. Hampa internacional (35).
 375. Testigos: mis ojos (4).
 376. Veinticinco encarnados (54).
 377. La prueba de fuego (4).
 378. La búsqueda silenciosa (3).
 379. Rumbo a la muerte (44).
 380. Tú eres el asesino (21).
 381. Puerto de Nueva York (9).
 382. Cruel alternativa (5).
 383. Corrupción (4).
 384. Momento decisivo (33).
 385. Acepto tu reto (28).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|----------------------|
| (1) Alf Manz. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell- |
| (2) Fred Baxter. | (23) Al Gallard. | gon. |
| (3) Frank McFair. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cunt- |
| (4) Eddie Thorny. | (25) Josep Tell. | ler. |
| (5) O. C. Tavin. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (6) Alar Bect. | (27) Lou Dark. | son. |
| (7) A. G. Murphy. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (8) Lewis Haroc. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (9) J. L. Martyn. | nos. | son. |
| (10) Jack Brooklyn. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones. |
| (11) Thomas Settee. | (31) Sand Burt. | (46) Richard Har- |
| (12) John Nebot. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (13) Thomas Wan- | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| ton. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (14) F. N. Graw. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (15) Robert Deaf. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (16) Alan Carson. | man. | mery. |
| (17) Alu Cortroa. | (37) Angelo de Tar- | (51) M. Saavdrovich. |
| (18) Jack Grey. | turis. | (52) F. Spey. |
| (19) Edgar Ford. | (38) Gary Belsan. | (53) A. River. |
| (20) Andre O'Sun. | (39) Paul Coster. | (54) Rufus None. |
| (21) Fel Marty. | | |

I

DINERO FÁCIL



O llegué a Miami en busca del sol, sino huyendo de la sombra. Puede parecer lo mismo, pero significa algo diametralmente opuesto. Los que al acercarse el invierno marchan a Florida para calentar sus cuerpos con el cálido sol tropical, suelen ser millonarios; los que, como yo, descienden hasta la extremidad meridional de Estados Unidos, rehuendo las sombras, disponen, a veces, de grandes sumas de dinero, pero por regla general no están en condiciones de explicar su origen, ni la

Policía siente por ellos el reverencial respeto que le imponen los caballeros cuya firma basta para hacer pagadero un cheque de seis o siete cifras.

Yo había pasado «a la sombra» tres años interminables en la Eastern Penitentiary de Filadelfia, y las autoridades de Baltimore parecían interesadas en que repitiera en Maryland la poco agradable experiencia de Pensilvania. No tenía el menor deseo de darles facilidades, y puse rumbo al Sur, con la esperanza de que Miami fuese un trampolín que me permitiera saltar sin demasiadas dificultades a cualquiera de las Antillas.

Encontré la ciudad como me la imaginaba y como la había visto cien veces en las pantallas cinematográficas. Deliciosa y encantadora para un sujeto ansioso de aligerar un poco el peso de su cartera, o para una joven bonita, ambiciosa y sin demasiados escrúpulos respecto a los procedimientos para conseguir abrigos de pieles y alhajas deslumbrantes. Como no era ninguna de las dos cosas, tuve prisa por abreviar mi estancia.

Quiso la suerte —o la desgracia, que no sabría ni aun ahora cómo calificar lo ocurrido— que Lionel Krupa, un antiguo conocido, al que iba especialmente recomendado, pensase de manera diametralmente opuesta. Contra lo que cabía esperar, me recibió con los brazos abiertos, y sólo torció el gesto cuando indiqué la premura que sentía de poner agua por medio.

—Quédate aquí, Wilton —dijo, dándome una afectuosa palmada en la espalda—. Miami no es sólo el paraíso de los millonarios, sino de cualquiera con un poco de decisión y audacia.

Si algo me sobró en la vida, fue decisión. Tenerla con exceso me ha costado los mayores disgustos. Pero como nadie escarmienta ni en cabeza propia, me sentí halagado al escuchar a Krupa. Más aún al oír lo que dijo a continuación:

—Aquí ganarás más dinero y correrás menos riesgos que en ningún otro sitio de la tierra. Basta un asuntillo para sacar en unas horas lo que en «Balt» o «Phi» te costaría años. Incluso tengo un buen trabajo para ti.

No era él, naturalmente, quien dirigía el negocio ni se llevaba todos los beneficios. De creerle, no pasaba de ser un simple intermediario, un eslabón en una cadena larga y sólida que iba de unos peces gordos a otros, a los que enlazaban sujetos de menor

cuantía, como él o como yo.

—No tendrás más que ir de pesca un día a la semana. Saldrás por la mañana y estarás de vuelta al anochecer. Será una tarea fácil y sencilla, que te valdrá un «grande».

Un «grande» son mil dólares, y nadie paga mil dólares por una breve excursión de placer. Supuse, naturalmente, que había algo más de lo que Krupa decía y, en tono receloso y desconfiado, inquirí:

—¿Quién cargará con los «fiambres»?

—No habrá «fiambres» —respondió con firmeza—. Ni siquiera tiros. Puedes prescindir de la «artillería», e ir tranquilamente con las manos en los bolsillos sin el menor temor.

Acabé aceptando el ofrecimiento, aunque no creía que pudiera ser verdad tanta belleza. Que ir a cualquiera de los lagos cercanos y perder unas horas con una caña en la mano pudiera valerme mil dólares, superaba, con mucho, mi capacidad de comprensión. Pero hice el primer viaje y resultó cierto.

—Mañana tendrás que volver a viajar —me indicó a poco Lionel—. Esta vez no irás al Lake Placid, sino al Istokpoga. Serán veinte millas más.

Tener que recorrer ciento setenta millas en lugar de ciento cincuenta carece de importancia cuando se dispone de un buen coche —y el «Buick» que habían puesto en mis manos volaba más que corría— y se marcha por una espléndida carretera. Tardé unos minutos más en la ida y en el regreso, pero tuve que estar media hora menos con la caña de pescar en la mano y sentado entre unos espesos matorrales de las orillas del lago.

Fue el único cambio; todo lo demás sucedió en forma idéntica que en el primer viaje. Al volver a Miami, cerca de la medianoche, ya según lo convenido, traía en un morral de plástico diez o doce peces. Ninguno era de gran tamaño ni de especie desconocida; probablemente nadie daría por ellos en el mercado arriba de cuarenta o cincuenta centavos. Pero al entregárselos a Krupa en el punto acordado, recibí a cambio diez relucientes billetes de cien dólares cada uno.

—O tus amigos están locos —dije al día siguiente a Lionel—, o yo necesito una camisa de fuerza.

—Ninguna de las dos cosas —replicó Krupa—. Tú haces un buen

negocio, y ellos no pierden nada.

No acertaba a explicarme cómo pudiera no perder hasta la respiración el imbécil que pagaba mil por lo que no valía uno, e hice una serie de preguntas, a las que Lionel no juzgó conveniente contestar.

—La curiosidad es siempre peligrosa, muchacho —dijo en tono evasivo—. Lo mejor que podría ocurrirte sería perder un trabajo tan sencillo como lucrativo.

Decidí hacerle caso, y durante una temporada dejó de preocuparme lo que pudiese haber detrás de todo aquel sorprendente asunto. Me limitaba a marchar, provisto de mis aparejos de pesca, al sitio que Krupa me indicaba la víspera del viaje, permanecer en la orilla de cualquier lago hasta que recogía los peces que había ido a buscar, entregárselos a la vuelta en el lugar convenido de antemano y embolsarme un dinero ganado sin riesgos ni esfuerzos de ninguna clase.

Mi tarea resultaba mucho más sencilla por el hecho de que ni siquiera tenía que molestarme en pescar. Siempre había un individuo que se me acercaba cuando llevaba un par de horas con la caña en la mano y, tras cambiar conmigo unas frases determinadas, me «vendía» los peces que había de traerme, por un par de dólares.

Tampoco el sujeto que me los «vendía», y que era siempre el mismo, debía haberlos pescado personalmente. Aunque bien conservados, resultaba indudable que los animalitos llevaban veinticuatro horas como mínimo fuera del agua, y pronto llegué a la conclusión de que ninguno de ellos había nadado jamás en las aguas de ningún lago de Florida. Incluso en tres ocasiones diferentes llegué a ver acuatizar el avión provisto de flotadores en que eran traídos hasta un punto próximo al lugar en que yo esperaba.

No me costó excesivo trabajo imaginarme el resto. Los peces que yo recibía para ser llevados a Miami habían sido convenientemente acondicionados a ciento cincuenta o doscientas millas de distancia, fuera del territorio federal y de las aguas jurisdiccionales americanas. ¿Dónde? Lo mismo podía ser en Cuba que en cualquiera de los infinitos islotes que forman un extenso arco entre las costas americanas y las Grandes Antillas.

—Se trata de contrabando —decidí, convencido—; pura y simplemente de contrabando.

El contrabando tenía que ser de gran valor para justificar una organización tan complicada, y de reducido volumen para poder ocultarlo en el interior de unos peces de tamaño reducido. Pero había tantas cosas que sin abultar mucho representaban verdaderas fortunas, que resultaba difícil decidir de cuál de ellas se trataba concretamente.

Más de una vez me asaltó la tentación de escamotear alguno de los peces, e incluso un cargamento entero. Me contuvo la plena seguridad de que la hazaña no pasaría inadvertida y de que me costaría cara. Por muy amistoso y sonriente que se mostrase conmigo, Lionel Krupa no resultaba saludable como enemigo.

—Tiene como mínimo cinco muertos a sus espaldas, y no me gustaría hacer el número seis en la lista.

Directa o indirectamente relacionada con el contrabando había gentes de las más diversas cataduras, desde vulgares «gángsters», como Fat Boy Ricket, hasta políticos influyentes, como Vince T. Linbury, pasando por abogados enredadores, millonarios que gastaban el dinero a manos llenas, damas de una «society» más o menos auténtica, sujetos de turbios antecedentes que se ganaban la vida de las maneras más inverosímiles, apostadores profesionales e incluso caballeros cuya misión consistía en velar por el cumplimiento de la Ley, pero que encontraban más lucrativo olvidarse de cuando en cuando del más inexcusable de sus deberes.

Sólo de uno de ellos —Fat Boy Ricket— me habló Krupa reconociendo que intervenía en el negocio, si bien haciendo constar que tampoco era el cerebro que lo dirigía. De creerle —y no tenía razón alguna para poner en duda sus palabras—. Ricket seleccionaba y acaudillaba los «muscle men» encargados de que el contrabando no sufriera extravíos ni ninguno de nosotros cayese en la tentación de hablar más de la cuenta.

Hubo dos personas que, animadas por el «*whisky*», empezaron a darle gusto a la lengua. Ninguna llegó a decir gran cosa, porque se quedaron definitivamente sin habla a los pocos minutos.

Haciendo honor a su apodo, Fat Boy era de una gordura insolente, con una triple papada, unos ojillos apenas visibles entre los carnosos párpados y un abdomen prominente. Vestía con un lujo detonante, luciendo siempre camisas polícromas y corbatas de colores rabiosos, y tenía el más elevado concepto de su valía e

inteligencia. Había sentado sus reales en Coral Gables, y extendía su influencia por todo South Miami.

—Te conviene portarte bien, muchacho —me dijo en una ocasión, hablando con el aire de condescendiente superioridad que le caracterizaba y sin quitarse el puro de sus labios—. Con mi protección puedes llegar lejos; sin ella no llegarías nunca a Miami Beach, con estar tan cerca.

Cualquiera que le oyese hablar creería estar escuchando al Presidente de la nación. Pero yo sabía que había que quitar muchos ceros para dejarle reducido a las dimensiones de un pequeño «boss», explotador de unos cuantos locales de espectáculos, secundado por diez o doce individuos a quienes no molestaban escrúpulos de ninguna clase. No podía ser, en modo alguno, el cerebro que hubiese montado y dirigiera el negocio del contrabando, aunque parecía empeñado en que todos lo creyésemos así.

—Lo que constituye la mejor prueba de que no lo es. Aparte, claro está, de que le falta masa gris.

El jefe tenía que estar más alto. Podía ser uno de los «big shots» que conocía un poco por encima, o alguno al que ni siquiera hubiese oído nombrar hasta entonces. En todo caso, no puse demasiado interés en averiguarlo. No sólo porque Lionel me advertía a menudo de los peligros que entrañaba la curiosidad, sino porque no sabía de qué podría servirme.

Un día descubrí que Krupa ganaba mucho más que yo, y que los mil dólares que cobraba por cada uno de mis viajes no eran una suma tan fabulosa como me pareció al principio. En otro sitio cualquiera habrían bastado para vivir un mes con relativo desahogo. Pero Miami no era un sitio cualquiera ni la vida tenía el mismo precio que en Nueva York, Filadelfia o Chicago. Por lo menos, la vida que a mí me atraía y la que me creía con derecho a disfrutar.

—Quieres más «pasta», ¿eh? —Y Krupa no pareció sorprenderse en lo más mínimo por mi insinuación—. Se lo diré a Rickett, y espero que acceda a dártela.

Pero pasó un mes sin que me dieran un centavo más, y resolví utilizar un método directo para conseguirlo. Un día, con el cargamento de peces correspondiente en mi poder, apresuré la vuelta y llegué a Miami dos horas antes de aquélla en que había de

entregárselos a Lionel. Sabía dónde podía encontrarle, le llamé por teléfono y planteé la cuestión sin rodeos ni medias tintas.

—Necesito más dinero, y tendrás que dármelo. Lleva cinco mil dólares esta noche, o no verás lo que traigo.

Lanzó unas cuantas maldiciones y otras tantas amenazas. No me impresionaron en lo más mínimo. Le tenía cogido por el cuello; el contrabando estaba en mi poder, y por ciertas indiscreciones suyas conocía que aquella vez era más valioso que de costumbre.

Discutimos un rato, llamándonos mutuamente por nuestros nombres, pero acabó pidiéndome que le telefonease una hora después. Era lo que yo esperaba, y di por descontado el éxito del plan trazado. Kupra hablaría con Ricket, éste, a su vez, consultaría con quien fuese, y todos tendrían que reconocer que nada podía resultarles más barato que darme lo que pedía.

Cuando hablé de nuevo con Lionel —y tuve buen cuidado de hacerlo desde un teléfono público, sito a mucha distancia del que había utilizado con anterioridad—, vi confirmadas mis presunciones. Aceptaban mi exigencia, desde luego. Pero...

—Despídete del negocio, porque no volveremos a darte ningún encargo.

Sonreí, desdeñoso. Unos pocos miles de dólares no representaban gran cosa para la organización, y yo había demostrado saber cumplir la tarea encomendada, Buscar a otro que ocupase mi puesto les saldría más caro. Y siempre quedaría el peligro de que se me ocurriese hablar.

Claro está que podían evitarlo procurando silenciarme. No desdeñé aquella posibilidad, y tomé mis precauciones. En forma clara y concreta di instrucciones a Lionel. Debía esperarme, completamente solo, en East 47th Avenue, Junto a la entrada del Hunter Lyon Park. Cuando yo parase el coche a su altura, se acercaría con el dinero en la mano y los brazos muy separados del cuerpo.

—Recuerda que llevaré una «Luger», y que a la menor señal de peligro...

Todo salió en un principio como había previsto. A las once de la noche los alrededores del Lyon Park aparecían totalmente desiertos. Extremando las precauciones recorrí de un extremo a otro la 47th Avenue sin aflojar la marcha, pero procurando descubrir cualquier

enemigo oculto.

No advertí nada sospechoso. El único coche aparcado por allí era el que solía utilizar Krupa, y mi amigo esperaba a veinte pasos de distancia, en el punto exacto que le había indicado. No había ningún edificio en las inmediaciones ni era fácil que alguien se hubiese escondido donde yo no pudiera verlo.

Tranquilizado, di media vuelta, dirigiéndome al punto de la cita. Lo hice a poca velocidad, mirando, receloso, en todas las direcciones. Al llegar a la altura del automóvil de Lionel, lo iluminé con los faros de mi coche, comprobando que no había nadie dentro.

Detuve el «Buick» a cinco pasos del punto en que aguardaba Kupra, y me apeé, con la bolsa de los peces en una mano y la pistola en la otra. De pie junto a la portezuela del coche, torné a mirar, desconfiado, en todas las direcciones. La única persona que aparecía a la vista era Lionel que, siguiendo mis instrucciones, aguardaba, sin moverse, a que me aproximase yo.

—¿Traes los cinco «grandes»? —pregunté, sin necesidad de levantar la voz.

—Seguro —respondió Kupra—. Venga la bolsa, y te entregaré los billetes.

Volví a mirar en todas las direcciones sin descubrir a nadie. La actitud de Lionel tampoco tenía nada de alarmante. En la mano izquierda tenía los billetes; la derecha, vacía, aparecía muy separada del cuerpo. Sonriente, avancé dos pasos.

—Toma la bolsa —dije, poniéndola en el suelo—, y venga la «pasta».

Alargó la mano izquierda con los billetes, y yo adelanté la mía para recogerlos. En el último instante ocurrió algo fuera de lo acordado. En la mano derecha de Krupa surgió como por arte de magia una pistola de reducidas dimensiones, que probablemente llevaba escondida en la bocamanga.

—¡Éste es el pago que mereces, traidor! —rugió, al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

Salté a un lado, con agilidad, pero no pude librarme de recibir un balazo en el hombro izquierdo y otro en el muslo del mismo lado. Experimenté un dolor agudo y estuve a punto de caer. Me sobrepuse, no obstante, al sufrimiento y a la repentina debilidad. De rodar por el suelo, Krupa seguiría tirando hasta rematarme. La

única manera de evitarlo era anticiparme yo a borrarle del mundo de los vivos.

Lo hice. Sin hablar palabra apreté el gatillo de la «Luger». Vi perfectamente como el primer balazo le hería en el pecho. Probablemente tenía más que suficiente, pero no quise dejar nada al azar y continué tirando. Un instante, Krupa vaciló como un beodo, estremeciéndose de pies a cabeza cada vez que una onza de plomo abría un nuevo boquete en sus carnes. Luego cayó de bruces, golpeándose la frente contra el encintado de la acera.

Me acerqué, llevando casi a rastras la pierna izquierda. Tuve que arrodillarme para recoger del suelo los billetes caídos, y me costó un gran esfuerzo incorporarme de nuevo. Torcí el gesto, pensando que el balazo de Lionel había interesado el hueso, y alarmado ante la perspectiva de tener que pasar treinta o cuarenta días con la pierna escayolada.

—Lo importante es largarse de aquí a toda prisa —dije en voz alta, procurando apartar de mi mente ulteriores preocupaciones.

No me convenía en modo alguno continuar allí. Aunque se trataba de un lugar desierto, los disparos podían haberse oído muy lejos en el silencio de la noche. Tenía que escapar antes de que acudiera la Policía. Por fortuna, había dejado muy cerca el «Buick».

Pero no había llegado a él cuando ocurrió algo extraño y alarmante. El coche de Krupa se había puesto en marcha y me enfocaba con sus faros. Al pasar por su lado no había visto a nadie dentro, pero indudablemente no estaba vacío como entonces supuse. Ahora se acercaba con lentitud, procurando deslumbrarme. ¡Y no era a sus focos a lo que más temía en aquel instante!

Furioso, tiré contra el automóvil que se acercaba. Logré alcanzarle, porque oí ruidos de vidrios al romperse y se apagó uno de los faros. Pero en aquel instante escuché el tableteo de una pistola ametralladora, y varias agujas de plomo vinieron a clavarse en mis carnes.

Herido en el vientre y el pecho, las fuerzas me abandonaron de pronto. Se me doblaron las piernas y caí de rodillas. Con la mano izquierda apoyada en el suelo logré, vendiendo una terrible laxitud, levantar la mano derecha, que no había soltado la «Luger».

Por la ventanilla delantera del coche, que ya casi llegaba a mi altura, vi asomar la cara de un individuo y el cañón de una

metralleta. Torné entonces, con un esfuerzo desesperado, a apretar el gatillo del arma que empuñaba. No sé si llegué a tirar o no, porque en el mismo instante volvieron a disparar una ráfaga contra mí, y estaba en el suelo, ajeno a cuánto me rodeaba, en medio de las tinieblas que preceden y acompañan a la muerte, antes de que cesase el tableteo de la ametralladora.

Después de aquello permanecí durante horas interminables sumido en una absoluta inconsciencia. Ni veía, ni sentía ni oía nada. De haber podido pensar, hubiera dado por seguro que estaba muerto; pero mi cerebro había dejado de funcionar. Nada supe de lo que ocurría a mi alrededor: ni siquiera de lo que sucedía en mi interior.

De repente —un «de repente» que, como sabría luego, tardó varias semanas en presentarse—, en un rincón oscuro de la mente se encendió una trémula lucecita. Con intervalos imposibles de calcular —había perdido la noción del tiempo—, a la primera luz vinieron a sumarse otras, y poco a poco fui retornando a la vida.

Con un terrible esfuerzo abrí los ojos, y vi que un individuo desconocido, embutido en una bata blanca, se inclinaba sobre mí, diciendo algo que no llegué a oír. Pensé en un médico, y volví a cerrar los ojos. Cuando los abrí de nuevo, en lugar del supuesto médico había dos enfermeras hurgando en mis heridas. Sentí un dolor lacerante; quise gritar, pero la voz no salió de mi garganta, y debí desmayarme.

Al recobrar el conocimiento, volví la cabeza a un lado y a otro, tratando de averiguar dónde me encontraba. Indudablemente se trataba de la cama de una clínica u hospital. Algo peor, porque la ventana estaba protegida por una fuerte reja, y en la puerta, sentado, con aire de terrible aburrimiento, había un hombre uniformado.

Procuré concentrar mis recuerdos, hacer memoria para decidir qué había ocurrido y cómo estaba allí. Resolví el pequeño enigma con una sorprendente rapidez. Por mi mente desfilaron, con la precisión de una cinta cinematográfica, todos y cada uno de los detalles del episodio vivido a la entrada del Hunter Lyon Park: mi breve diálogo con Lionel, los primeros disparos de mi interlocutor, los balazos con que puse fin a su vida y las ráfagas de metralleta que abrieron en mis carnes los boquetes por dónde estuvo a punto

de escapárseme la existencia.

Los recuerdos terminaban allí. Pero ¿era precisa una gran inteligencia para imaginarse el resto? A mí, por lo menos, no me costó el menor esfuerzo figurármelo. Quienes iban en el automóvil me dieron por muerto, y se limitaron a dejarme donde caí, tras llevarse los peces que contenían el contrabando y los billetes que Krupa no llegó a darme.

—Alguien avisaría después a la Policía, y cuando llegó la ambulancia descubrieron que todavía alentaba.

En un principio me alegró pensar que podía curarme; aunque me encontraba tan débil que no podía moverme ni casi hablar, el hecho de que hubiera recobrado el conocimiento ya entrañaba la posibilidad, por remota que fuese, de escapar a una muerte que tan de cerca había sentido. Pero toda la alegría desapareció de golpe cuando recordé que estaba detenido y supuse cuál sería mi situación desde el punto de vista legal.

Comprendí el porvenir que me esperaba, mientras un escalofrío me agitaba de pies a cabeza. A la Justicia no le satisfacía que un tipo como yo pereziese víctima de los disparos de otros facinerosos. Para vindicar a la sociedad ofendida y a la ley vulnerada, necesitaba que la muerte tuviera lugar en la silla eléctrica, a manos del verdugo, con todo el impresionante aparato de una ejecución legal. Si me habían recogido en medio de la calle, impidiendo que me desangrara; si me cuidaban con todo celo durante semanas o meses, no era por hacerme un favor, sino para no perderse un trágico espectáculo del que tendría que ser, bien en contra de mi voluntad, auténtico protagonista.

—La verdad —gruñí, rabioso— es que podían haberse ahorrado todo este trabajo.

—Puedes hablar, ¿eh? —preguntó el policía que vigilaba junto a la puerta y me había oído, que se acercó, interesado—. ¡«Okay»! Avisaré al teniente para que vengan a interrogarte antes de «palmar»...

Salió con paso rápido de la habitación, tomando la precaución de cerrar por fuera. A solas, pensé con rapidez y claridad. El interrogatorio no tardaría en comenzar. No era difícil suponer lo que me preguntarían.

—Tengo que decidir lo que debo contestar.

Pero pronto llegué a la conclusión de que no podía decir nada. Me acusarían de la muerte de Lionel, y yo alegaría la legítima defensa. Aquí comenzaba y terminaba mi exculpación. ¿Qué más podría agregar que me favoreciera en lo más mínimo?

Pensé hablar del contrabando, y rechacé la idea. No porque fuese una flagrante violación de esa pretendida ley del hampa que impone a los tipos como yo la obligación de resolver personalmente sus cuestiones sin tolerar ni admitir la intervención policíaca, sino porque no serviría más que para empeorar mi situación, reconociendo y confesando un delito que añadir a los que me imputaría el fiscal. Ni podía presentar una sola prueba en apoyo de mis palabras ni, aunque lo quisiera, dar los nombres de los que estuvieron a punto de liquidarme.

—Aprovecha los minutos que te quedan de vida, muchacho —decía una hora después un teniente de la Policía local, llamado McNamara, cuyo rostro denotaba el vacío absoluto de su cerebro, sentado a la cabecera de la cama y disponiéndose a tomar nota de mis palabras—. Necesito los nombres de quienes te agujerearon la piel, y vas a dármelos sin tardanza.

—No sé quiénes fueron —respondí, por decir algo; luego, mintiendo ya, añadí—: En cualquier caso, los mismos que asesinaron a Lionel Krupa.

—No te pases de listo, Wilton —me aconsejó el teniente, en un tono que decía bien a las claras que de no encontrarme gravemente herido la primera mentira me hubiese valido una lluvia de golpes—. A Krupa le mataste tú. Eso está fuera de toda duda, como lo está que te «tostarán» por hacerlo si vives lo suficiente. Quiero saber quién te hirió a ti. ¿Entendido?

—Lionel —afirmé, y en buena parte decía la verdad—. Tiró el primero; yo sólo disparé para defenderme, y mis heridas...

—Fueron producto de una ráfaga de pistola ametralladora, y Krupa sólo manejó una pistolita de reducido calibre. Olvida culparle a él, si has pensado basar en eso tu defensa. Nadie te hará caso ni te servirá de nada.

En pocas palabras expuso la versión policíaca de lo sucedido. Según mi visitante —y los jueces compartirían su parecer sin dudas ni vacilaciones—, yo había asesinado a sangre fría, con alevosía y premeditación, a Lionel.

—Y los agujeros que tengo en el cuerpo —chillé, colérico—, me los hice yo mismo para buscarme una coartada, ¿no?

—Seguro que no. Te hirieron unos individuos desconocidos para nosotros, pero no para ti, indignados, probablemente, por el cobarde asesinato de Krupa. Quiero sus nombres, ¡y deprisa, porque no te sobra tiempo!

Me encogí de hombros. Todo en aquel individuo predisponía en contra suya: la cara, el tono de su voz, los modales y las repetidas alusiones a mi próximo final. Ignoraba, desde luego, quién manejó la metralleta tomándome como blanco; no creía que, aun conociendo su identidad la Policía, le ocurriese nada por haberme llenado el cuerpo de plomo. Pero ni aun sabiendo quién era y con el pleno convencimiento de que una acusación mía bastaría para mandarle a presidio, hubiera dicho una sola palabra al sujeto que me interrogaba.

—Equivocó el número, teniente —contesté, desdeñoso—. Busque por otro lado, que yo no soy un «chivato».

Montó en cólera al oírme, y siguió haciendo preguntas, si bien en cada frase había tantos insultos como palabras. Aguantó unos minutos en silencio. Al final, le atajé, indignado:

—¡Deje de graznar de una vez, teniente! Prefiero que me «frían» diez veces a tener que aguantar sus rebuznos...

Cambió de color, que nada hay que duela y moleste más que la verdad. Lívido, convulso, se puso en pie y se lanzó sobre mí. Fue inútil que el médico y una enfermera, que presenciaban la escena, trataran de contenerle. Zarandeándome con violencia, chilló:

—¡Imbécil! ¿Aún no has comprendido que estás muriéndote? ¡Pues sólo te quedan unas horas, unos minutos quizá de vida! Y mientras tú agonizas aquí, los que dispararon contra ti celebran por anticipado su completa impunidad. ¡Escupe sus nombres de una vez, o...!

—Si pudiera escupir —gruñí, airado, sintiendo que las fuerzas me abandonaban—, lo aprovecharía para lanzarle a la cara todo el desprecio que...

—¡Muérete de una vez, estúpido! —chilló McNamara, dándome un violento empujón que, de medio sentado que estaba, me hizo caer tumbado sobre la cama, rompiendo parte del vendaje y haciendo que se abriese más aún alguna de las heridas—. ¡Será lo

único bueno que debamos a los que...!

No oí el final de la frase; no vi siquiera si la indignación del médico contra la brutalidad del teniente se traducía en una agresión personal. Sentí que la sangre me corría por el pecho y por el vientre; una espesa nube cubrió mis ojos, se apagó la luz encendida en mi cerebro y volví a hundirme en espesas tinieblas, de las que no tenía la menor esperanza, ¡ni el más mínimo deseo! de volver a salir.

II

UNA LLAVE EFICAZ



URANTE mi estancia en la Eastern Penitentiary, un tipo que había estudiado en Yale y fue compañero de celda me dijo que agonía significaba lucha, combate, esfuerzo, y que su acepción vulgar se derivaba del angustioso debatirse entre la vida y la muerte de los que están a punto de abandonar la primera para ser presa definitiva de la segunda.

En este sentido el teniente tenía razón. Yo estaba agonizando, y mi agonía se prolongó más tiempo del que suponía él o deseaba yo. Tres meses enteros permanecí en el más peligroso de los equilibrios,

entrando y saliendo del quirófano y contribuyendo a enriquecer los conocimientos y la práctica de todos los cirujanos de Miami.

Creo que me operaron en nueve ocasiones distintas, y en todas con muy pocas esperanzas de supervivencia. Ignoro cómo pude salvarme, y constituye para mí un asombro sin límites que mi organismo continúe funcionando sin graves deterioros luego de que múltiples bisturíes han sajado tantas veces mis carnes siguiendo la trayectoria de los balazos.

Pero lo efectivo es que curé. Acaso porque nadie hubiese llorado mi muerte y porque incluso personalmente, de haber estado en condiciones de opinar y haberse molestado alguien en saber cómo pensaba, no estimaba que el placer que determinados caballeros pudieran sentir al sentarme en la silla eléctrica mereciera o justificase tan denodados esfuerzos. En cualquier caso, un buen día, contra las previsiones de todos, pude ponerme en pie, y otro me encontraron con las fuerzas precisas para trasladarme a la celda donde debería esperar con toda calma y tranquilidad a que el verdugo me arrancase en breves segundos una vida que tantas semanas había costado a los médicos conservarme.

Los meses pasados en la clínica, con los agujeros de siete balazos en el cuerpo y en un constante ir y venir entre la mesa de operaciones y la cama, fueron de dolores y sufrimientos difíciles de imaginar. Por fortuna, no me enteré de la mayor parte. La Naturaleza, sabia siempre, me sumió en un profundo sopor del que sólo salí de tarde en tarde, recobrando la lucidez durante unos días o unas horas para volverla a perder luego otra larga temporada.

No es preciso decir que mi cerebro funcionaba con terrible dificultad, hasta el punto de que tomaba luego por reales muchos de mis delirios, y consideraba producto exclusivo de mi enfermiza imaginación hechos y episodios que habían tenido plena realidad pocas horas antes. La línea que separa el mundo exterior y efectivo del que sólo tiene cabida y existencia en nuestra mente, desapareció por completo, y no acertando a decidir lo que era verdadero y lo que no lo era, acabé por no conceder importancia a nada de lo que había visto u oído durante mi prolongada postración, seguro de que nada de aquello había sucedido realmente.

Esto fue lo que me sucedió con Oscar L. Barcroff, con su visita y con su extraordinaria proposición. Recordaba después haberle visto

sentado al borde de la cama, haber conversado con él en un instante de extraordinaria lucidez, y cada una de sus palabras parecía haberse grabado de manera indeleble en mi memoria. Pero toda la escena aparecía envuelta en una atmósfera tal de irrealidad, que durante semanas y semanas la consideré fruto exclusivo de mi fantasía.

Recuerdo la sorpresa que experimenté una tarde, al abrir los ojos tras no sé cuánto tiempo de inconsciencia, y ver a Oscar L. Barcroff. Le conocía perfectamente, que no en balde había mandado el batallón de «marines» en cuyas filas combatí yo y que fue el primero en pisar las playas de Iwo-Kima,

aunque pisarlas le costó quedar reducido a los efectivos de una compañía en menos de doce horas. Pero hacía diez años ya que me habían licenciado, y ninguna relación podía tener conmigo ni con nada de lo sucedido en Miami.

Lograr acordarme, tras un pequeño esfuerzo, que el comandante Barcroff había abandonado las fuerzas armadas para ingresar en la Policía federal, tampoco explicaba su presencia allí. Ni la muerte de un vulgar pistolero como Krupa, de la que me acusaban a mí, ni las heridas de otro tipo por el estilo como yo, afectaban para nada a los «feds». Era un asunto sin trascendencia de ninguna clase, que no importaba a nadie excepto a los directamente interesados, y que competía única y exclusivamente a las autoridades locales.

—¿Te asombra verme, Allen? —inquirió, en tono suave, adivinando mis pensamientos, lo que no resultaba difícil dadas las circunstancias—. Pues acaso te sorprenda más saber que llevo quince días viniendo aquí por la mañana y por la tarde, con la esperanza de poder charlar un rato contigo.

Dudaba en lo más íntimo que fuese cierta su presencia allí; en el fondo estaba convencido de que se trataba de una alucinación. Pero como ocurre con frecuencia en las pesadillas —que uno las sigue hasta el final, en contra de su voluntad, aun resistiéndose a admitir que tengan realidad tangible—, contesté a sus palabras en la forma en que las habría respondido de estar en el uso pleno de mis facultades mentales.

—Perdió el tiempo, jefe —dije, con una mueca de cansancio y anticipándome a unas preguntas, que serían repetición de las

formuladas por el teniente de la Policía local—. Ni necesito hablar con nadie ni tengo nada que decirle.

—¡Vaya si tienes cosas que decirme y si necesitas hacerlo! —insistió Barcroff—. Como que de lo que digas depende nada menos que tu vida... ¡y tu libertad!

Aquello acabó de convencerme de que se trataba de un sueño. Sólo soñando podía ofrecirme nadie lo que había perdido toda esperanza de conseguir. Pero miré a mi antiguo comandante y seguía allí; por lo menos, yo le veía como si realmente estuviera. Me indigné, más conmigo mismo que con él.

—¿Quiere decir —inquirí, entre burlón y colérico— que me dejarán marchar a la calle cuando esté curado, dándome un premio encima?

—Quizá, por imposible que te parezca. En definitiva, todo depende de ti.

Creí comprender. Al fracasar estrepitosamente el teniente de la Policía local, alguien, sabiendo la influencia que Barcroff podía ejercer sobre mí, le había pedido que tratase de convencerme para cantar de plano. Querían, en fin de cuentas, que acusase a los que me hirieron; y no para absolverme, naturalmente, sino para condenarnos juntos.

—No se esfuerce, jefe —repliqué—. El juego es un poco viejo y no me gusta. Ni sé quiénes pretendieron «hacerme saltar», ni aunque lo supiera...

—Me lo dirías, lo sé —se adelantó Barcroff al final de mi frase. Pero no se trata de eso. Los nombres de quienes te acribillaron me tienen totalmente sin cuidado. Es algo cien veces más grave que ni siquiera sospechas.

Le miré, asombrado. A pesar mío —me resistía a creer que nada de aquello tuviera existencia real—, empecé a sentir excitada mi curiosidad. Barcroff tenía justa fama de sinceridad rabiosa; brutal en ocasiones, jamás mentía ni dejaba de proclamar la verdad por dura y desagradable que fuese. Antes de decir un embuste se habría dejado arrancar la lengua.

—Examinemos primero la situación en que te encuentras —dijo el comandante, dando por descontado que estaba dispuesto a escucharle y a hablar—. No tienes nada de tonto y no puedes, por tanto, hacerte ninguna clase de ilusiones. Tus antecedentes...

Los expuso con tanta precisión y exactitud como pudiera haberlo hecho yo mismo. No sólo sabía todo aquello de que me acusó la Policía para hacerme pasar unos años en la Eastern Penitentiary, sino otras muchas cosas que creía ignoradas totalmente. Puntualizó muchos de los delitos, de menor cuantía perpetrados por mí desde que salí en libertad, y habló de mis andanzas en Baltimore. Washington y Wilmington. Le dejé hablar un rato, y luego protesté acalorado:

—Para condenarme por nada de eso necesitarían pruebas, y no las tienen.

—Ni se molestarán en buscarlas —replicó, sonriente—. Con lo de aquí hay de sobra para que te «fríen». Acusado de asesinato, si te juzgan la sentencia será de muerte, y tú lo sabes. Y ahora responde con sinceridad a una pregunta: ¿te agrada esa perspectiva?

—¡Apueste que no! —reconocí, un poco impulsivamente—. Pero ¿existe forma humana de poderlo evitar?

—Mi respuesta es que sí —fue la inesperada contestación del comandante—. Para conseguirlo basta y sobra con que aceptes mis condiciones.

—¡Delo por hecho, comandante! —repliqué, impulsivo, dejando que el instinto primario de conservación se impusiera y triunfase sobre desconfianzas y celos—. Entre la silla eléctrica y lo que sea, la elección no es dudosa.

Oscar L. Barcroff sonrió, satisfecho. Luego, en forma inesperada y sorprendente, empezó a hablar de mis excursiones a los lagos Placid, Istokpoga, Jackson e Hicpochee. Estaba perfectamente enterado de que al regresar de cada viaje traía unos cuantos peces de aspecto insignificante; también de que se los entregaba a mi llegada a Lionel Krupa, recibiendo, como premio, un millar de dólares.

—¡Sabe tanto como yo! —exclamé, boquiabierto.

—Posiblemente más —replicó Barcroff—. ¿Estás enterado, por ejemplo, de lo que venía dentro de los peces?

A otro cualquiera le hubiera respondido que no, que no sabía lo que se ocultaba en el interior de los pececillos o que no había absolutamente nada. Pero al comandante era inútil mentirle; inútil, cuando estaba de vuelta de tantas cosas y no sería posible engañarle con una mentira hábil.

Por otro lado, ¿por qué iba a mentir? No sentía el menor deseo de ayudar y proteger a los tipos que me habían llenado el cuerpo de plomo. Dije la verdad pura simple: contrabando.

—Contrabando, desde luego —admitió Barcroff—. Pero ¿qué contrabando, concretamente?

Dudé un instante, pero al final expuse mi pensamiento y creencia. En dos ocasiones en que los peces vinieron peor preparados o cosidos, descubrí lo que llevaban camuflado en su interior: una vez eran ampollas conteniendo un líquido incoloro; otra, bolsitas llenas de un polvillo blanco.

—No podría jurarlo, pero supongo que las ampollas contendrían morfina, heroína, mejor, y que el polvillo blanco sería cocaína. En cualquier caso, estupefacientes.

Mi interlocutor asintió sin vacilaciones. Gran parte del contrabando consistía en drogas. Pero contra lo que yo me figuraba y lo que cualquiera podía pensar, la heroína, la marihuana, el opio y la cocaína no constituían lo más grave y dañino del siniestro tráfico en que había estado mezclado hasta que me agujerearon la piel por pretender hacerme pagar mejor.

—También meten de contrabando gran cantidad de joyas: perlas y diamantes, especialmente.

Hasta entonces no me había pasado por la imaginación, pero una vez que Barcroff lo dijo lo encontré lógico y natural. Ningún artículo paga tan elevados aranceles aduaneros a su entrada en Estados Unidos como las piedras preciosas o las joyas; ninguno, por tanto, proporciona mayores beneficios a quienes las introducen burlando al Treasure Department. Sin embargo, no comprendía cómo —de tratarse sólo de aquello— podía considerarlo mi visitante como más peligroso y nocivo que el tráfico de drogas. Ni siquiera siendo robadas las gemas.

—Hay algo robado, en efecto —reconoció mi visitante—. No las joyas, sino los billetes con que se adquieren. Pero no era eso, naturalmente, a lo que aludía al hablar de sus más deplorables efectos.

Parecía, en efecto, que tanto las drogas como los brillantes introducidos de contrabando en América eran comprados en los mercados europeos con dinero procedente de robos y atracos. Sabía que muchas veces billetes cuya numeración podía tener la Policía

eran sacados del país para ser pasados en Inglaterra, Francia, Holanda o Italia. Constituía un buen negocio para el que los llevaba tan lejos, porque en Europa un dólar valía cien centavos, mientras que en la Unión no habían tenido que pagar por él arriba de treinta o cuarenta.

—En este caso —afirmó Barcroft—, el negocio es doble. Quien compra aquí los billetes robados, pagando por ellos la tercera parte de lo que valen, adquiere con ellos diamantes en Amberes y Ámsterdam; heroína en Milán y Marsella u opio en Beirut y El Cairo. Todo ello, introducido en Florida de contrabando, triplica como mínimo y de manera automática su valor.

El doble tráfico ilegal había adquirido tal volumen en los últimos meses que inquietaba seriamente a las autoridades federales. No eran sólo los agentes de la Tesorería quienes buscaban a los autores de una gigantesca, defraudación. El

F. B. I.

intervenia por múltiples y diversos motivos: transporte de objetos robados, distribución de estupefacientes...

—Y, sobre todas las cosas, conspiración contra la seguridad nacional.

Sonreí, burlón. Sin faltar a la verdad, que hubiera sido contrario a sus más firmes convicciones, mi antiguo jefe exageraba un poco las cosas. Los estupefacientes causaban indudables daños a una buena parte de la juventud americana; los Bancos robados o las compañías de seguros que les respaldaban sufrían pérdidas de consideración al evaporarse los billetes que guardaban en sus cajas fuertes; los joyeros honrados tenían que hacer frente a una competencia desleal, y el Tesoro veía reducidos sus ingresos arancelarlos. Tenía cierta importancia, indudablemente, pero...

—¡De eso a un atentado contra la seguridad nacional media una distancia astronómica! —comenté—. ¡Menguada sería la potencialidad americana si pudieran hacerla peligrar unos cuantos tipos como Krupa o como yo!

—Vosotros, no —concedió Barcroft—, que sois simples peones en un juego demasiado complicado para vuestra mentalidad; pero sí quien lo dirige todo y está por encima.

—¿Fat Boy Ricket, quizá? —pregunté, sin disimular mi escepticismo—. ¿Acaso el honorable Vince Linbury, con sus

manejos y trapisondas electorales?

Mi visitante negó sin vacilaciones. Ricket no pasaba de ser un «gángster» vulgar que, secundado por un grupo de indeseables, ejercía sus actividades en la parte sur de Miami, encubriéndolas a medias con la explotación de diversos tugurios y la supuesta protección de otros tantos. Linbury era un político local carente de escrúpulos, con una sed insaciable de riqueza, que pretendía conseguir con su influencia en cierto medios y sus relaciones con una serie de sujetos tan turbios como él.

—Pero le falta talla y cerebro para encabezar y dirigir una organización como la que el

F. B. I.

pretende descubrir. Necesitamos identificar y localizar a ese individuo. ¡Y serás tú quien lo hagas!

En un principio me negué a creer lo que oía. ¿Cómo podía yo decir quién era un individuo cuya existencia no sospechaba cinco minutos antes y de cuyo aspecto no tenía la más ligera idea?

—No pretendo que me lo digas ahora —insistió Barcroft—. Entre otras razones, porque antes necesitarás averiguarlo. Eso, averiguarlo, es el precio que pongo a tu vida y a tu libertad.

Daba por descontado que sería difícil y arriesgado. De no serlo, ni habría recurrido a mí ni me ofrecería la posibilidad de librarme de la silla eléctrica. Pero entendía que estaba en mejores condiciones que otros para llevar a feliz éxito la empresa. Durante algún tiempo había sido una pieza —minúscula, pero esencial— en el complicado mecanismo de la organización.

—Tendrás que volver a serlo. ¿Imposible? En absoluto. Hay ya quien lamenta que Krupa tratase de liquidarte con la ayuda y complicidad de Ricket. Ese alguien desearía que nada hubiese ocurrido y que siguieras haciendo excursiones de pesca a los lagos vecinos. Incluso si acudieras mañana a él influiría para que continuases realizando el mismo trabajo.

—O para que volvieran a tomarme como blanco de una metralleta, asegurándose de que estaba bien muerto antes de separarse de mí, ¿no?

—Quizá —admitió mi interlocutor—. No descarto, ni mucho menos, la posibilidad de que te liquiden. No perderíamos gran cosa. Yo prefiero que te maten a ti a que perezca una persona decente y

útil; para ti siempre será mejor acabar de un balazo que a manos del verdugo.

Torcí el gesto. No veía una gran diferencia entre uno y otro final. Lo que importaba, en definitiva, era salvar la cabeza. Morir, de la forma que fuese, era siempre desagradable.

—Pero puedes salvarte si actúas con habilidad e inteligencia —prosiguió Barcroft—. Si consigues ganarte a Linbury, todo irá sobre ruedas.

Le di la razón por complacerle; me apresuré, sin embargo, a exponer fundados reparos. Admitía que la cosa fuera fácil de convencer a Linbury; lo difícil era convencerle, ganársele. Había hablado con él diez o doce veces, y siempre se mostró deferente. Sospechaba que tuviese algo que ver con el contrabando, pero no pasaba de ser una sospecha.

—Para tener una esperanza de que me ayude y proteja, necesitaría una carta de triunfo, que lanzar sobre la mesa en la primera entrevista, y no tengo ninguna.

El comandante sonrió, como si estuviera esperando que dijera precisamente aquello. Cuando habló, lo hizo para confirmar mi primera impresión y demostrar que traía pensada la respuesta.

—Linbury es un tipo astuto y hábil —afirmó—. Tanto, que hasta ahora no hemos conseguido pruebas plenas y fehacientes contra él. Sin embargo...

Tenían indicios sobrados para creer que desempeñaba un papel descollante en la organización perseguida. Descartaban en absoluto que fuera el jefe de la misma.

—Pero debe conocerle, saber por lo menos quién es y cómo se llama, lo que resulta suficiente.

Linbury tenía amigos y cómplices en todas partes. Utilizaba a unos y era utilizado por otros, siempre con su cuenta y razón. En la cadena del contrabando debía ser el eslabón por encima de Fat Boy Ricket. Por lo menos, para algunos de sus negocios se valía de aquel sujeto y su «gang», del mismo modo que empleaba a otros de parecida catadura.

—En las últimas semanas ha tenido algunos roces con Ricket, quizá porque a Fat Boy le gusta hablar más de la cuenta y es demasiado expeditivo en sus procedimientos, como demuestra lo que te ocurrió a ti. No ha roto con él, desde luego; pero dispensa

marcada preferencia a rivales suyos, como Ralph Ewell y Dayton Lummis.

Ninguno de aquellos nombres era nuevo para mí. Los conocía a ambos, y tenían poco que envidiar al orondo Ricket. Era comprensible que Vince los utilizase si le convenía y se entendiera con ellos. Pero todo aquello no variaba poco ni mucho la situación en lo que a mi respetaba.

—Sigo sin ver cómo puedo ganarme a Linbury —gruñí, malhumorado.

Barcroff habló entonces de Herbert S. Graff, y fue la primera vez que oí mencionarle. Por lo que me dio a entender, se trataba de un agente del

F. B. I.,

que había desaparecido unos meses antes sin dejar rastro. Había tratado de hacer lo mismo que pretendían que hiciera yo y en forma parecida.

—Alguien debió descubrir su verdadera identidad, y no hemos vuelto a saber una sola palabra de su paradero.

Daban por descontado, sabiendo con quién hubo de relacionarse, que habría terminado de un balazo en la nuca o barrido por una ráfaga de ametralladora, y qué estaría enterrado en cualquier lugar insospechado o arrojado al mar a unas cuantas millas de la costa.

En Miami, Graff se había hecho pasar por un tal Calhoun, un maleante complicado en el tráfico de drogas, cuya detención en Nueva Orleans se había mantenido secreta por la Policía federal, que procuró aprovechar su parecido físico con uno de los agentes especiales.

Herbert estaba bien aleccionado. Calhoun había dicho cuánto sabía, y confiábamos en engañar a Ricket, con el que había estado en relaciones. Al principio todo fue bien, y abrigamos risueñas esperanzas. Por desgracia, el final no pudo ser más lamentable.

Forzando un poco la memoria creí recordar que Krupa me había hablado de Calhoun. No conseguí repetirme exactamente lo que dijo. Tenía la vaga impresión de que al hablar lo hacía en pretérito y que fue uno de los ejemplos que me puso para frenar mi curiosidad.

—Probablemente fue así —admitió, pensativo, Barcroff—, y eso confirma nuestro pesimismo respecto a la suerte del pobre Herbert.

Entendía que un medio eficaz para ganarme la confianza de Linbury podía ser hablarle de la desaparición de Calhoun y de su verdadera personalidad como agente del

F. B. I.

Bastaría que yo le dijese una parte de la verdad; esto es, que Oscar Barcroff, inspector del Bureau, me había interrogado en la clínica.

—Si le añades que sospechamos de él, lo que es cierto; que no has querido decirme nada, lo que también lo es, y das a entender con habilidad que sabes más de lo que pudiera interesarle y que no te quedaría más remedio que hablar si volvían a cogerte por no ayudarte a huir, hay un máximo de probabilidades de que logres de Linbury cuánto nos interesa.

—Conforme, por mi parte, Barcroff —dije, cuando hubo concluido de exponer sus planes—. Ahora espero que me trasladen a otra clínica, que retiren la vigilancia y que en cuanto me sostenga en pie pueda moverme sin cortapisas ni entorpecimiento. ¿Es así?

—En absoluto —denegó, rápido, mi visitante—. De ponerte en libertad no conseguiríamos absolutamente nada.

—¿Teme que una vez en libertad desaparezca sin dejar rastro y sin cumplir sus condiciones? —inquirí, molesto.

—Tengo la seguridad de que te matarían antes de transcurridas veinticuatro horas. Todo el mundo, empezando por Ricket y Linbury, se figurarían el precio pagado por tu libertad, y no sería muy saludable.

Posiblemente no andaba errada, aunque no me convenía reconocerlo así. Dije, como es natural, algo muy distinto.

Encerrado entre cuatro paredes, aislado del mundo entero, ¿cómo podía averiguar nada?

—¿O espera que Linbury venga espontáneamente a contarme todo lo que sabe? —concluí, con marcada ironía.

—No vendría aunque se lo pidieras cien veces —afirmó, convencido, Barcroff—. Pero no quiero que venga él, sino que tú vayas a verle.

—Para eso necesito que me ponga en libertad —gruñí.

—Es preferible fugarse de la cárcel. ¿Difícil? Lo sé; pero cosas más difíciles se han logrado. En momento adecuado sabrás cómo puedes y tienes que escapar. Ahora sólo necesito una cosa.

—¿Cuál?

—Tu palabra de que harás lo que te pido, descubriendo al que dirige la organización. Con eso sólo puedo garantizarte la libertad primero y la vida después.

—¡Delo por descontado, jefe! Por librar la piel estoy dispuesto a todo.

—Lo creo. Pero ten cuidado y no intentes cambiar de opinión una vez en la calle. Si lo pretendes, no me molestaré en advertirte, y acaso no tengas tiempo de lamentar haber caído en la más peligrosa de las tentaciones.

Cuando se fue, quedé sumido en un mar de perplejidades. Era extraño y sorprendente, no sólo la proposición de perdonarme la vida y devolverme la libertad como premio a descubrir a un sujeto de cuya existencia no tenía la menor idea una hora antes, sino todo lo que me había dicho respecto al contrabando, y más aun lo que no me había dicho, pero empezaba a sospechar.

Pensé mucho en lo que podía haber en el fondo, y cada vez se me antojaba, más fantástico e inexplicable. A complicar las cosas vino un inesperado empeoramiento de mi estado. La herida de la pierna izquierda, a la que los médicos habían concedido escasa importancia, se infectó por causas y motivos que nadie se ha molestado en explicarme.

Tuvieron que volver a operarme, porque había una amenaza de gangrena, y los cirujanos consiguieron atajar el mal. De cualquier forma, pasé varios días atacado por una fiebre alta, sumido en un profundo sopor y angustiado por visiones y pesadillas que nada tenían de agradables.

Cuando nuevamente me vi libre de fiebre y pude pensar con relativa normalidad, mis ideas eran confusas respecto a cuánto había sucedido. Muchas cosas que creía haber visto con claridad y oído con nitidez no podían ser otra cosa que alucinaciones y delirios. Y entre ellas, como era lógico, la pretendida visita de Oscar L. Barcroff.

—Estás curado, Wilton. Mañana pasarás a la cárcel.

Acaricié la ilusión de que Barcroff viniera a verme aquella noche, trayéndome la ansiada libertad. Pero cuando ingresé en la prisión y no tuve la menor noticia de mi antiguo comandante, sufrí un completo desmoronamiento.

—Procura respirar deprisa, Allen —me aconsejó, en tono burlón,

el guardián de la galería—, porque tan pronto como te juzguen...

En los últimos días de estancia en el hospital —donde estuve vigilado constantemente para impedir cualquier intento de fuga— tuve que soportar el paciente interrogatorio de un ayudante del district attorney. No consiguió que le dijera gran cosa, pero no lo necesitaba para nada.

—Es igual que hables o persistas en tu silencio —afirmó—. De cualquier forma, tenemos de sobra para condenarte.

Era verdad, y no cabía engañarse cerrando los ojos a la realidad. Me acusaban de asesinato, y todas las pruebas reunidas por la Policía estaban contra mí. Sería inútil que alegase la legítima defensa —y era lo único que podía alegar—, porque, dados mis antecedentes, no me serviría de nada.

Todavía me aferraba con desesperación a las promesas de Barcroff, y aguardaba con impaciencia recibir alguna indicación suya. A las dos semanas de completo silencio por su parte, sólo un loco habría seguido creyendo en su visita a la clínica, y yo me encontraba más cuerdo que nunca.

—Tendré que ver la forma de escapar por mí mismo.

—Sería el primero que lo consiguiera —replicó un compañero de celda, condenado a ocho años de encierro, y que esperaba de un momento a otro su traslado a la penitenciaría del Estado—. Somos más de quinientos presos, todos llevamos varios meses pensando en la fuga y ninguno logró escapar hasta ahora.

Me resistí a creerle, pero luego de varios días de vueltas y más vueltas, buscando un posible medio de huir; tuve que darle la razón. No parecía existir forma humana de escapar de aquella ratonera.

—De aquí sólo se sale por la puerta. Y tú saldrás dentro de un mes, pero con los pies por delante...

Era lo más probable, porque se acercaba la fecha señalada para la vista del proceso y seguía sin hallar un posible resquicio. El resultado del juicio, por otro lado, no ofrecía dudas de ninguna clase. Albert Towlin, un abogado de no muy limpios antecedentes, al que había encomendado mi defensa, no ocultaba su pesimismo.

—Sería un milagro que te librases de la silla, Wilton, y yo no creo en milagros.

Me dejé ganar por la más completa desesperanza. Había recuperado por completo las fuerzas; me encontraba tan fuerte y

ágil como antes de ser ametrallado, y sí los balazos y los bisturís habían dejado extensas cicatrices en mi cuerpo, en nada parecían haber mermado mis energías. Pero...

—¡Para lo que me van a servir, pudieron dejarme morir desangrado!

—Vas a tener un buen compañero, Allen. Podréis consolaros mutuamente, porque tampoco ése podrá escapar ni con alas...

Lo metieron en mi celda cuando faltaban tres días para el comienzo del juicio. Era un hombre de treinta años, alto, fuerte, de pelo revuelto, frente despejada, mirada penetrante y sonrisa desdeñosa. Le llevaron entre cuatro guardianes, que no respiraron tranquilos y satisfechos hasta verle detrás de la reja.

—Ninguno de los dos os haréis viejos aquí... ¡Ni en ninguna parte!

Hablé con él, naturalmente, apenas se alejaron los guardianes. No porque me interesara mucho lo que pudiera decirme, sino porque no tenía mejor manera de matar el tiempo. El individuo no tuvo inconveniente en responder a mis preguntas. Al parecer había oído hablar de mí, y sabía la suerte que me esperaba.

—De no estar moribundo —fanfarroneé— no habrían conseguido detenerme.

—A mí tampoco —replicó—, de no tener la desgracia de que se me encasquillase la pistola. Creo que tumbé a dos, pero si el «cacharro» sigue funcionando...

Se llamaba Steve Winslow, y había llegado unos días antes a Miami. Iba huido de Atlanta, donde había desvalijado un Banco, tras liquidar al cajero. Cuando le cogieron llevaba encima parte del dinero robado, y se defendió mientras pudo tener a raya a los policías, haciendo fuego contra ellos.

—Desde luego —afirmó, convencido—, me «fríen» si no logro escapar antes.

No quise amargarle exponiendo mi convicción de que no era posible fugarse de la cárcel de Miami. Ya tendría tiempo de comprobarlo por sí mismo, igual que lo había comprobado yo. Pero unas horas después, cansado y aburrido por los aires de superioridad con que anunciaba su próxima evasión, hube de replicar:

—¡Deja de soñar despierto, Steve! De aquí sólo se sale por la

puerta.

—¡«Okay»! —respondió con entera calma—. ¡Saldremos por la puerta!

—¿Y la llave?

—Nos la dará quien la tenga, no te preocupes.

—¡Seguro que sí! Y nos despedirán con una palmada cariñosa y lágrimas de emoción en los ojos —gruñí, malhumorado.

—Es posible que lloren —insistió Winslow—, aunque no sea precisamente de alegría por vernos marchar.

—¿Qué piensas contarles? —pregunté, burlón—. ¿Algún cuento de miedo?

—El más impresionante de todos —contestó—. ¿Qué te parece éste?

Un momento me quedé sin habla, mientras el asombro abría desmesuradamente mis ojos. En manos de Steve, salida de no sé dónde, acababa de aparecer una pistola. Resistiéndome a creer lo que veía, pregunté, dubitativo, cuando pude recobrar el uso de la palabra:

—¿Es auténtica?

—Tan auténtica, que no querría estar frente a ella cuando alguien apriete el gatillo —contestó, con una sonrisa—. Por fortuna, la tengo yo, y seré quien la utilice.

Quise saber cómo había conseguido llevarla hasta allí. Se me antojaba imposible, porque había permanecido cuarenta y ocho horas en un Precinto policíaco antes de ser mandado a la cárcel, y sabía por experiencia propia que en uno y otro sitio suelen registrar cuidadosamente a los detenidos.

—El cómo importa poco —respondió, encogiéndose de hombros—. Lo importante es que la tengo aquí. ¿No crees que puede ser la llave que nos abra la puerta de la calle?

No insistí en mis preguntas. Nadie pone demasiados reparos a un caballo regalado, y yo habría sido el último de los cretinos metiéndome en averiguaciones inútiles. Los procedimientos de que se hubiese valido Winslow, para que nadie se diera cuenta de que llevaba encima una pistola al entrar en la cárcel eran cosa suya; lo mío, la posibilidad de escapar por los pelos a la silla eléctrica que me tenían preparada.

—¿Tienes pensado la forma de largarnos? —inquirí, bajando la

VOZ.

—¡Claro! Espera que el guardián haga su revisión de las once. Entonces procura que se acerque. Lo demás corre de mi cuenta.

Todo se desarrolló con una rapidez y facilidad increíbles. El guardián de la galería, sujeto por mí y encañonado por Winslow a través de los barrotes de la puerta de la celda, abrió la puerta, se dejó desarmar y nos permitió atarle y amordazarle sin armar ningún jaleo.

Menos trabajo nos dio aún el vigilante de la entrada de la galería. Dormitaba apaciblemente sentado junto a la puerta, y ni siquiera levantó la cabeza cuando nos acercamos, un culatazo fue suficiente para hacerle pasar de un sueño a otro más profundo, y tuvimos libre acceso al centro de servicios de la prisión.

—¿Por qué no abrimos todas las celdas para que escapen los demás? —sugerí a mi compañero, alentado por el éxito inicial.

—Porque sería la manera de que no escapásemos ninguno —contestó Winslow—. ¡Preocúpate de ti, y deja que cada uno se las arregle como pueda!

Me pareció un buen consejo, y lo seguí al pie de la letra. Jerome Dexter, jefe de servicios nocturnos, era un tipo brutal que trataba a los presos a puntapiés, con el que había tenido dos choques —y en ambos me tocó poner la cara, mientras él ponía las manos o los pies — y al que no profesaba la menor simpatía. Reí, satisfecho, cuando cambió de color al verse encañonado de pronto por las pistolas que manejábamos mi compañero y yo.

—No pareces tan valiente como de costumbre, Dexter —le dije—. ¿Qué tal si ahora te hiciese un agujerito por cada una de las bofetadas del otro día?

Empezó a temblar, sin articular palabra, y sentí verdaderos deseos de empezar a disparar. Por fortuna, Steve, que conservaba una sangre fría admirable, me hizo volver a la razón.

—¡Quieto, estúpido! ¿No comprendes que si aprietas una vez el gatillo lo echarás todo a rodar?

Había que aplazar el ajuste de cuentas con Dexter, y lo aplacé. De momento, el jefe de servicios podía ser nuestro mejor auxiliar. En pocas palabras, subrayadas por gestos, expresivos y el amenazador apoyarse del cañón de una «Mauser» contra el pecho de nuestro prisionero, Winslow logró convencerle.

—Coge esa gorra y métete ese uniforme; yo me pondré aquel otro. Seremos dos guardianes que salimos de la prisión en compañía del jefe de servicios.

Debíamos ofrecer un aspecto extraño con los uniformes puestos encima de nuestros trajes. Por fortuna, eran las doce de la noche y todo el mundo estaba medio dormido. Además, los vigilantes conocían a Dexter, y nadie recelaría viéndonos en su compañía.

—¡Andando! Y mucho cuidado, amigo. ¡No dejaré de apuntarle un solo segundo, y si tenemos el menor tropiezo...!

Pudo jugarse la vida a la desesperada, pero amaba demasiado la existencia para perderla por evitar la fuga de dos presos. Dexter no sólo cumplió las instrucciones de Winslow, sino que se esforzó por mejorarlas. Demostró en aquellos instantes una imaginación fértil, acaso porque nada estimula tanto el ingenio como la proximidad de la muerte. En cualquier caso, gracias a su decidida cooperación atravesamos sin la menor dificultad los rastrillos que nos separaban de la calle.

—¿Volverte ahora? ¡Ni pensarlo, querido! Darías la alarma en el acto, y necesitamos unas horas de ventaja...

La prisión de Miami se encuentra en un punto céntrico. Exactamente en la confluencia de Flagger Street con la Primera Avenida, a sólo tres manzanas del famoso y cuidado Bay Front Park. Convencimos a Dexter para que nos acompañase al parque, y, para ahorrar tiempo y evitar el cansancio, que nos nevase en su propio coche, que tenía aparcado en las inmediaciones del edificio que alberga no sólo la cárcel, sino la Court House del Dade County.

—¡Para aquí! —ordené a nuestro prisionero cuando nos hallamos en un paseo solitario, oscuro y desierto—. En adelante, podemos prescindir de tu amable compañía.

Obedeció, muerto de miedo. En honor a la verdad, he de reconocer que su pánico estaba perfectamente justificado, por lo menos en lo que me afectaba a mí. Ansiaba cobrarme de los golpes que aquel tipo me propinó cuando no estaba en condiciones de defenderme, y ni el sitio ni la ocasión podían ser más adecuados. Por desgracia, Winslow opinaba de distinta manera.

—Hay que ahorrar sangre siempre que sea posible —afirmó—, para no acabar ahogándonos en ella.

Para evitar que Dexter pudiera correr al Precinto policíaco más

próximo y dar cuenta de nuestra fuga, bastaba y sobraba con dejarle atado y amordazado entre unos arbustos. Le encontrarían apenas amaneciera, desde luego; pero entonces podíamos estar muy lejos.

—Tú marcas el camino —dijo Steve, dirigiéndose a mí, una vez que, atado y amordazado el jefe de servicios, tiramos las gorras y los uniformes, y estuvimos los dos de nuevo en el coche—. ¿A dónde vamos?

Expuse dos proyectos distintos, los únicos viables, a mi parecer. Buscar un coche que nos conviniera, cambiarle la matrícula para desorientar a la Policía y pisar a fondo el acelerador, procurando poner tierra por medio a la máxima velocidad posible, saliendo de Florida antes del amanecer.

—O meternos en el Yatch Club, apoderarnos de alguna lancha rápida y ganar las costas de Cuba o Puerto Rico —añadí—. Para mí, esto es lo más conveniente y saludable.

—Sufres una grave equivocación, Wilton —replicó mi compañero—. Lo más saludable para ti es continuar en Miami.

Le miré, desconcertado. Parecía hablar perfectamente en serio; sin embargo, debía tratarse de una broma. De mal gusto, desde luego, dadas las circunstancias, pero de una broma.

—¡Gracias! —contesté, malhumorado—. Quédate tú si quieres. A mí, si me cogen aquí, me liquidan, y eso...

—¿Olvidas que tienes un compromiso que cumplir en Miami? —me interrumpió Steve...

Torné a mirarle, desconcertado. Incluso pisé el freno y paré el coche para hablar con mayor desembarazo. Un momento me asaltó el recuerdo del inspector Barcroff; rechacé en el acto la idea de que tuviera nada que ver con mi acompañante.

—El único compromiso de un preso es fugarse —repliqué—. ¡Y no para quedarse donde la «bofia» pueda atraparles a las pocas horas!

—¿Hubieras podido escapar sin mí? —preguntó, con suavidad Winslow.

—Seguramente no —reconocí con sinceridad—. Pero acaso tú tampoco te habrías largado sin mi colaboración. En cualquier caso, no me comprometí a nada, excepto a fugarme.

—¿Y no recuerdas haberte comprometido a algo anteriormente? —insistió Steve, en el mismo tono utilizado en el minuto precedente

—. ¿Has olvidado tu acuerdo con Oscar L. Barcroff, antiguo comandante de «marines» y actual inspector del Federal Bureau of Investigation?

Vacílé en responder. Veinticuatro horas antes, dentro de la celda y sin ninguna esperanza de salvación, me habría satisfecho la pregunta. Pero ahora no estaba en la cárcel, sino en Biscayne Boulevard, al volante de un coche y con una pistola en el bolsillo.

—¿Cuál es tu contestación, Wilton? —Se impacientó mi acompañante.

—Verás —repuse, dubitativo, sin saber exactamente lo que iba a decir ni otro deseo que ganar tiempo, esperanzado en poder aclarar un poco la confusión de mis ideas—. Las cosas han variado mucho desde que hablé con mi antiguo jefe. En la cama de un hospital, vigilado de cerca y sin posibilidad de huir, uno promete lo que sea. Luego, en la calle, tiene que pensarlo despacio, porque...

—Tú no tienes nada que pensar —me atajó, violento, Steve—. Barcroff cumplió su palabra, y a ti no te queda más remedio que cumplir la tuya.

Me indignó: no tanto por lo que decía, como por la forma de decirlo. Empleaba el mismo aire de insufrible superioridad que me atacó los nervios unas horas antes en la celda. Con la diferencia, fundamental para mí, de que ahora no estaba entre rejas.

—¡Más despacio, amiguito! Haré lo que me parezca, sin admitir órdenes. ¡Y es muy posible que me niegue!

—No te lo aconsejo, Wilton.

—¿Por qué?

—Porque no volverías a la cárcel, desde luego; pero sería porque no vivieras lo suficiente para poder abandonar este automóvil.

Contra mi costado se apoyaba un objeto duro. Me estremecí de pies a cabeza al comprobar que se trataba de una pistola Máuser. En los ojos de Steve brillaba una resolución inquebrantable. Comprendí lo que me costaría una negativa, y decidí, rápido:

—¡Tú ganas, muchacho! Haremos lo que quiera el inspector...

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORDABLES
WALT DISNEY.

III

AMISTADES PELIGROSAS



TEVE Winslow dejó escapar un suspiro de satisfacción al oírme, pero no modificó mucho su actitud. No acababa de fiarse de mí, y me lo dijo con claridad meridiana. Barcroff, que me conocía, le había advertido que permaneciera vigilante y alerta en todo momento, y no pensaba descuidarse.

—Me convertiré en tu sombra, Allen, iremos juntos a todas partes. ¡Ay de ti si no juegas limpio!

La perspectiva no tenía mucho de halagüeña; pero todavía era más desagradable la que se ofrecía a mis ojos unas horas antes La

certidumbre de una muerte próxima e inevitable se había convertido en una simple posibilidad. La mejoría de mi situación autorizaba un discreto optimismo.

No me hacía falta tener que cumplir el compromiso contraído con Oscar L. Barcroff. Sin embargo, peor hubiera, sido no tenerlo que cumplir. Aparte de que, libre y con un arma en el bolsillo, siempre se presentaría una oportunidad de esfumarse en un momento oportuno.

Que el Steve Winslow, atracador y asesino, encerrado en mi celda, se transformase en un agente especial —porque indudablemente lo era—, apenas abandonábamos la prisión, no constituía una agradable sorpresa, y menos cuando anunciaba su propósito de vigilarme de cerca. Pero el hecho tenía una parte satisfactoria: saber que el

F. B. I.

me protegía y que incluso la Policía local no representaba el menor peligro para mí.

—¿Qué tal si buscásemos un sitio confortable donde pasar la noche? —sugerí—. Unas horas de descanso en una buena cama nos sentarían de miedo. Podríamos dormir a pierna suelta...

Solté la carcajada. Indudablemente, y pese a su seriedad, Winslow era un bromista. ¿Iban a cometer la torpeza de detenemos después de dejarnos escapar?

—Tendría que estar loco para temerlo...

—Lo estarás si no lo temes —repuso Steve con firmeza—. ¡Y si no temes algo peor!

—¿Por ejemplo?...

—Que la Policía nos cosa a balazos en cuanto de con nosotros, sin molestarse siquiera en preguntar cómo nos llamamos.

Torné a reírme. Ni un niño de pecho admitiría que los «polis» se atrevieran a tirar contra nosotros, sabiendo que yo estaba al servicio de los «feds» y que mi acompañante era un agente especial del

F. B. I.

—Eso lo sabes tú, pero nadie más —me atajó Winslow—. Para todos, yo no paso de ser un atracador peligroso, reclamado por asesinato; un «killer» que mata primero y habla después. Y en cuanto a la fuga...

—¿Quieres hacerme creer que no estaban enterados los

guardianes y que pudimos escapar por eso con tanta facilidad? —le interrumpí a gritos.

—Sólo uno de los guardianes, aparte del director de la prisión, conocían mi personalidad y propósitos —afirmó Steve—. Los demás no sabían una sola palabra. Te aseguro que si Dexter, vuelve a cogernos por su cuenta no lo pasaremos muy divertido...

El vigilante que estaba enterado era, naturalmente, el que simulando una completa inconsciencia se acercó lo suficiente a la puerta de la celda para que yo pudiera cogerle, mientras Winslow lo amenazaba con la pistola para que nos abriese. Sólo allí hubo una pequeña farsa; el resto de la fuga fue real.

—Tan real como para que el guardián a quién dejaste sin sentido de un culatazo, o el jefe de servicios, que pasará la noche atado y amordazado en el Bay Front Park, sólo sueñen en tenernos delante para destrozarnos a palos y patadas.

Tuve que resignarme a admitir que todo había sucedido como Winslow decía. Incluso que corrimos verdadero riesgo en la huida y que Dexter o cualquier otro pudo meternos un balazo entre pecho y espalda al menor descuido.

—Pudisteis hacer un poco mejor las cosas —gruñí—. ¿Por qué obligarnos a correr el riesgo de que nos abrieran un agujero en la sesera?

—Para evitar que otros nos lo abrieran, con toda certidumbre —replicó mi compañero—. El tipo que perseguimos tiene confidentes en todas partes. Si los guardianes de la prisión y los policías locales conocieran mi verdadera personalidad, lo sabría el individuo que buscamos, y al poco rato tú y yo habríamos pasado a mejor vida.

Un poco a regañadientes hube de conceder que estaba en lo cierto. Por grande que fuera el recelo de Vince, ¿cómo desconfiar de dos tipos cuya cabeza vacila sobre sus hombros y a los que persigue toda la Policía local?

La contrapartida, sin embargo, merecía tenerse en cuenta. Porque la contrapartida entrañaba poner nuestras vidas en los platillos de la balanza. Comprendía y me explicaba que Barcroff no hubiese dudado en comprometer la mía, que de seguir preso moriría de una manera inevitable. Pero la de un agente especial...

Graff murió luchando contra el mismo individuo —replicó Steve—. Alguien tenía que arriesgarse para hacer justicia, y me ha tocado

a mí. Si caigo también, mala suerte. Pero hay demasiadas cosas en juego para que pueda importar tu vida o la mía.

Ignoraba, naturalmente, quien fuese aquel sujeto y dónde pudiera encontrarle. En este punto concreto estaba igual que el inspector o que yo. Pero...

—Según Barcroff, hay una persona que le conoce y puede llevarnos a él. Tú compartías su manera de pensar. ¿O has cambiado de opinión respecto a Linbury?

Moví la cabeza en gesto negativo. Desde que me visitó el inspector había pensado mucho, en mis breves ratos de lucidez, primero, y en las horas interminables pasadas en la soledad de la celda carcelaria, después. Procuré recordar cuánto sabía de Vince, y llegué a la conclusión de que Barcroff tenía razón en todo lo que opinaba de él.

—Excepto en un punto: su inteligencia. Es mucho más listo de lo que parece y de lo que supone el inspector. Tanto, que...

—¿Admites que pueda ser el cerebro de la organización? —preguntó Winslow, sin disimular su completo escepticismo.

Quedé pensativo y no me atreví a dar una contestación rotunda y definitiva. Barcroff podía tener razones ignoradas por mí para estar seguro de que el jefe de aquella complicada maquinación era un hombre excepcional. Yo había llegado a la conclusión de que, fuera o no el sujeto que quitaba el sueño a los agentes del

F. B. I.,

Vince Linbury no tenía nada de vulgar, adocenado o mediocre.

Despistaba su aspecto, desde luego. Era un hombre alto, corpulento, de gordura un poco fofa, sin demasiado gusto en el vestir, premioso de palabras y con una sonrisa bobalicona estereotipada en el rostro. Quien le veía por primera vez o le escuchaba un rato, recibía la impresión de que su cultura y educación dejaban mucho que desear, sus gustos eran deplorables y la cabeza le servía únicamente para llevar el sombrero.

—Pero si fuera lo que parece, no habría llegado dónde está ni podría sostenerse ahí una sola semana.

Porque lo indudable era que, con todas aquellas condiciones negativas, Linbury ocupaba una posición destacada en Miami. No era solo —con ser bastante— que explotara varios clubs nocturnos, con la habilidad precisa para llevarse los beneficios sin dar

abiertamente la cara; ni que los apostadores profesionales le cedieran una parte de sus ganancias a fin de que la Policía local no se enterase de sus actividades; ni siquiera que encabezase una empresa de construcción, concesionaria de cuantas obras públicas se realizaban en el Dade County.

Lo fundamental era su intervención en la política; o, mejor dicho, su control disimulado de la maquinaria electoral. Oficialmente, Vince no era nadie, y la mayoría de los vecinos del Great Miami desconocían en absoluto su existencia. Ni aparecía inscrito en ninguno de los grandes partidos que se disputaban la City Administration ni pronunciaba discursos. Sin embargo...

—Presenció unas elecciones hace siete meses. Triunfaron los candidatos que Linbury apoyaba en secreto, aunque la víspera nadie les concedía la menor posibilidad y las apuestas estaban dos a siete en contra.

Fat Boy Ricket —a quién la satisfacción rezumaba por todos los poros de su voluminosa humanidad— me habló, entre carcajadas, de los votos fantasmas. Eran los votos de unos millares de individuos —muertos y enterrados o que nunca llegaron a nacer, aunque figurasen inscritos en los colegios electorales—, que decidían siempre la contienda, dada la igualdad entre los bandos rivales. Vince los tenía en sus manos y negociaba con ellos.

—Tiene influencias y amigos en todas partes, especialmente en el Police Department. Si nadie me molestó durante varios meses, pese a que estaba reclamado en Maryland y Pensilvania y la Policía tenía mi ficha, fue por indicación suya. De no haberle interesado encubrirme...

No concluí la frase, asaltado por un pensamiento inquietante. Joseph McNamara, el teniente que fue a interrogarme al hospital y que no tuvo escrúpulos en zarandearme pese a que me encontraba medio moribundo, figuraba entre los amigos de Vince. Si había contado con él antes de visitarme —y era seguro—, la deducción no resultaba muy halagüeña. Implicaba, lisa y llanamente, que la decisión de suprimirme no se debió sólo a Krupa y Ricket, como había pensado hasta entonces, y que Barcroff estaba en un error al suponer a Linbury molesto con Fat Boy por haberme llenado el cuerpo de plomo.

—¿Crees, entonces —tornó Steve a la carga, impaciente por mi

repentino silencio—, que tiene capacidad suficiente para haberlo organizado todo?

—Por lo menos, es el más listo que conozco —repuse—. Manejar a Ricket, Lummis o Ewell no es un juego de niños, y Vince los tiene en un puño. Sólo con eso...

—¡Vamos en su busca! —me apremió el agente especial—. Hablando aquí perdemos un tiempo precioso, olvidando que cada minuto tiene un valor inapreciable.

—Tendremos que localizarle primero —contesté—. Puede estar en veinte sitios distintos, e ignoro dónde se hallará esta noche.

Un bar de Brickell Avenue, demasiado concurrido en aquellos instantes para que nadie se fijara en nosotros, nos proporcionó el teléfono que necesitábamos. Hube de encerrarme en una de las cabinas y hacer doce llamadas antes de averiguar lo que me interesaba. Tuve la precaución de no darme a conocer, utilizando el nombre de uno de los secuaces de Fat Boy Ricket y pretextando tener un recado urgente para míster Linbury; pero al abandonar la cabina pude decir a Steve:

—Nuestra meta es el Recreation Civic Club de Miami Shores.

Había estado allí en un par de ocasiones y conocía el local. Era uno de los varios centros de tipo recreativo que Vince sostenía como base y fundamento de su influencia política. Aparentemente le costaba dinero, porque las gentes podían utilizar la biblioteca, el gimnasio o diversos salones llenos de juegos de todas clases sin abonar un solo centavo.

En realidad, el Recreation constituía una fuente de saneados ingresos, porque si la biblioteca sólo existía de nombre, había un espléndido bar donde la gente podía beber cuanto se le antojaba, a un precio más barato que en otros sitios, pero suficiente para cubrir sobradamente todos los gastos.

Aun costándole mucho dinero, habría sido una inversión provechosa para Linbury, que en aquel llamado Club Cívico manipulaba con los votos fantasmas. Pero no se lo costaba porque, aparte de las bebidas, los juegos que debían servir de honesto solaz y gratuito esparcimiento para las gentes que frecuentaban el local, no diferían de los de cualquier casino elegante, excepto en la cuantía de las apuestas. Allí podía jugarse uno veinte o treinta centavos sin que nadie se riera, y pocos podían pasar del simple

dólar.

—Pero como son muchos cientos los que van por allí todas las noches...

Conforme esperaba, hallamos el Recreation Civic Club abarrotado de público. Tomamos unos «*whiskies*» en el largo mostrador, preguntamos a uno de los camareros y supimos que míster Linbury se hallaba en el club, pero no en ninguno de los salones, sino en su despacho.

—Si no os ha citado previamente —nos aconsejó, con paternal solicitud—, es inútil que subáis, porque no lograréis verle.

Fingimos aceptar su consejo, pagamos las consumiciones y nos alejamos del mostrador. Pero luego de dar una pequeña vuelta por una de las salas de juego enfilamos la escalera que conducía a la segunda planta. Llegamos sin novedad ni tropiezo hasta una habitación que tenía todo el aspecto de una sala de espera o antedespacho.

Un tipo con cara de pocos amigos, el sombrero encasquetado, el puro entre los labios, retrepado en un confortable sillón y los pies elegantemente colocados encima de la mesa, nos advirtió, sin molestarse en abandonar su postura:

—Si queréis ver al «boss», volved en mejor ocasión. Ahora está ocupado y no quiere que le molesten.

—No te preocupes —repliqué, avanzando hacia la puerta que daba acceso al despacho—. A nosotros nos recibirá en el acto.

El individuo se puso en pie como movido por un resorte. De un salto se cruzó en mi camino. Hundiendo las manos en los bolsillos de la americana y midiéndome de pies a cabeza con una mirada despectiva, gruñó:

—Oscila sí sabes lo que te conviene, muchacho. He dicho que el «boss» no está para nadie, y cuando Ben Joyce dice una cosa...

—Puede equivocarse, como en este caso —repuse—. Vince nos acogerá con los brazos abiertos.

—¡Pero yo estoy aquí para no dejaros pasar, y si dais un solo paso...!

Cambió de color, sin concluir la frase. Yo no perdí tiempo en palabras inútiles. Me limité a sacar con rapidez una pistola, apoyando el cañón contra su estómago. Steve secundó mi actitud, esgrimiendo una «Mauser» ante los ojos aterrados de Ben Joyce, que

sacó las manos del bolsillo y las colocó a la altura de los hombros antes de que le mandásemos hacerlo.

—¿Y ahora, qué? —inquirí, sonriente, mientras con la mano izquierda le cacheaba, apoderándome de un revólver que llevaba en el bolsillo—. ¿Crees que Vince se negará a recibirnos o que tú puedes cerrarnos el paso?

Tragó saliva antes de contestar, mirando hacia la escalera con la remota esperanza de que alguien acudiera en su auxilio. Cuando transcurrió un minuto sin que apareciera nadie y torné a repetirle la pregunta, acompañada ahora de un leve rodillazo en el vientre, gruñó en tono malhumorado:

—El «boss» está con una chica preciosa; montará en cólera si le interrumpís, y cuando se enfada...

Había cosas que me inquietaban más que el probable enfado de Linbury. Lo mismo le ocurría a Winslow. Una mirada bastó para ponernos de acuerdo. Steve me sustituyó en la vigilancia y custodia de nuestro nuevo amigo Ben, mientras yo golpeaba con los nudillos en la puerta del despacho. Pero llamé tres veces, y ni nos abrieron ni contestó nadie.

—¡Bien! —decidí—. Entraremos sin que nos abran...

Un violento empujón fue suficiente para hacer saltar el pestillo, y la puerta se abrió de par en par. Entré pistola en mano, sin esperar a que las personas que había dentro me diesen la bienvenida. Winslow me imitó, empujando por delante a Ben Joyce.

Armamos bastante ruido al entrar. Sin embargo, los que se hallaban en el interior del despacho no parecieron darse cuenta de nuestra irrupción. Por lo menos, transcurrieron unos segundos antes de que cambiaran de actitud y se molestasen siquiera en mirarnos.

En cierto modo resultaba comprensible, porque el hombre y la mujer se debatían en una lucha a brazo partido. El hombre era el Vince Linbury en cuya busca íbamos hasta allí, aunque de su rostro había desaparecido la sonrisa bobalicona que le caracterizaba, sustituida ahora por una expresión de ira. La mujer, una rubia esbelta, de impresionante belleza, podía figurar sin desdoro en las finales del Atlantic City o en las páginas centrales del «Squire». Incluso en aquel instante, con los ojos llameantes de rabia, la ropa ligeramente en desorden y forcejando, colérica, merecía que uno la mirase con admirada estupefacción.

—Siento en el alma interrumpir una escena tan tierna —dije, tras avanzar hasta el centro de la habitación y en vista de que ni Linbury ni su bella acompañante nos prestaban la menor atención —, pero el negocio que me trae aquí no admite espera.

El efecto de mis palabras fue inmediato. La mujer nos vio, y de su garganta se escapó un grito de sorpresa. Vince soltó a la muchacha, giró sobre sus talones, y con los puños crispados se encaró conmigo, chillando, con el rostro congestionado por la ira:

—¡Largo de aquí, imbécil! ¡Merecías que te tirase por la ventana! Si tardas dos segundos en desaparecer de mi vista...

—¿No se acuerda ya de mí, Linbury? —le atajé, antes de que fuera demasiado lejos.

Vi que me reconocía, y su cara reveló un asombro lindante con la incredulidad. La sorpresa hizo que su rostro inexpresivo reflejase en un segundo las más contradictorias emociones. No me fue difícil adivinar sus pensamientos ni me extrañó su reacción.

—¿No estabas en la cárcel, Allen? Pues si te has escapado y esperas que yo...

Con gesto rápido se llevó la mano derecha al costado opuesto. Trataba de sacar un arma, sin darse cuenta de que yo empuñaba una por anticipado. Quizá suponía que no me atrevería a apretar el gatillo y le daría tiempo a ser el primero en hacerlo. Me apresuré, naturalmente, a sacarle de su error:

—¡Cuidado, Vince! Si no aparta la mano del pecho, le daré gusto al dedo. ¡Y tiraré a matar!

Demostró que no era tan tonto como parecía, comprendiendo que hablaba en serio y apresurándose a separar la mano del cuerpo. Un segundo, su mirada fue hacia Winslow, cuya presencia no había advertido posiblemente hasta aquel instante. Verle cerrar la puerta a su espalda, mientras mantenía a Ben inmóvil y con los brazos en alto, le hizo sentir un repentino terror.

De rojo que estaba se quedó blanco en un abrir y cerrar de ojos. Por su mente cruzó el recuerdo de lo sucedido delante del Hunter Lyon Park unos meses antes. Temió que fuese a pedirle cuentas de lo sucedido y quiso adelantarse. Con voz insegura, trató de excusarse:

—¡Palabra que no tuve nada que ver en lo de Krupa!
Si supones que yo...

—No supongo nada —le interrumpí, amenazador—. Sólo sé que si me cogen voy de cabeza a la silla. Pero también que antes puedo liquidar a unos cuantos. ¡Procure no darme ocasión ni motivo para ser el primero de todos!

Vince no supo qué responder, y quedó en silencio, con la frente surcada por profundas arrugas y un gesto de perplejidad en el semblante. Deseando no correr riesgos innecesarios, extendí la mano izquierda y le aligeré del peso de una «Colt» que llevaba en la sobaquera. Se dejó desarmar sin ofrecer resistencia, sin protestar siquiera.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó, mirándome con fijeza—. ¿Qué tienes en contra o qué pretendes de mí?

—Necesito su ayuda para salvarme —respondí—. No tardarán en descubrir mi fuga, y toda la Policía de Miami empezará a buscarme. Sólo usted puede impedir que me encuentren —respondí con sinceridad.

—Y crees que una pistola al pecho es el mejor procedimiento para convencerme, ¿no? —Tornó a inquirir Vince, dueño por completo ya de sus reacciones, en un tono marcadamente burlón.

—Por lo menos, y de momento —repuse—, es el más saludable para mí. Si le aviso por teléfono de mi visita, al llegar habría encontrado a la «bofia» esperándome, o hubiese completado usted, personalmente, la obra de Ricket. ¿Me equivoco?

—En que yo tuviera nada que ver en lo que hizo Ricket contigo, desde luego —contestó, tras un minuto de reflexión—. En el otro, quizá estés en lo cierto. No quiero líos con el Police Department, y si acabas de fugarte de la prisión...

—No hace media hora aún —precisé—. Y el amigo —añadí, señalando con un gesto a Winslow— en mi compañía.

—¿Liquidando a...?

—No hizo falta matar a nadie. Les convencimos por las buenas, como espero convencerle a usted.

Aunque no parpadeó, la mirada que dirigió a la pistola que empuñaba era suficiente para comprender que mis palabras no le hacían feliz. Calló unos segundos, mientras pensaba con rapidez, midiendo sin duda los pros y los contras de la situación. Al cabo, quizá más por ganar tiempo que por verdadera curiosidad, preguntó:

—¿Quién es tu amigo?

Fui yo quien ahora vaciló en responder. Nada había hablado con Winslow respecto a la conveniencia o inconveniencia de proclamar su pretendida personalidad como atracador y pistolero delante de personas distintas a Vince. Miré a Steve, luego a Joyce y a la mujer, y no supe que decidir.

—Desconfías, ¿eh? —inquirió Linbury, adivinando lo que me ocurría—. Pues si has venido aquí y no confías en mí...

—En usted, si —y era verdad, aunque sólo a medias—. Pero los otros...

—¡Bah! Joyce es de toda confianza. Lleva dos años con Dayton Lummis y debías conocerle.

—Pero la señorita...

—Yo respondo de su discreción, y es suficiente. Hasta es posible que te convenga que oiga lo que vas a decir. ¿No es así, Alice?

—Lo sabré cuando hable —dijo la muchacha, y advertí que su voz, cálida, rimaba a maravilla con sus evidentes perfecciones físicas—. Pero si se empeña en callar...

—Habla —intervino, con resolución, Steve—. Dadas las circunstancias, nada puede beneficiarnos más que la verdad.

No conté la verdad, naturalmente, sino lo que yo había tenido por cierto hasta que después de la fuga Winslow me reveló su doble personalidad. Hablé del atraco del Banco de Atlanta y del tiroteo en plena Miami Avenue que precedió a la detención de mi acompañante.

—¿Es que no ha dicho nada la Prensa de su detención y antecedentes? —pregunté al final, extrañado por el silencio de Vince y de la mujer.

—Dijo más de lo que pudiera convenirle —respondió Linbury—. Entre otras cosas, que vale cien mil dólares.

—¿Qué han ofrecido cien mil dólares por su cabeza? —salté, sin poder disimular el asombro.

—¡No delires, Allen! —replicó, despectivo. Vince—. Por nadie, hasta ahora, ofreció la Policía cien «grandes», y tu amigo no tiene talla para que ofrezcan ni la décima parte.

—¿Entonces...?

—Del Banco se llevó, según los periódicos, ciento diez mil dólares. Cuando le detuvieron no tenía encima más de quinientos.

¿Dónde está el resto?

Hizo la pregunta encarándose con Winslow. Steve sonrió irónico. La misma interrogación se la repitió la Policía durante muchas horas, sin conseguir arrancarle una respuesta satisfactoria. No estaba muy dispuesto a decir dónde había escondido el dinero.

—Me costó algún trabajo conseguirlo —añadió—, y no me agradaría que desapareciese.

—Pues sería lo más beneficioso para ti —intervino, sonriente, la mujer—, a menos que estés cansado de vivir.

—¿Por qué? —preguntó Steve.

La explicación la dio, en pocas palabras, Linbury. El Banco había facilitado a la Policía la numeración de los billetes robados. Las autoridades de todos los estados del sudeste americano estaban advertidas.

—¿Sabes cómo te localizaron en Miami? Pues porque hace seis o siete días se te ocurrió dar uno de los billetes en el hotel, y eso...

—¿Quién se lo ha dicho? —Traté de saber.

—Está en todos los periódicos —contestó Vince—. Los agentes del

F. B. I.

que le detuvieron comunicaron a la Prensa lo sucedido, a fin de dificultar que nadie pudiera utilizar el resto de los billetes. ¿Qué te parece, Winslow?

—Un grave contratiempo —replicó Steve, y cualquiera, al ver su gesto de contrariedad, supondría que hablaba en serio—. Si es cierto lo que dice, tendré que librarme de los billetes. Aunque sea quemándolos o tirándolos al mar...

—Salvo que haya alguien capaz de comprártelos, ¿no? —insinuó la mujer.

—Si los pagan bien; esto es si no quieren llevárselos por una centésima parte de lo que valen...

—¡A ti sólo te valdrían para ir de cabeza a la silla eléctrica! —le interrumpió Vince—. Por ellos te cogieron antes y volverán a cogerte en cuanto quieras cambiar uno solo. Con la diferencia de que la segunda vez no lograrás escapar igual que la primera.

Steve contestó en tono adecuado, y durante unos minutos prosiguió con habilidad su juego. Oyéndole me di cuenta de que era más listo de lo que suponía, y que no resultaría fácil ni saludable

intentar engañarle. Pese a todos los peligros de la empresa, acaso nada me conviniera más que cumplir mi parte del compromiso.

En un momento dado, cuando Linbury y la mujer le apremiaban con preguntas que no le interesaba contestar en el acto, me dirigió una mirada, cuyo significado comprendí.

—Todo eso de los billetes pueden discutirlo más adelante —dije—. Ahora hay algo que debemos resolver inmediatamente, y es nuestra situación. Necesitamos su ayuda, Vince. ¿Qué contesta?

—Que no quiero buscarme líos ni complicaciones por nadie, y menos por ti.

Olvidándose de que tenía una pistola en la mano, habló de mí en tono agresivo, insultante. No era un amigo en el que pudiera tenerse la menor confianza, como lo demostraba lo sucedido a Krupa, que trató de darme la mano, y al que acribillé a balazos.

—¿Olvida que lo hice en defensa propia, y que él y otros me llenaron el cuerpo de plomo? —pregunté, ceñudo.

—Por no olvidarlo me resisto a mover un solo dedo para protegerte —respondió—. Ricket es amigo mío. ¿Qué ganaría poniéndome a tu lado y riñendo con él?

—Lo fundamental: la vida —gruñí, amenazador, alzando la pistola que empuñaba para apuntarle a la cabeza—. Si aprieto el gatillo, le sobrára todo lo demás.

Me miró fijamente a la cara, y no debió agraderle lo que leyó en ella. Hablaba perfectamente en serio, decidido a que fuera por delante si me tocaba morir. En definitiva, pensé, no sería más que devolverle el regalo que sus esbirros me hicieron en Hunter Lyon Park.

Como guardó silencio, resistiéndose a dar su brazo a torcer, empleé un argumento convincente, sugerido, precisamente, por el inspector Barcroff. No creí que tuviera mucha fuerza cuando mi antiguo jefe lo mencionó, pero ahora empezaba a pensar de distinta manera.

—Tiene que ayudarme, Linbury —insistí—. Y no sólo porque representa un peligro para usted negarse, sino por conveniencia y gratitud.

—¿Debo estarte agradecido porque liquidaste a Krupa? ¿O acaso porque pretendiste sacar más dinero del convenido a Ricket? —preguntó Vince, entre sorprendido y burlón.

—Debe estármelo porque, aunque Fat Boy trató de liquidarme, y usted posiblemente se lo mandó, callé la boca y no dije una sola palabra a la «bofia».

Linbury se encogió de hombros, despectivo. ¿Qué podía haber dicho yo? Que me daban mil dólares por traer unos cuantos peces desde cualquiera de los lagos cercanos.

—¿Quién te oyese creería que estabas loco o que tratabas de tomarle el pelo? —afirmó.

—Excepto si demostraba que en el interior de los peces venía un contrabando valioso, ¿no? —repliqué.

—Tendrías que demostrarlo, y no podrías. Ricket negaría saber una sola palabra, y Krupa está muerto y enterrado. En cuanto a mí, nadie podría mezclarme en un negocio con el que no tengo nada que ver.

Hablaba con seguridad, convencido de que su razonamiento resultaba indestructible. Pero yo recordé, repentinamente, algo olvidado hasta entonces, acaso por no concederle al asunto la menor importancia. En tres ocasiones distintas, Lionel me había entregado unas nuevas y soberbias cañas de pescar, que mandaba como regalo a Less Regan, el individuo que esperaba en los lagos para darme la pesca que había de transportar a Miami.

Una de las veces insinuó que el regalo procedía de Linbury. No se me ocurrió pensar que las cañas llevasen nada dentro. Pero si los peces ocultaban en su interior un contrabando valioso, ¿por qué no los aparejos, aunque éste había de ser de muy distinta especie?

—¿Y si yo conociera el contenido de las cañas que regaló a Less? ¿Qué pasaría sí, curándome en salud, hubiera tomado alguna fotografía de lo que iba dentro?

Antes de concluir comprobé que el disparo, hecho a ciegas, había dado en el blanco propuesto. Indudablemente, lo que fuera escondido dentro de las cañas representaba un grave peligro para mi interlocutor, especialmente si como afirmaba lo había fotografiado. ¿Qué podía ser? Para mí no ofrecía dudas: dinero robado, billetes que se sacaban del país porque la Policía tenía su numeración.

Linbury negó, naturalmente. Pero si hay veces en que una negativa equivale a una confirmación, aquélla fue una. Siguió negando por mantener el tipo únicamente, no porque tuviera la

menor ilusión de haberme engañado. Seguro ya de tenerle en mis manos, quise completar el éxito, inquiriendo, irónico:

—¿También le hubiera tenido sin cuidado que hablase de Herbert Graft?

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Vince, con fingida indiferencia, desmentida por su repentino nerviosismo—. Jamás oí su nombre, y si le veo...

—No podrá verle más que en sueños, porque está muerto. Era un agente especial del

F. B. I.

que se hizo pasar aquí por Alex Calhoun. Le descubrieron y... ¿De verdad le gustaría que dijera todo lo que sé?

—Nada de lo que dijeras —respondió mi interlocutor, y advertí que sus palabras carecían de firmeza y una ligera palidez se extendía sobre su rostro— me afectaría en lo más mínimo.

—Pues hubo quien lo juzgó tan interesante —mentí— como para prometerme una condena de veinte años en lugar de la silla, caso de decírselo.

—¿Quién?

—El inspector federal Oscar L. Barcroff. ¿No sabe que estuvo a verme en el hospital? ¡Seguro que se lo contó su amigo McNamara! Pues sospecha de usted, y cree que una acusación mía sería suficiente para que me sustituyese entre las manos del verdugo.

Linbury vacilaba, y aunque su rostro había vuelto a recuperar su característico aire bobalicón, no me resultaba difícil adivinar sus pensamientos.

Nuestras pistolas le imponían cierto respeto, pero todavía temía más lo que yo pudiera decir respecto al contrabando y al asesinato del agente especial. Le convenía ayudarnos o fingir que nos ayudaba, especialmente si al hacerlo podía quedarse con los cien mil dólares robados en el Banco de Atlanta. Pero temía que si lográbamos abandonar Florida, le hiciéramos víctima de un chantaje cuando estuviéramos lejos de su alcance.

—Querréis que os lleve a Cuba o las Bahamas, que os saque de Florida como mínimo, ¿verdad? —preguntó, receloso.

—De momento no —se me anticipó Winslow a contestar—. Tengo el dinero por aquí, y no tendría tiempo de recogerlo. Sería peligroso además, porque dentro de unas horas vigilarán los

puertos, los aeródromos y las carreteras.

—Sí —aprobé sin vacilaciones—; nos conviene estarnos quietecitos hasta que pase la tormenta.

Noté el gesto de alivio de Vince. Aquélla era, indudablemente, la solución ideal. Podría tenernos bajo la amenaza de las pistolas de sus secuaces y liquidarnos con relativa facilidad si lo juzgaba preciso. Pero fingió seguir dudando, temeroso de que una rápida conformidad nos hiciera sospechar su doble juego.

—Acepta, Vince —le aconsejó la mujer, rompiendo el mutismo en que había permanecido durante los últimos minutos—. Los muchachos tienen razón. Una pelea sería desastrosa para todos. Especialmente cuando son ellos los que tienen las armas en las manos.

Linbury refunfuñó un poco para guardar las apariencias, pero acabó dando su asentimiento. Incluso trazó un plan que había de asegurarnos una completa tranquilidad.

—Iréis a Lauderdale —dijo—, que pertenece a otro condado. Ralph Ewell se cuidará de esconderos donde nadie os moleste. Joyce conducirá uno de mis automóviles. Los agentes del tráfico le conocen y no le detendrán en el camino.

Ralph Ewell, al que conocía, tenía muchas semejanzas con Fat Boy Ricket, aunque discrepaba por completo en el aspecto físico. Era un individuo pequeño, delgado, calvo, de suaves modales y aspecto inofensivo. Actuaba en Fort Lauderdale en forma parecida a como el otro lo hacía en Coral Gables, y aspiraba a ampliar su radio de acción trasladándose a Miami, para sustituir a Lummis o a Ricket.

—Si sabes que Ewell y Ricket se odian a muerte, ya comprenderás que al lado del primero no corres el menor peligro.

Era una verdad a medias, que es la peor de las mentiras. Ralph me defendería con uñas y dientes siempre que Fat Boy pretendiera atacarme; pero cumpliría, sin dar muestras de la menor emoción, una orden de liquidarme que le transmitiera Vince.

—Estaréis unos días escondidos. Luego, cuando hayamos arreglado las cosas y todo el mundo esté convencido de que os largasteis por mar, volveréis para solucionar juntos un pequeño negocio.

Hacer creer a la Policía —especialmente si «trabajada» por

Linbury estaba dispuesta a creerlo todo— que habíamos salido de Florida era empresa fácil y sencilla. Bastaba dejar abandonado en uno de los muelles el coche que habíamos arrebatado a Dexter. Si del mismo muelle desaparecía una lancha rápida, nadie abrigaría la más ligera duda.

—Tendré que aclarar algunas cosas —dijo Vince, tras hablar por teléfono con Ewell, anunciándole en forma habilidosa nuestra próxima llegada—, pero confío en que nos entenderemos. Quizá a algún amigo le interesen los billetes de Atlanta. Y a mí —añadió con una sonrisa— que vuelvas a pescar en el Placid o el Istokpoga.

Creía que todos nos habíamos olvidado de la pelea de Linbury con la muchacha que interrumpiera al llegar. Salí de mi error al ver que Winslow, aprovechando un momento en que Vince se distraía hablando con Joyce, se acercó a la joven, que le miraba sonriente, para darle las gracias por su intervención.

—Temí que terminásemos a balazos, y usted, señorita, nos hizo un gran favor al impedirlo.

—Antes me hicisteis vosotros uno mayor. Pero mi nombre es Alice Hammond —contestó la mujer— mirándole en forma significativa, y me gusta que los amigos me llamen por mi nombre de pila.

—¿Puedo figurar entre sus amigos, Alice?

—¡Y en primera línea, muchacho! ¿Te sorprende? ¡Bah, ya lo comprenderás cuando me conozcas un poco mejor!

Vince los vio hablando, y por su mirada cruzó un ramalazo de ira. No dijo una sola palabra, pero, cuando salíamos del club para tomar el automóvil que nos conduciría a Lauderdale, me creí en el caso de advertir a Steve:

—Ándate con cuidado. A Linbury no le agradó verte hablando con su chica, y ya corremos bastante peligro sin excitar sus celos. Puede volverse loco...

—Eso es lo que pretendo y espero —contestó Winslow—. Vince es demasiado peligroso cuando logra conservar la calma. En cambio, si le ciegan los celos...

IV

COMPLICACIONES SENTIMENTALES



GNORO si en Fort Lauderdale hubo alguna vez un fortín. En cualquier caso, perdería lastimosamente el tiempo quien lo buscase ahora. Por fortuna nadie se molesta en hacerlo, porque puede encontrar antes, y sin molestarse mucho en buscarlas, otras cosas que hacen más agradable la existencia.

Veinticinco millas al norte de Miami y cuarenta al sur de Palm Beach, Fort Lauderdale era lo que fueron las otras dos ciudades treinta años atrás. Ocupaba una situación privilegiada en la desembocadura de dos riachuelos, con un puerto pequeño y

abrigado, una playa interminable, y espléndidos barrios residenciales, de villas y hotelitos que trepaban por la falda de las colinas cercanas.

Como todos los lugares agradables de Florida, Lauderdale era un paraíso para millonarios, pero sólo para los millonarios. Los precios de todo estaban por encima, incluso, de los del propio Miami, acaso porque la City Administration no deseaba otros turistas que los que podían llegar a bordo de un yate o al volante de un «Cadillac».

Por fortuna, los potentados que tenían el buen gusto de escoger Lauderdale como refugio invernal, no creían que el descanso ideal consistiera en extasiarse ante las bellezas de la Naturaleza, o entregarse a la lectura de libros piadosos. Preferían beber con el ansia de un camello luego de cruzar el Sáhara, ver salir el sol antes de acostarse, y luego de bailar toda la noche en cualquier club con una chica bonita entre los brazos, y emocionarse con los saltos caprichosos de una bolita, las inesperadas alternativas de un partido en el

Jay-Alai,

o la endiablada velocidad de unos galgos persiguiendo a una liebre metálica, a la que jamás conseguían dar alcance, pero que enriquecían o arruinaban a los que apostaban por ellos.

Gracias a tan saludables costumbres de los millonarios, podían vivir muchos que no lo eran, pero que aspiraban a serlo el día menos pensado. Entre los futuros millonarios se encontraba Ralph Ewell. Y la afortunada casualidad de que se hallase en Lauderdale hizo que Steve Winslow y yo cayésemos por allí, a las tres horas de nuestra fuga espectacular de la prisión del Dade County.

Ewell nos recibió con los brazos abiertos. Más que por mandato de Linbury, por tratarse de mí, y menos por llamarme yo Wilton Allen, que por suponer, con sobrado fundamento, que abrigaba un odio mortal contra Fat Boy. Algunos decían que si Ralph no era muy buen amigo de sus amigos, era el peor enemigo que pudieran tener quienes se cruzaran en su camino. Y Ricket parecía haberse cruzado en su ruta como una barrera infranqueable.

—Fat Boy es un cerdo —me dijo, apenas llegamos—; hizo contigo lo que hace con todo el que le estorba: atacarte por sorpresa, a traición y sin darte tiempo a defenderte. Cuando quieras devolverle el regalito, cuenta conmigo.

Por odio a Ricket, estaba dispuesto a impedir que la Policía diera con nosotros, y creo que lo hubiera hecho, incluso, contra la opinión y el mandato de Vince.

—Afortunadamente, aquí estáis seguros. Ni nadie sabrá dónde os metéis, ni se atreverán a molestaros en lo más mínimo. La Policía local es cosa mía, y si viniese algún agente de fuera... ¡Bien, a las autoridades de Lauderdale no les gusta que les pisen el terreno!

Ewell explotaba el casino de Mayan Lake, el frontón de Memorial Park, el canódromo de Dania y tres o cuatro lugares de diversión y esparcimiento de menor cuantía. Tenía a su alrededor una decena de individuos más amigos de los hechos que de las palabras, y no le desagradaba la perspectiva de que Winslow y yo completásemos la docena.

—Pero quizá Vince tenga otros planes y habrá que esperar. Aparte de que os conviene desaparecer de la circulación mientras pasa la tormenta y cambiáis un poco de aspecto.

Permanecimos una semana en un confortable hotelito de Wingate Road, en las cercanías del Norh Fork River. El hotelito disponía de una buena piscina y un extenso jardín, rodeado por un muro que impedía que los curiosos pudieran fisgar lo que sucedía dentro. En el hotelito residía el propio Ralph y cuatro de sus secuaces —dos de ellos viejos conocidos míos—, pero había sitio de sobra para todos.

En siete días cambió bastante el aspecto de Winslow, y especialmente el mío. La palidez derivada del prolongado encierro que siguió a las semanas pasadas en el hospital, desapareció con unos cuantos baños de sol. Los bigotes que ambos nos dejamos crecer modificaban nuestra fisonomía lo suficiente para hacer dudar a quién no nos conociera mucho. Cortarnos el pelo de distinta manera, ponernos gafas con cristales corrientes —que llaman menos la atención y desfiguran tanto como los oscuros—, completó la transformación, junto con los trajes que el propio Ewell nos proporcionó.

—¡Increíble! —Gruñó Joyce, que fue a visitarnos por encargo de Linbury—. De no tener la seguridad de que erais vosotros, juraría...

Aunque tuvimos buen cuidado de no hacer preguntas directas que levantarán las sospechas de nuestro interlocutor, Ewell dijo lo suficiente para que no pudiera cabernos la menor duda de que

Linbury los manejaba a todos como jefe indiscutible. Pese a sus quejas, el mismo Ralph admitía en todo instante la superioridad del «boss».

—Me parece —comentó, satisfecho, hablando a solas con Winslow— que mi compromiso llega a su fin. Tenía que buscar a un individuo, y ese individuo es Vince.

Steve se apresuró a aguar el vino de mi optimismo. Nada habíamos averiguado hasta entonces que no supiéramos antes de huir de la Miami Jail. Que Linbury estaba por encima de Ricket, Lummis y Ewell no constituía ninguna novedad. Pero que mandase a aquellos tres no implicaba que no hubiese algún otro individuo, cuyas órdenes tuviera que obedecer a su vez.

—El cerebro de la organización puede ser una persona distinta. Pero, aunque lo fuera Vince, a Barcroff no le basta con una convicción moral. Necesita pruebas materiales y tangibles, que todavía no hemos conseguido.

—Ni conseguiremos nunca —gruñí, malhumorado, porque tenía que reconocer que le sobraba razón— si continuamos aquí, aislados del mundo entero y cruzados de brazos. Debíamos volver a Miami y...

Winslow movió la cabeza en sentido negativo. Debíamos proceder con calma y serenidad, sin prisas perjudiciales, porque una impaciencia podía echarlo todo a rodar. Linbury desconfiaba de nosotros, indudablemente, y trataría de comprobar lo que había de cierto en cuanto le habíamos dicho.

—No nos queda más remedio que esperar con toda calma —agregó Winslow, cambiando repentinamente de tema— a que Vince pique el anzuelo. Los cien mil dólares de Atlanta constituyen una tentación muy difícil de resistir.

—Pero si Alice Hammond le interesa tanto como parece —gruñí, disgustado—, y la chica y tú volvéis a miraros como la otra noche...

—¡Bah! Vince tiene la inteligencia precisa para no mezclar los negocios con las mujeres.

Por extraña coincidencia, William Bronco Smith opinaba igual. Bronco era uno de los guardaespaldas de Ewell, que compartía con nosotros el hotelito de Wingate Road. Antes, y por espacio de siete meses, había compartido conmigo y otros muchos, la tercera galería de la Eastern Penitentiary, de Filadelfia. Apenas si entonces

hablamos arriba de diez o doce veces; bastaba, sin embargo, para que me considerase un viejo amigo, y hablase conmigo con absoluta confianza.

—Seguro que le gusta, y que la chica es capaz de volver loco a cualquiera —dijo, eludiendo a Alice y a sus relaciones con Vince—. Pero Linbury tiene hielo en lugar de sangre en las venas, y ni por ésa ni por ninguna perderá la cabeza un solo segundo.

Tenía a la chica instalada en un soberbio apartamento de Collins Avenue, en la parte de Miami Beach, donde sólo podían vivir los multimillonarios.

La muchacha no se privaba de nada. Disponía de dos criadas en su piso, de cuatro automóviles en su garaje, y de vestidos y alhajas capaces de llenar de júbilo el corazón de una mujer por ambiciosa que fuere.

—Pero al «boss» le sobra el dinero y puede permitirse todos los lujos. Aparte, claro está, de que cuando llega el caso, procura sacar el jugo a *miss* Hammond.

Según Bronco, Alice había actuado una temporada en el Deauville Casino de Miami Beach, alcanzando un éxito rotundo, pese a que cantaba con tan poca voz que nadie se enteraba de lo que decía. Pero como la gente iba a verla exclusivamente, y lo que veía superaba con creces todo lo esperado antes de su aparición en la pista, se daba por satisfecha y la ovacionaba con un entusiasmo que hubiese hecho palidecer de envidia a la mejor soprano del Metropolitan Opera House.

—Antes actuó en Daytona Beach, y no sé si en Orlando. Lo dejó, naturalmente, porque el «boss» la paga más que cualquier empresario... y por menos horas de trabajo.

La protección de Vince no era, sin embargo, ni desinteresada ni interesada únicamente en un aspecto sentimental. De creer a Bronco, Alice era uno de sus mejores auxiliares. Bastaban unas sonrisas suyas para que cualquier inspector de obras de la City Administration olvidase sus reparos al trabajo efectuado para la corporación, por la empresa que dirigía Linbury, o para que un agente del Tesoro encontrase en perfecto estado su «income tax»; o para que el district attorney considerase que la investigación de las apuestas caía por completo al margen de sus atribuciones.

—Y todavía quedan los viajes. *Miss* Hammond anda siempre de

un lado para otro. A cualquiera le gustaría registrarla con todo detenimiento. Pero ¿quién se atreve a hacerlo a la luz del día, y menos con una dama que conduce un «Cadillac» del último modelo, o figura como invitada de honor en el yate de algún multimillonario?

Ignoraba, o no juzgó oportuno decírmelo, que llevaba consigo en aquellos viajes. Sabiendo los negocios a que se dedicaba la organización, no me costó trabajo imaginármelo. Me sorprendió, no obstante, una pregunta de Winslow, cuando le transmití lo que Bronco me había dicho.

—¿Sabes —inquirió, interesado— si visita Merrit Island durante sus frecuentes viajes?

Me extrañó una pregunta, cuyo alcance no comprendí en el primer momento. Era posible, desde luego, que hubiera visitado la isla, que se halla unida a la costa de Florida por varios puentes y se encuentra treinta y cinco millas al sur de Daytona y treinta y siete al este de Orlando, ciudades ambas, en que *miss* Hammond había actuado. Pero ¿qué importancia podía tener que Alice pusiera o no los pies en uno más de los infinitos islotes que rodean la península como un cinturón protector?

—Mucha —respondió Steve, pensativo—. ¿O has olvidado que Cocoa Beach y Cape Cañaveral están, precisamente, en esa isla?

Lo había olvidado, en efecto, y ambos nombres resultaban en extremo significativos. Como todo el mundo sabía, en dichos lugares se encontraban instaladas dos de las bases fundamentales de las fuerzas armadas. En ellas, centenares de hombres de ciencia trabajaban silenciosa y denodadamente tratando de afianzar la supremacía americana en relación con los proyectiles cohetes.

—¿Era a eso —inquirí, a mi vez, sin ocultar el nerviosismo y el interés— a lo que se refería Barcroft al hablar de una «conspiración» contra la seguridad nacional?

—Pudiera ser —replicó Steve—, y nuestra tarea fundamental consiste en averiguarlo.

—¿Cómo?

—Como sea. Incluso preguntándoselo a la propia interesada con un poco de habilidad, naturalmente, para que no sospeche nada.

Para entonces, Alice Hammond había telefoneado dos veces preguntando por Johnny, y Johnny —que no era otro que Winslow

— charló extensamente con ella en ambas ocasiones. No conocí con exactitud lo que hablaron; sí lo preciso para imaginarme que la chica había confirmado por teléfono lo que yo creí descubrir en su mirada cuando la fijó en mi compañero durante la dramática entrevista del Recreation Civic Club. La muchacha había anunciado incluso una próxima visita. Pero...

—¡Mira dónde pones los pies, muchacho! —le aconsejé—. *Miss Hammond* es demasiado lista, y su inteligencia constituye un grave peligro para nosotros.

—Lo sé —replicó—. Pero no emprendí esta aventura para asustarme de ningún riesgo.

Vimos a la chica a la noche siguiente. No en el hotelito de Wingate Road, sino en el Mayan Lake Casino. Ewell, siguiendo instrucciones de Vince, juzgaba desaparecido todo peligro inminente para nosotros, y nos autorizó a deambular por Fort Lauderdale, aunque siempre bajo la vigilancia —«protección» la llamaba él— de alguno de sus secuaces.

Alice, que llegó sola, se reunió con nosotros en una mesita discretamente colocada en la penumbra de una de las terrazas que dominaban buena parte del lago. Si la primera vez que la vi me pareció muy bonita, ahora, al contemplarla acercarse con un andar cimbreado mientras una amplia sonrisa iluminaba su cara, se me antojó verdaderamente incomparable, y sentí una envidia profunda por Winslow.

No ocultó ni disimuló sus preferencias al saludarnos y tomar asiento pegada a él. Por si alguna duda pudiera caberme, insinuó que debería probar suerte en la ruleta, jugando en nombre suyo un centenar de dólares que me entregó. Era una manera demasiado directa para indicar que mi presencia no le agradaba, y me apresuré a levantarme. Antes de que me fuera, sin embargo, dijo algo de extraordinario interés:

—Vince no se fía mucho de vosotros, especialmente de ti, Allen. Lo comprendo —añadió—, conociendo tus antecedentes y lo que hiciste con Krupa.

—No hice más que defenderme —gruñí—. Lionel fue el primero en disparar.

—Pero antes exigiste cinco por lo que estaba bien pagado con uno. Fue un pequeño chantaje que te salió mal. Espero que te sirva

de lección y escarmiento.

Empeñé mi palabra de honor —en la que probablemente no creíamos ni ella ni yo— de que no volvería a hacer nada por el estilo. Fingió creermelo, pero añadió, a modo de despedida:

—Procura no cambiar de manera de pensar. Recuerda, por si acaso, que la Historia se repite a veces y que nadie está libre de un accidente.

Estuve charlando un rato con Bronco para hacer tiempo, y perdí media hora —además de los cien dólares, como es lógico— apuntando a algunos números de la ruleta. Cuando regresé a la terraza, *miss* Hammond se alejaba sin tomarse el trabajo de despedirse de mí, pero volviendo de cuando en cuando la cabeza para mirar y sonreír a Steve.

Las sonrisas y las miradas de una mujer como aquélla resultaban suficientes para que cualquier hombre sintiese una euforia sin límites. No obstante, hallé a Winslow concentrado, pensativo y de mucho peor humor que una hora antes.

—Te dio calabazas, ¿eh? —pregunté, por preguntar algo, aunque la forma de alejarse la muchacha no autorizaba semejante presunción.

—Algo peor —replicó en voz baja—. ¡Linbury desconfía de mí, recelando que pueda ser un enemigo peligroso!

Me encogí de hombros. Desde el primer momento di por descontado que un zorro astuto como Vince no se dejaría engañar con facilidad. Por fortuna, creía que habíamos montado la comedia con la habilidad precisa para que, por mucho que investigase, no encontrara nada que confirmase sus sospechas.

—¿O crees que en caso contrario me habría quedado impasible cuando la encantadora Alice me advirtió del peligro?

—El caso es distinto —contestó—. Tú jugaste sucio una vez, y en el mejor de los supuestos les costarás algún dinero. Yo, en cambio, puedo proporcionarle cien mil dólares. Si es capaz de renunciar a la posibilidad de guardárselos...

Para charlar con mayor calma y desembarazo resolvimos regresar andando al hotelito de Wingate Road. A Ewell no le pareció mal, y tan seguro estaba de nosotros que no hizo que nadie nos siguiera ni acompañara.

Caminamos sin prisas ni preocupaciones, disfrutando del frescor

de la noche. Steve continuó hablándome de *miss* Hammond. Velando por nosotros —aunque yo tenía el convencimiento de tenerla totalmente sin cuidado—. Alice tenía la promesa de Vince de que nos pondría a prueba encargándonos muy pronto algún trabajo delicado y comprometido.

—Sea lo que sea —decía Winslow—, tendremos que realizarlo con todo acierto y diligencia, porque sólo así conseguiremos ganarnos una confianza que necesitamos para...

Mientras hablaba habíamos doblado la esquina de Chateau Park Drive para desembocar en Wingate Road, en las cercanías del hotelito. Vi de lejos un coche que encendía sus luces y se ponía en marcha en dirección contraria a la que nosotros seguíamos. No había motivos para temer nada, y Steve ni siquiera se molestó en mirar.

A mí, sin embargo, me asaltó la idea de que el automóvil estaba parado en las cercanías de nuestra residencia y que podía estar esperándonos. Cuando acentuó la marcha, al hallarse a veinticinco o treinta yardas de distancia, la sospecha se convirtió en certidumbre, y procedí en consecuencia.

Cogiendo a Winslow del cuello, le puse una zancadilla, sin advertencia previa de ninguna clase, y le hice rodar por la acera, abrazado a mí. Lanzó un gruñido de disgusto, y con voz irritada comenzó a preguntar:

—¿Qué significa esta...?

La respuesta se la dio el tableteo de una ametralladora y el silbido de quince o veinte balazos que pasaron unas pulgadas por encima de nuestras cabezas. Por fortuna, no sólo resultamos ilesos, sino que los ocupantes del coche, seguros de que habíamos caído mortalmente heridos, o temerosos de que recurriéramos a las pistolas para agujerearles la piel como respuesta, no se molestaron en dar media vuelta para comprobar el efecto de la descarga. Aceleraron la marcha y no tardaron en desaparecer por un extremo de Wingate Road.

—¡Es el cerdo de Fat Boy! —exclamó Ralph Ewell, al enterarse de lo sucedido—. Bronco me dijo que le había visto a primera hora de la noche en Lauderdale. ¡Qué pena que no fuera yo quien le viese!

Era una explicación verosímil, sabiendo que Ricket me profesaba

una profunda antipatía y nada deseaba más que completar el trabajito dejado a medias en el Hunter Lyon Park. Winslow la aceptó sin vacilaciones, e incluso yo fingí darla por buena. Sin embargo...

—Juraría que al volante iba Ben Joyce —dije, hablando a solas con Steve—. Y Joyce jamás hizo buenas migas con Fat Boy.

Ralph marchó a la mañana siguiente a Miami, y volvió a media tarde acompañado de Alice Hammond. Los dos nos contaron la misma historia, y ninguno parecía abrigar la más ligera duda acerca de su exactitud. El atentado de la noche anterior había sido obra personal y exclusiva de Fat Boy Ricket.

—Vince está tan indignado con él —agregó Ewell, que nada me sorprendería enterarme uno de estos días de que ese cerdo ha muerto de una indigestión de plomo.

—¿Y no habrá sido obra de Linbury —pregunté, receloso, a *miss* Hammond— que, como de costumbre, procura tirar la piedra y esconder la mano?

—¡Ni pensarlo! —aseguró, rotunda, la muchacha—. Precisamente anoche logré convencerle de que le seríais muy útiles, y quiere encargarnos una misión delicada. Volveréis conmigo a Miami esta tarde, y una vez allí...

En Miami encontramos a un Vince muy distinto al de unas noches antes. Nos acogió como amigos entrañables, y nos dio la seguridad plena de que nadie se preocupaba ya de nuestro paradero, dando por descontado que habíamos salido de Florida.

—Habéis cambiado de aspecto lo suficiente para que no puedan reconocerlos. Y aunque alguno os reconociese, no pasaría absolutamente nada.

Con Ricket se mostraba irritado. Hacía tiempo que no cumplía con la exactitud debida sus indicaciones, si bien hasta la víspera no se había atrevido a actuar por su cuenta y riesgo.

—No le quedarán ganas de repetir la jugada —añadió en tono que no dejaba lugar a dudas respecto a los peligros que corría la vida de Fat Boy en caso de reincidencia.

Indicó que podríamos andar libremente por Miami sin temor ninguno a la Policía ni a los secuaces de Ricket. De cualquier forma, no nos convenía hacernos demasiado visibles ni provocar alborotos que centrasen la atención de las gentes en nosotros.

—He pensado que podíais iros a vivir con Dayton Lummis en Opa Locka. Así sabría dónde encontraros en todo momento, y estaríais protegidos contra cualquier riesgo.

Habló un poco por encima del trabajo que nos tenía preparado. Insinuó que constituiría una prueba definitiva de nuestra eficacia. No ocultó que había recelado de nosotros, pero afirmó que sus dudas se habían desvanecido tras realizar algunas discretas averiguaciones.

Aceptamos en el acto, naturalmente. Conocía a Dayton Lummis tanto como Dayton me conocía a mí, y los dos sabíamos a qué atenernos. Lummis difería bastante en lo físico de Fat Boy y de Ewell; ni era gordo y apoplético, como el primero, ni pequeño, delgado y de aire inofensivo como el segundo.

Tendría cuarenta años de edad, una estatura ligeramente superior a la corriente y una cara no del todo desagradable. Vestía con cierta distinción, se creía irresistible con las mujeres y le gustaba hablar mucho, demostrando una cultura que nadie hubiera sospechado en el jefecillo de un pequeño «gang». Como contrapartida, mentía con aplomo, ocultaba con amabilidad sus verdaderos sentimientos y resultaba tan de fiar como un tigre a los ocho días de no probar bocado.

Residía en un confortable apartamento de Grapelan Boulevard, a media distancia entre el Master Airport de Miami y el *Country* Golf Club de Opa Locka, un barrio elegante y lujoso, situado al noroeste de la gran ciudad de Florida.

—Podéis entrar y salir cuando os parezca, naturalmente —dijo, entregándonos sendas llaves del piso—. Pero por vuestro bien os conviene no faltar ninguna noche. Aquí estaréis seguros, mientras por ahí...

Los tres días siguientes transcurrieron con absoluta tranquilidad. Pasamos las noches en el apartamento e hicimos allí varias de nuestras comidas. Pero fuimos en dos ocasiones al Recreation Civic Club para pasar un rato divertido, nos bañamos en las playas del Biscayne Park y hasta nos aventuramos por el centro de Miami, sin que nadie reparase en nosotros ni fuera siguiéndonos los pasos.

Extremando las precauciones no vimos ni hablamos con el inspector Barcroff, que se encontraba en la ciudad, esperando noticias nuestras. La libertad en que nos dejaban podía ser una

trampa, y cabía que, aunque no lográsemos descubrirle, hubiera siempre algún individuo vigilándonos.

—Así se convencerán de que jugamos limpio.

Winslow hizo algunas llamadas telefónicas, no sin convencerse en todos los casos de que nadie, excepto yo, escuchaba lo que decía. A ninguno, en realidad, le habría servido de nada oírle, porque Steve habló en todos los casos con una mujer llamada Ruth, y el tono de su charla era el que correspondía a un hombre enamorado.

—¿Qué si es bonita Ruth? —dijo, contestando a una pregunta mía—. Para mí, la muchacha más bella, atrayente y encantadora que existe en el mundo entero.

—¡Pues procura que *miss* Hammond no se entere de su existencia —le aconsejé—, a menos que estés cansado de vivir!

Alice telefoneaba todas las mañanas a Steve, y salieron juntos una de las tardes. Dayton se enteró y arrugó el ceño, aunque no dijo una sola palabra. Ben Joyce —que juraba y perjuraba no haber puesto los pies en Fort Lauderdale desde la noche que nos llevó allí — fue algo más explícito:

—No diré que el «boss» esté loco por ella; pero no le agrada que prefiera a otro, y si se entera de que sale con tu amigo...

Sabiéndolo Dayton, Joyce y Ewell, tenía que estar enterado Vince, máxime cuando *miss* Hammond no se molestaba en disimular sus preferencias. Sin embargo, Linbury continuó mostrándose amistoso y cordial las dos veces que le vimos en aquellos días.

—Probablemente mañana recibiréis un encargo importante.

Lo recibimos, en efecto. No uno, sino dos, aunque estrechamente relacionados entre sí. Con Winslow habló Dayton, estando yo presente. Conmigo se entendió mi antiguo abogado defensor —que no llegó a defenderme en nada—. Albert Towlin, quien expuso sus deseos delante de Lummis y de Steve. Ni uno ni otro mencionaron de una manera expresa a Vince Linbury, pero ambos afirmaron cumplir órdenes del jefe de la organización, y nos cabían pocas dudas de que tal jefe fuera otra persona distinta.

—Necesitamos veinticinco mil de los que te llevaste de Atlanta —dijo Dayton a Steve—. Hemos de pagar con ellos los buenos servicios de cierta persona que tiene facilidad para sacarlos de Florida.

Winslow recibirá por ellos mucho más de lo que cabía esperar, dadas las circunstancias; nada menos que diez mil dólares. Nunca posiblemente se habían comprado a un precio tan elevado unos billetes robados cuya numeración tenía toda la Policía americana.

—Es la mejor prueba de que no queremos aprovecharnos y pagamos con generosidad a quién nos sirve bien.

Mi tarea resultaba un poco más complicada y estaba retribuida con menos largueza. Yo tendría que recoger aquellos veinticinco mil dólares, tomar un automóvil y marcharme a pescar a lago okeechobee, el más grande de Florida. En un punto determinado de los alrededores de Sand Cut habría un individuo esperándome; yo le daría el dinero a cambio de un sobre cerrado, que traería sin abrir a Miami para entregárselo al propio Towlin.

—¡«Okay» por mí! —dijo Winslow—. Pero no quiero que nadie sepa dónde tengo el dinero; iré solo a recogerlo, y necesito unas horas.

Se las concedieron, naturalmente. Pero en lugar de ir solo hizo que le acompañase. Emprendimos la excursión a media tarde, dando vueltas y más vueltas, tomando y dejando taxis, a fin de desorientar a quién pretendiera seguirnos. Al final, luego de dos llamadas telefónicas bastante espaciadas entre sí, Steve me indicó:

—Ruth nos aguarda ya con todo preparado.

Resultó que la chica vivía en una modesta casa de vecindad en N. W. 27th Street. La calle tenía poco tráfico, y el edificio no parecía muy moderno. Se entraba por un portal destartado, se subían dos tramos de escalera y el apartamento de la amada de Winslow —en un primer piso— se abría a mano derecha.

Debía estar esperándonos la muchacha, porque la puerta se abrió antes de que llegásemos a pulsar el timbre. Steve pasó delante y yo le seguí, no sin cambiar unas breves palabras de saludo con la persona que nos había abierto.

Era Ruth, naturalmente, y al mirarla comprendí que la belleza de mis Hammond no impresionara demasiado al agente especial. En ciertos y determinados sentidos, esta otra chica valía más. Quizá fuera menos llamativa, impresionante y espectacular. Vestía con mayor sencillez y sería inútil buscar en su rostro el complicado arreglo y maquillaje que acentuaba los naturales encantos de Alice. Sin embargo, era evidente que nada tenía que envidiarla aquella

joven morena, sencilla, de mirada suave y voz acariciadora.

—Sentaos —dijo Ruth, entrando tras de nosotros en el «*living*», luego de cerrar la puerta de la escalera y disponiéndose a preparar unos «*whiskies*»—. Podemos hablar con tranquilidad.

Steve la hizo caso, dejándose caer en uno de los sillones. Yo estaba a punto de imitarle, cuando advertí que las cortinas que cubrían la ventana de la habitación se movían de un modo imperceptible. Recelé un peligro, y sacando con celeridad la pistola, ordené en tono que no admitía réplica:

—¡Sal con los brazos en alto, amigo, o empiezan los fuegos artificiales!

Winslow se puso en pie de un salto, mientras de labios de la muchacha se escapaba un grito de susto. No perdí tiempo en mirarlos, fijos mis ojos en las cortinas. No me había equivocado al suponer que había alguien tras ellas; sí al temer que se tratase de un enemigo, porque quien surgió ante mi vista un segundo después fue el inspector Barcroff, que avanzó, sonriente, hacia el centro de la habitación, aconsejándome:

¡Guarda ese arma, Allen! De mí no tienes nada que temer... mientras sigas haciendo honor a tu palabra.

Volví la pistola a la sobaquera, totalmente tranquilizado. En cierto sentido, era lógico que el inspector estuviera allí. Juzgué conveniente, no obstante, explicar mi alarma. En mi situación, inquieta bastante descubrir que hay alguien escondido en la misma habitación en que nos encontramos.

—Desde la ventana se domina la calle —dijo, sonriente, Barcroff—. Tenía que comprobar que nadie os seguía.

Liquidado el incidente, Winslow expuso los motivos de nuestra visita a la casa. Contó con rapidez todo lo sucedido desde nuestra fuga, haciendo especial hincapié en el «trabajo» que se nos había encargado para el día siguiente. ¿Qué debíamos hacer?

—Cumplir al pie de la letra las instrucciones recibidas —contestó el inspector—. Es fundamental y básico para ganarse la confianza de Dayton y saber si Linbury es el jefe de la organización, como cree Allen, o hay otro por encima de él, como supongo yo.

Para conseguir dicho objetivo no resultaba demasiado caro cambiar veinticinco mil dólares por diez mil. Más, infinitamente más, valía la vida de un agente especial, y habían arriesgado la de

varios y sacrificado la de uno por lo menos persiguiendo igual finalidad.

—Pero —objeté yo— ¿y si el sobre que he de recibir en Sand Cut contiene planos o microfilms relacionados con los proyectiles cohetes o las instalaciones de Cocoa Beach y Cape Cañaveral?

—Los traerás a Miami, conforme te han mandado —repuso Barcroff—, y se los entregarás a Towlin.

Ante mi gesto de incompreensión, justificó sus palabras afirmando que por graves que pudieran ser los documentos consideraba cien veces más grave y trascendental desarticular la organización, descubriendo a todos y cada uno de los complicados en ella, comenzando por su jefe, naturalmente.

—Y eso sólo podemos lograrlo dejando que los planos o microfilms lleguen a Miami y siguiendo la pista que nos marquen al pasar de mano en mano.

De pronto me di cuenta de que Ruth, de pie junto a Winslow, me miraba con disimulo, si bien en sus ojos podía leer un interés que nada hacía por ocultar. Cuando Steve contó lo sucedido unas noches antes en Fort Lauderdale y cómo mi rápida acción impidió que fuera acribillado a balazos, la mirada de la joven resultó para mí más elocuente que todas las palabras.

No tengo nada de modesto, y reconozco que en distintas circunstancias me hubiese enorgullecido despertar en una chica tan bonita como Ruth los sentimientos que leía en su cara. En aquéllas me produjo una honda inquietud. Me parecía que al admirarla, al producirla una impresión halagüeña para mí, cometía una traición imperdonable con su novio, que era, precisamente, el hombre sin cuya ayuda no habría logrado escapar de la prisión ni quizá de la silla eléctrica.

Mi turbación subió de punto unos minutos después. Steve y Barcroff estaban discutiendo dónde había de recoger el primero los veinticinco mil dólares en billetes de cien que Dayton le había pedido. Abstraídos en su charla, ambos se olvidaron un instante de la chica y de mí. De repente, Ruth, que se había aproximado con disimulo, me cogió la mano derecha, que estrechó con fuerza entre las suyas, en tanto que susurraba con voz velada por la emoción:

—¡Gracias por lo que ha hecho, Wilton! Pese a lo mucho que le tocó sufrir, es usted todo un hombre.

No supe que responder. Quedé silencioso, mientras en mi pecho se agitaban las más contradictorias pasiones. Sentí alegría y tristeza a un tiempo. Alegría porque la muchacha pudiera estarme agradecida y me considerase un hombre de cuerpo entero; tristeza porque su gratitud tenía como base y origen haber salvado la vida de otro, y más aún el íntimo convencimiento de no ser digno del cariño de una mujer como Ruth.

La muchacha se apartó de mi lado, y yo procuré disimular mi turbación interviniendo en la charla de Barcroff y Winslow. Era la primera vez que veía al inspector luego de salir de la cárcel, y tenía interés en precisar mi situación; o, mejor dicho, mi futuro. Estaba dispuesto a cumplir hasta el final mi parte del compromiso; pero quería, naturalmente, una garantía de que me premiarían dejándome en completa libertad.

—Te dejaremos —afirmó Barcroff—. Tienes mi palabra, y basta. Al terminar el servicio quedarás en completa libertad, con dos condiciones: que cambies por completo de vida y no vuelvas a poner los pies en Miami, Filadelfia o Baltimore.

El inspector abandonó el apartamento unos minutos antes que nosotros para comprobar que nadie nos esperaba en los alrededores. Cuando transcurrió el rato convenido con él, salimos Winslow y yo.

Ruth nos despidió en la puerta del apartamento. Abrazó y besó a Steve primero y luego estrechó mi mano. Lo hizo con mayor fuerza y la retuvo durante más tiempo del que parecía preciso. Un minuto permaneció silenciosa; después, cuando Winslow comenzó a bajar la escalera, la oí murmurar en voz baja:

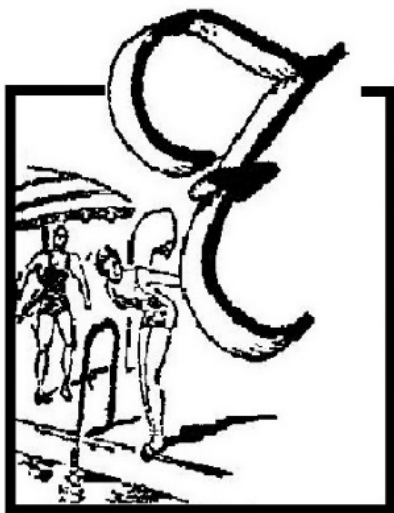
—Cuide mucho de Steve, Wilton, y cuídese también. ¡Si algo le ocurriese a usted, yo...!

—¿Sentiría, realmente, que me sucediera una desgracia? —pregunté, resistiéndome a creer lo que oía.

—Tanto —exclamó la joven—, que los remordimientos no me dejarían seguir viviendo. Y ahora —añadió, rápida— ¡váyase y no me pida explicaciones que no podría darle...!

V

«ESTAS EN MIS MANOS»



ODO se desarrolló con una sorprendente sencillez. Contra lo que cabía temer, no tropezamos con el menor inconveniente. Winslow entregó a Dayton Lummis, a primera hora de la mañana, una cartera de cuero en cuyo interior iban doscientos cincuenta billetes de cien dólares cada uno; la cartera con los billetes me era entregada a mí a los pocos minutos por Albert Towlin, quien repitió el sitio exacto a dónde debía dirigirme, y precisó con todo detalle lo que había de hacer y decir, así como las señas del individuo que aguardaba en las cercanías de Sand Cut.

—Se llama Vern Kroonin —agregó, con una sonrisa—. No se

trata de ningún apodo, sino de su nombre verdadero. El hecho de que te lo de ya demuestra la confianza que tengo en ti.

Llevaba en el bolsillo una documentación a nombre de Carl Benton Dextry; disponía de un «Mercury» modelo 1954: es decir, lo suficientemente viejo para, no llamar la atención de nadie, pero lo bastante rápido y seguro para hacer el recorrido en el tiempo marcado, sin grave riesgo de averías ni contratiempos. Y por si surgía algún peligro imprevisto, en la sobaquera, cargada y sin echar el seguro, una

«Smith & Benson»

en la que podía tener plena confianza.

A primera hora de la tarde, y luego de tener la plena seguridad de que nadie me seguía, me acerqué al punto en que aguardaba Vern Krooning con claras muestras de impaciencia. Nos hablamos cuando ambos comprobamos que no había alma viviente a media milla a la redonda, y nos pusimos de acuerdo pronunciando las breves palabras que debían identificarnos mutuamente.

Tenía el aire inconfundible del clásico profesor distraído, y al mismo tiempo los gestos, modales y actitud de un traidor de melodrama. Me resultó terriblemente antipático, y creo que no me habría remordido la conciencia de sacar la pistola y dejarle en la orilla del lago con más plomo en el cuerpo del que pudiera digerir.

—¿Trae el dinero? —preguntó, y sus ojillos brillaron como los de un zorro a la vista de un gallinero.

—¿Y usted el sobre? —repliqué.

En tres minutos la cartera de cuero con los doscientos cincuenta billetes estuvo en su poder, y en el mío quedó un sobre, nada voluminoso por cierto, cerrado y lacrado en forma que, de abrirlo, no sería posible ocultar que lo había hecho.

Torné a mi coche, él volvió al suyo, y nos alejamos en direcciones opuestas, sin tomarnos la molestia de volver la cabeza. Yo, por lo menos, no lo hice, temeroso de no poder resistir la tentación de darle un disgusto. Acaso parezca extraño e incomprensible en un sujeto de mis antecedentes. Pero la verdad es que si me ha gustado la vida fácil y no he desdeñado apoderarme de un poco de dinero cuando lo tuve al alcance de la mano, siempre he sentido un profundo desprecio por los traidores. Y el más indigno y peligroso de todos es el que vende su país —o el país donde

encontró protección y cobijo en una hora crítica— a cambio de un puñado de billetes.

Avanzada la noche regresé a Opa Locka. En casa de Dayton me esperaba éste en compañía de Towlin. El abogado recibió el sobre, lo examinó con todo cuidado y detenimiento para comprobar que no había intentado abrirlo, para enterarme de su contenido o cambiar alguno de los papeles que contenía, y sonrió, satisfecho.

—¡Magnífico, Allen! —exclamó, dándome una palmada en la espalda—. Mereces un premio por este trabajito, y espero que no tardes mucho en recibirlo.

Dayton Lummis dijo algo por el estilo, y hasta descorchó una botella de champaña para que bebiéramos los tres, celebrando el feliz éxito de la empresa. Ambos hablaron conmigo en tono de absoluta confianza y camaradería. Al retirarme a descansar estaba seguro de habérmelos metido en el bolsillo.

Pero a la mañana siguiente mi optimismo sufrió un duro golpe. Habíamos desayunado y nos disponíamos a lanzarnos a la calle, cuando Dayton Lummis —que contra su costumbre se había levantado muy temprano— hizo irrupción en el apartamento de Grapeland Boulevard. Nos bastó ver su gesto para comprender que algo sucedía.

—¿Qué pasa, Dayton? —inquirí.

—¡Lo peor que podía ocurrir! —replicó, alterado—. ¡Lee y te convencerás!

Me tendía un ejemplar del «Miami News», y no tuve que buscar mucho para dar con lo que tenía inquieto y alarmado a Lummis. Era una información bastante amplia, que comenzaba en la primera página y concluía en las interiores. El título, a tres columnas, ya resultaba sobre manera expresivo: «Misterioso asesinato del profesor Vern Krooning».

—¡Le han matado! —exclamé, boquiabierto—. Pero ¿quién diablos...?

—Daría mil dólares por saber quién lo hizo —repuso Dayton, y su voz tenía un fuerte acento de sinceridad—. ¡Y el «boss» pagaría con gusto veinte veces más!

Leí con ansiedad fácilmente comprensible la información periodística; lo mismo hizo Steve, mirando por encima de mi hombro izquierdo. La información era bastante amplia, pero no nos

proporcionaba la pista que deseábamos. En síntesis, decía que el cadáver de Krooning había sido hallado a primera hora de la noche en las proximidades de Indian Town y a orillas del Saint Lucie Canal.

—¡A treinta millas como máximo del punto en que se entrevistó conmigo! —comenté, sin poder dominar un ligero estremecimiento.

Había algo que resultaba todavía más alarmante. Según las autoridades del Martin County que investigaban el caso, Vern debió morir horas antes de ser hallado su cadáver en el interior de su propio automóvil. La Policía halló muestras inequívocas de que previamente había sido torturado, lo que hacía más repugnante el crimen.

«No se descarta la posibilidad de que el robo fuese el móvil del hecho —añadía el “Miami News”—, aunque parece poco probable. Si bien junto al cadáver se halló una cartera de cuero negro abierta y vacía, no se cree que contuviera dinero. Teniendo en cuenta que el profesor Krooning llevaba algún tiempo trabajando en la base de Cocoa Beach, cabe que los criminales buscasen algo muy distinto. Quizá a estas horas el *sheriff* del Martin County haya pedido ayuda a la Policía federal».

—¿Qué os parece, muchachos? —preguntó Lummis, mirándome con escudriñadora fijeza, cuando terminé de leer la información.

Respondí con la verdad. La noticia no me agradaba en lo más mínimo. Y no sólo por la muerte de Krooning y el contratiempo que pudiera significar para las actividades y trabajos de la organización, sino por el riesgo que implicaba para mí.

—Si llegan a descubrir que yo estuve en Sand Cut hablando con Vern a primera hora de la tarde...

—Es posible que lo hayan descubierto ya —comentó Dayton, y yo pegué un respingo al oírle—. La Policía debe andar manipulando con la cartera de cuero en busca de huellas. Quizá encuentren las de varias personas; pero si hallan las tuyas, nadie dudará que fuiste el asesino.

—No pensarás tú que lo fui, ¿verdad? —salté en el acto.

Lummis denegó, rápido. Tanto él como Linbury tenían confianza en que no les traicionaría, seguro de que intentarlo me costaría la vida. Por otro lado, apenas habría tenido tiempo de ir hasta Indian Town, cometer el crimen y volver a Miami a la hora que lo había

hecho.

—Pero hay una prueba definitiva de tu inocencia —agregó—. Joyce tomó nota del cuenta-millas del «Mercury» antes de salir para Sand Cut y al regreso. Fuiste y volviste en línea recta, sin recorrer las sesenta millas adicionales que hubieras tenido que hacer para ir y volver del lugar en que liquidaron a Vern.

Daytona marchó a los pocos minutos. Una vez solos, Winslow y yo discutimos con el lógico interés lo sucedido. Ni él ni yo acabábamos de explicárnoslo. Por lo que Barcroff había insinuado dos días antes, era seguro que las turbias actividades de Krooning no habían pasado inadvertidas para los encargados de velar por la seguridad nacional.

—Pero los servicios de contraespionaje nada tuvieron que ver con el crimen. Y en ese caso, si Vern no fue asesinado por un vulgar salteador de caminos, lo que me parece inverosímil, tuvo que serlo por los mismos a quienes servía, temerosos de que el profesor les descubriera al ser interrogado.

Aquella posibilidad —casi seguridad, mejor— inquietaba sobre manera a Winslow, porque echaba por tierra buena parte de los planes y proyectos de Barcroff.

—Tendré que ver al inspector —decidió—, para saber lo que conviene hacer y decir.

Nadie nos había prohibido, ni siquiera aconsejado, que no saliéramos a la calle. Podíamos hacerlo, pues, cuando y como nos conviniera. La mejor prueba era que Steve había pasado la tarde anterior fuera del apartamento sin que Dayton ni sus secuaces mostrasen el menor interés por sus andanzas.

—Estaré de vuelta a las dos de la tarde, como máximo —me indicó—. Si antes me necesitas, telefona a Ruth y ella te dirá dónde puedes encontrarme. Pero —añadió, luego de darme el número de la muchacha— procura no hablar donde puedan oírte, y, mejor aún, procura no llamarla desde ningún sitio.

Quedé en la casa, y transcurrieron para mí con lentitud desesperada las horas de la mañana. Al filo ya del mediodía regresó Lummis con un encargo para mí: Linbury quería verme con urgencia. ¿Para qué?

—Para felicitarte por el trabajo de ayer, desde luego —aseguró Dayton—. Towlin está con él, y les oí hacer grandes elogios de ti.

Supuse que Vince aprovecharía la ocasión para procurar averiguar si tenía alguna idea acerca de la muerte de Vern, pero no temí ni recelé nada. Ni siquiera cuando al entrar en su despacho del Recreation Civic —los salones del club estaban totalmente desiertos a aquellas horas— vi que no estaban solos el abogado y Linbury. Si en el antedespacho montaba la guardia, como de costumbre, Ben Joyce, en compañía del «boss» y de Towlin se hallaba Ralph Ewell, recién llegado de Lauderdale.

En un principio la entrevista transcurrió por cauces cordiales y amistosos. Confirmando lo que Dayton había anticipado, el abogado habló en términos elogiosos de mi comportamiento de la víspera y del valor de lo que venía dentro del sobre que le entregué intacto. Tanto Ewell como Vince se sumaron sin tardanza a sus elogios.

—¿Sólo me ha llamado para eso, «boss»? —pregunté al cabo, avivada mi natural desconfianza por unas alabanzas a las que no estaba acostumbrado.

—Sería suficiente, ¿no? —dijo Linbury; pero inmediatamente añadió—: Sin embargo, quería hablarte de algo que me tiene hondamente preocupado y que en cierto modo se relaciona contigo.

—¿De qué se trata? —inquirí, arrugando el ceño.

—Voy a hablarte con absoluta confianza, porque has demostrado con hechos merecerla —respondió Vince, hablando con lentitud, como quien mide con exquisito cuidado sus palabras—. Cuando hace un par de semanas irrumpisteis aquí una noche, sospeché todo lo que puedes imaginarte. Eras tú, precisamente, quien me inspiraba tantos celos, que estuve a punto de dar orden de que te liquidaran a la mañana siguiente. Por fortuna, hubo quién se opuso y logró convencerme.

Sonreí, tranquilizado. Aquel «por fortuna» sólo podía significar que en las últimas horas había comprobado que sus sospechas carecían de fundamento.

—Sé lo que estás pensando, Wilton —continuó Vince, tras una breve pausa—, y tienes razón. Pero sólo a medias.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, ceñudo, mientras comprobaba de una manera instintiva que mi pistola seguía en la sobaquera.

—Exactamente lo que he dicho: que tienes razón únicamente a medias. He comprobado que tú, que eras quien menos confianza me inspirabas, juegas con absoluta limpieza. Tu compañero, en

cambio...

—¡Cartas boca arriba, jefe! —exigí, nervioso—. ¿Qué diablos puede tener contra Steve?

—Muchas cosas, muchacho, y ninguna satisfactoria. La primera, el famoso atraco de Atlanta. Mataron al cajero, en efecto, y se llevaron más de cien mil dólares del Georgia State Bank. Pero los asaltantes fueron tres, no uno como decía Winslow, y ninguno de los tres se parecía mucho a tu amigo.

—¡Tonterías! —Gruñí, malhumorado—. Si no entró sólo en el Banco, daría esquinazo a sus compañeros. Lo efectivo es que se trajo la «pasta», ¿no? Y que le atrapó la Policía, aquí, en Miami, luego de un tiroteo y sólo cuando se le encasquilló el «cacharro» que manejaba.

Linbury sonrió con ligera ironía. No negaba que Steve disponía de muchos miles de dólares, como lo demostraba la entrega de los veinticinco «grandes» de la víspera.

Tampoco que fue detenido tras un tiroteo con la Policía.

Pero...

—¿Np te parece sorprendente que las autoridades locales no hubieran recibido la menor reclamación contra ese tipo, y que fuesen los «feds», y precisamente el mismo inspector Barcroft que estuvo a verte en el hospital, quien le echase mano?

No supe que responder; ignoraba adónde quería ir a parar y lo que convenía decir. Tras mirarme un minuto en silencio, Vinco aludió a la pistola que Winslow consiguió introducir en la celda, y añadió:

—Eso no podría hacerlo ningún detenido, a menos que fuera un confidente de los «feds». O, mejor todavía, un agente especial del F. B. I.

—¡Mentira! —chillé, irritado—. Un agente especial no me habría ayudado a escapar de la cárcel.

—Quizá sí —respondió, con calma, Linbury—. ¿Has olvidado, acaso, al supuesto Calhoun de que me hablaste la otra noche? Para los «feds» todos los medios son buenos con tal de conseguir lo que buscan, y este...

—¡No puede ser! —protesté, por decir algo—. Steve me habló y se comportó en todo momento como no lo haría ningún Policía habido o por haber.

Vince hizo un gesto desdeñoso. Lo que hablase Winslow era una cosa; y que lo fuera, otra muy distinta. Admitía que yo, fiándome de las apariencias, me resistiese a creer la verdad. Pero él tenía el convencimiento de que Steve era un policía, e incluso que debía ser el asesino de Vern Krooning.

—Sabía que el profesor llevaba encima veinticinco mil dólares, que iba solo y...

En aquel punto concreto tenía la plena seguridad de que Linbury estaba equivocado, saltando rápido, señalé los puntos débiles de su argumentación. Eran varias las personas que conocían las andanzas de Vern; no sólo por parte nuestra, sino porque el propio interesado pudo decírselo a alguien. En cuanto al dinero...

Discutimos un rato. Yo insistía en mis puntos de vista, poniendo en duda que Steve fuese lo que mi interlocutor afirmaba; y Vince multiplicaba sus acusaciones contra Winslow. Al final, enfrentándose conmigo y mirándome con el ceño fruncido, hizo una pregunta concreta:

—¿Qué harías si logro reunir todas las pruebas que necesito y mañana o pasado te demuestro que Winslow es un agente especial del

F. B. I.?

Vacilé un segundo, mientras mi cerebro trabajaba con rapidez vertiginosa. Al mirar de refilón descubrí que Ralph Ewell tenía una pistola en la mano y me estaba apuntando por la espalda. Si mi respuesta no satisfacía al «boss», era más que probable que no me diera tiempo a rectificar.

Pensé que nada de lo que dijese podría perjudicar a Steve. Lo importante era salir de aquella encerrona, buscar al interesado y advertirle del peligro que le amenazaba. Todo lo demás parecía secundario. Adivinaba lo que Vince quería que dijese, y lo dije:

—¡Le mataría como a un perro!

—¿Seguro que lo harías?

—¡Naturalmente! Si Winslow es un policía, mi vida pende sólo de un hilillo. Y antes de que lo corte pienso liquidarle yo.

Una amplia sonrisa de satisfacción iluminó el rostro de Linbury. Cambió una rápida mirada con el abogado, y Ewell. Luego comentó:

—¡Magnífico, Wilton! Era eso, precisamente eso, lo que necesitaba que dijeras.

Ante mi gesto de estupefacción, pareció dudar un momento. Después, acercándose a la mesa, abrió uno de sus cajones, indicándome:

—Mira lo que hay dentro, y lo comprenderás todo.

Una sola ojeada fue suficiente para descubrir el micrófono. Mirando con atención pudo ver el cable que bajaba por una de las patas de la mesa, llegaba a la pared cercana y desaparecía a través de ella. Tanto Linbury como yo habíamos hablado lo bastante alto para que el aparato recogiera todas y cada una de mis palabras.

—Quizá te interesa saber —añadió Vince— que existe un amplificador en otro lugar de este mismo edificio y que junto al altavoz se encuentra, escuchando con atención, un viejo amigo tuyo; el teniente de Policía Joseph McNamara.

Lancé un rugido de rabia, y en movimiento instintivo me llevé la mano a la axila izquierda. Por desgracia, Ewell fue más rápido; apoyando contra mi nuca el cañón de una pistola, advirtió:

—¡Quieto, muchacho! Levanta rápido los brazos, sin hacer tonterías, o falleces.

Tuve que obedecer. Sin perder la calma, Vince había seguido, sonriente, toda la escena. Cuando me vio dominado y vencido, continuó hablando:

—Con lo que McNamara ha oído habrá suficiente, en caso preciso, para mandarte a la silla eléctrica. Pero extremando las precauciones y para que no puedas negar nada, hemos recogido tus palabras en cinta magnetofónica.

Me eché a reír. En la cinta magnetofónica no sólo aparecían mis frases, sino también las suyas. De presentarlas ante un tribunal, los condenados serían dos, no uno.

—Vuelves a equivocarte, Allen —replicó, desdeñoso, Vince—. La cinta sufriría las necesarias mutilaciones para que desaparezca mi intervención. Quedará únicamente tu confesión de que ayer estuviste con Vern y el anuncio de que matarás a Winslow.

—Con lo que hay más que suficiente —añadió Towlin, el abogado, silencioso hasta aquel instante— para que el jurado más amigo y parcial que pueda soñar le mande sin vacilaciones a la silla eléctrica.

Era cierto, y no cabía hacerse ilusiones. Si a las viejas acusaciones que pesaban sobre mi añadían la muerte del profesor y

la proyectada eliminación de un agente especial del
F. B. I.,

no existía posibilidad humana de que pudiera librar la piel.

—¿Vais a entregarme a la Policía? —pregunté, y por anticipado me figuraba una respuesta afirmativa.

—¡Ni pensarlo! —contestó Linbury—. Más aún —agregó—, puedo darte la completa seguridad de que si continuas jugando limpio no te sucederá absolutamente nada.

Le miré, con un gesto de incredulidad y desconcierto. ¿Por qué pretendía hacerme concebir esperanzas, luego de prepararlo todo para que no tuviera escapatoria?

—¡Déjese de farsas! —Gruñí, colérico—. Si no piensa entregarme a la «bofia», ¿qué significa todo esto?

—Creí que lo habías comprendido, Wilton —repuso Vince—, pero eres menos listo de lo que suponía. Significa, lisa y llanamente, que estás en mis manos.

Explicó su posición ante mi aire de incompreensión. McNamara era un amigo incondicional, que no haría nada mientras Linbury no se lo mandase. Vince lo haría en cuanto dejase de cumplir al pie de la letra sus instrucciones o pretendiera traicionarle. Si el teniente contaba lo que había oído, si presentaba como prueba la cinta magnetofónica —y ya encontraría manera de explicar su posesión sin comprometer para nada al «boss»—, las consecuencias podían darse por descontadas.

—Incluso siendo un agente especial, tu amigo Winslow se vería en un gran apuro, porque tendría que responder del atraco de Atlanta y, lo que es mucho más cierto y grave, de la entrega de veinticinco mil dólares para pagar a un traidor como Vern, al servicio de una potencia extranjera.

Pero de ser un agente especial —y esperaba salir de dudas en muy pocas horas— las preocupaciones de Steve desaparecerían en el acto, porque ningún muerto puede seguir preocupándose por nada, y mi amigo moriría.

—Y tú, naturalmente, serías el criminal. Salvo, claro está, que le busques inmediatamente, le hagas cantar de plano, y si es lo que todos tememos, le llenes el cuerpo de plomo. En esta disyuntiva, un hombre inteligente no dudaría un solo segundo.

Me consideraba inteligente, y me daba perfecta cuenta de que la

disyuntiva o el dilema era más aparente que real. Para mí, hiciera lo que hiciese, el resultado sería el mismo. De caer en la ingenuidad de creer a Vince y cometer la canallada de matar a Steve, McNamara, Ewell, Lummis o Ricket me liquidarían a continuación. Si no le mataba, le asesinarían ellos y cargarían todas las culpas sobre mis hombros para que fuese la Ley la que terminara conmigo.

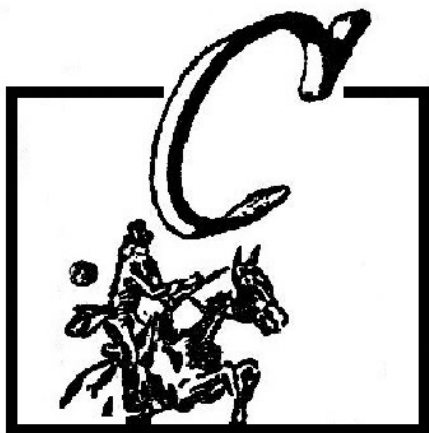
—Tú verás lo que te conviene, Allen. Si estás a mi lado, podrás salvarte; si me traicionas...

Tenía la dolorosa impresión de que mi suerte estaba decidida en todos los casos. Pero me convenía ganar tiempo. Quizá hubiera una solución si conseguía hablar con Winslow. ¿No había dicho varias veces el «boss» que tardarían unas horas en saber si era o no un agente especial? ¡Pues yo tenía que aprovechar aquellas horas, probablemente las últimas que me quedaban de vida!

—No soy ningún traidor —repliqué, con aire de dignidad ofendida—. Jamás pudo decir nadie que Wilton Allen fuera un confidente de la Policía. Voy a buscar a Steve, y cuando le encuentre le llenaré el cuerpo de plomo.

VI

LA ÚNICA SALIDA



UANDO me vi fuera del Recreation Club lancé un suspiro de alivio. Había temido en algún momento quedarme dentro o salir con rumbo al cementerio. Que pudiese hacerlo por mi pie, solo y conservando una pistola, era mucho más de lo que podía esperar diez minutos antes.

En un exceso de euforia podía soñar que tenía muchas y valiosas cartas a mi favor; un examen sereno de la situación demostraba que no disponía de ninguna. A la Policía local no podía acudir, porque se apresuraría a encerrarme, si no prefería ahorrarse molestias; al inspector Barcroff no sabía dónde encontrarle, y era seguro que Vince y sus amigos tendrían buen cuidado de que no pudiese llegar hasta él.

—Sólo me queda hablar con Steve y con Ruth.

Desgraciadamente, cabía que Winslow estuviese muerto a aquellas horas, y él mismo me había aconsejado no visitar o telefonar a la muchacha salvo en caso extremo. ¿Había llegado ese caso? Para decidirlo tenía que regresar a Grapeland Boulevard y comprobar si Steve había regresado.

No había vuelto cuando regresé al apartamento de Dayton Lummis. Pero me había indicado que esperase con calma hasta pasadas las dos, y sólo eran las dos y cuarto. Aguardé, dominando mi impaciencia, durante cincuenta minutos más. Pensé muchas cosas durante aquella espera, pero hice muy poco. Nada, en fin de cuentas, excepto comprobar que la

Smith & Wetson

que llevaba al costado estaba cargada y podía ser disparada con vertiginosa rapidez.

Pasadas las tres de la tarde no pude contenerme por más tiempo y salí a la calle. El «Mercury» que me habían entregado la víspera seguía en la puerta y a mi disposición. A la vista no había ningún otro automóvil. No obstante, y deseoso de no hacer correr riesgos a Ruth, extremé las precauciones, dando vueltas y revueltas por Ope Locka, Hialeah y Miami Shore antes de dirigirme a su domicilio.

—¿Ocurre algo grave? —preguntó la joven, que cambió de color al verme, apenas hubo abierto la puerta.

—Lo peor que podía ocurrir —repuse con toda sinceridad—. Linbury sospecha que Steve es un agente especial. Anda tratando de confirmar sus sospechas, y si lo consigue...

—No lo conseguirá —afirmó, rotunda, Ruth—. Barcroff y él ataron tan bien todos los cabos que nadie podrá desmentir lo que dijo en su primera entrevista con Linbury.

Con harto dolor por mi parte hube de demostrarle que estaba en un error. Los cabos no fueron atados con tanta perfección como el inspector suponía, y Vince había encontrado uno suelto al hacer algunas averiguaciones respecto al atraco del Georgia State Bank.

Mis palabras produjeron un terrible efecto en la muchacha. Sus mejillas parecían haberse quedado repentinamente sin sangre, y le temblaban las manos. Yo experimenté entonces sentimientos totalmente inesperados. Era posible que en aquel instante hubiese liquidado a Steve. Aun así, le envidiaba. Confusamente razonaba conmigo mismo, dictándome que despertar un amor semejante en

una muchacha como Ruth valía no una, sino veinte vidas. Sin darme cuenta, maquinalmente, se me escapó lo que pensaba:

—¡Qué orgulloso estaría Winslow si la viese ahora! Comprendería, sin necesidad de palabras, que le quiere más que a nada en el mundo. ¿Me equivoco?

—Probablemente, no —replicó la joven, con visible esfuerzo, y en tanto que sus pálidas mejillas adquirían de pronto un tinte rosáceo—. Le quiero, sí, aunque no como usted se figura. ¡Pero no es momento de hablar de mis sentimientos cuando la vida de Steve y quizá la de usted corren el mayor de los peligros!

Tenía razón, aunque hube de realizar un esfuerzo para volver a la realidad. Hablando deprisa, para ganar el tiempo perdido, conté en pocas palabras mi entrevista con Linbury, su exigencia y sus amenazas. En los ojos de la muchacha leí una pregunta que no se atrevían a formular sus labios.

—¡Descuide, señorita! —me apresuré a tranquilizarla—. Habré hecho muchas cosas malas en la vida, pero jamás traicioné a quién puso su confianza en mí. Además...

—¿Qué? —inquirió, anhelante, Ruth.

—Aunque sólo fuera por no hacerla llorar a usted, me dejaría matar treinta veces antes de consentir que a Steve le ocurriese absolutamente nada.

—¡Gracias! —exclamó, conmovida, la muchacha—. Confié en usted desde que Steve me habló de su comportamiento la noche que escaparon de la prisión. Sé qué hará por él cuanto esté en su mano. ¡Pero cuídese también, porque su vida...!

—¡Bah! —exclamé, encogiéndome de hombros—. Mi vida no importa a nadie...

—Quizá esté equivocado, Wilton, e importe a muchos. A mí, por ejemplo.

Sentí deseos de estrecharla entre mis brazos, y me contuve con un esfuerzo. Para Winslow, enamorado como estaba de la muchacha, habría sido peor que dejar que le matasen. Tuve prisa en irme. Y ahora no sólo porque las circunstancias apremiaban, sino por miedo a no lograr dominarme.

Ruth me dijo lo que sabía. Barcroff había salido a primera hora de la mañana hacia Indian Town para examinar el cadáver de Vern. Sabía que Steve procuraría verle, y le citó por medio de la

muchacha en un albergue de carretera cercano a Palm Beach, donde podrían hablar con toda discreción.

Me despedí de la joven y salí a todo correr hacia Palm Beach. Hice en menos de una hora las sesenta millas que la separaban de Miami Di sin la menor dificultad con el albergue de carretera indicado por Ruth; pero no encontré ni al inspector ni a Winslow.

—Sí, a mediodía estuvo un caballero de esas señas —dijo un camarero respondiendo a mis preguntas y tras describirle a Barcroff —, parecía esperar a alguien, porque miraba con atención todos los coches que pasaban por la carretera. Pero debió cansarse de esperar y se fue al cabo de una hora.

Era indudable que Steve no había acudido a la cita. Como Fort Lauderdale se halla casi a mitad de camino entre Palm Beach y Miami, cabía la posibilidad de que se hubiera detenido allí. Resolví comprobarlo, y perdí una hora en el viaje de regreso, sin conseguir nada.

Estuve en el hotelito de Wingate Road, que nos había servido de refugio durante unos días; recorrí los distintos bares que juntos habíamos frecuentado; incluso permanecí unos minutos en el Mayan Lake Casino. Hablé con varios de los secuaces de Ewell —si bien no encontré a Ralph ni a Bronco—, y todos me dijeron lo mismo: Winslow no había aparecido por allí.

Desde las afueras de Miami telefoneé a Ruth. La muchacha parecía muy asustada. Las horas transcurridas desde mi visita habían hecho crecer su pesimismo, acentuado por una llamada telefónica de Barcroff, comunicándola que no había podido ver a Steve, pese a estar esperando durante largo rato, y que empezaba a sentirse preocupado.

—Dijo que no me moviera de casa, y que vendría a verme a primera hora de la noche —concluyó.

—Quizá Winslow esté en Grapeland Boulevard aguardándome —dije, más por tranquilizarla que porque lo creyese realmente—. Me daré una vuelta por el apartamento, y si no está allí correré a su casa para hablar con el inspector.

Caía la noche cuando llegué al apartamento de Dayton Lummis en Opa Locka. Salía en el momento de entrar yo, y nos cruzamos en la escalera. Hablamos unos minutos, y su actitud era tan amistosa y cordial como por la mañana. Le pregunté si había visto a Steve, y

respondió negativamente.

—Parece que se le ha tragado la tierra —añadió—. El «boss» tenía interés en verle y no ha podido encontrarle.

Me tranquilizó a medias, porque si no habían podido dar con él seguiría vivo. Pero el peligro continuaba en pie, y era preciso hacer algo para conjurarlo. En cualquier momento podían encontrarle los que le buscaban por orden de Linbury.

Entré en el piso para dar tiempo a que Dayton se alejase y no pudiera ver el camino que tomaba al volver a la calle. Pensé unos minutos en lo que podía hacer, y creí tener una idea luminosa. ¿No estaba Alice Hammond entusiasmada con él? Pues acaso pudiera ayudarme a salvarlo.

Tuve que hacer varias llamadas telefónicas antes de conseguir localizarla. Al final di con ella en su lujosa residencia de Miami Beach. No me anduve con rodeos inútiles al plantear abiertamente la situación:

—Winslow corre un grave peligro, *miss* Hammond —dije—. Vince quiere matarlo, y varios de sus secuaces le buscan por todas partes para acribillarle a balazos dondequiera que lo encuentren.

—¿Por qué? —quiso saber Alice, que no pareció muy sorprendida por la noticia.

—¡Por usted! —repliqué—. Linbury cree que se ha enamorado de usted, y enloquecido por los celos quiere cometer un crimen tan innecesario como estúpido. ¿Pretexto? Que mató a Vern Brooking para robarle, cosa que a todos nos consta que es falsa. ¿No puede hacer algo, *miss* Hammond?

—Quizá sí —respondió, tras una pausa tan prolongada que creí que había colgado sin despedirse—. Buscaré a Vince, y si es cierto lo que me has dicho tendremos un disgusto. ¡Pero si no lo es, sentirás haberme llamado!

Dejé transcurrir unos minutos para que Dayton no estuviera por los alrededores al salir yo. Después abandoné el apartamento, dispuesto a correr en busca de Ruth y Barcroff.

En el portal tuve un encuentro inesperado con William Bronco Smith y Ben Joyce, que entraban en aquel instante.

—Me dijeron que estabas aquí —dijo Bronco, sonriente, al acercarse—, y quise darte un abrazo.

Maldije mentalmente la idea de mi antiguo compañero de la

Eastern Penitentiary, que iba a hacerme perder unos minutos preciosos. No obstante, y como tanto su actitud como la de Joyce no podían parecer más amistosas, no recelé nada hasta que fue tarde. Mientras Bronco me abrazaba, sujetándome los brazos, Ben clavó en mi espalda el cañón de un revólver.

—¡No hagas tonterías, Wilton, o será lo último que hagas! El «boss» quiere verte, y vas a venir con nosotros sin rechistar.

Deshaciendo su abrazo, Bronco se apresuró a despojarme de la pistola. Tuve que acompañarles sin levantar la voz ni ofrecer la menor resistencia. Me condujeron a mi propio coche, al volante del cual estaba sentado Dayton Lummis.

—¡Mala suerte, muchacho! —dijo al verme llegar—. Tú mismo te has vendido. Oímos lo que contaste a Alice Hammond, y eso...

Minutos después el «Mercury» atravesaba a todo correr las calles de Opa Locka, dirigiéndose a las afueras. No podía hacerme ilusiones. Sin necesidad de que me lo dijeran —y me lo dijeron varias veces— sabía el final que me esperaba. Las armas que empuñaban Joyce y Bronco, sentados junto a mí, tenían una elocuencia definitiva. Y Dayton, que no dejaba de hablar mientras conducía, se expresaba sin ambages:

—Andabas buscando a Winslow, ¿eh? —decía en tono sarcástico—. Sabemos que preguntaste por él en muchos sitios. Pensándolo bien, debías darnos las gracias.

—¿Las gracias, por qué?

—Porque vamos a mandarte a dónde puedas encontrar a tu amigo. ¡Aunque será imposible que podáis decir una sola palabra ninguno, de los dos!

Me estremecí al oírle. Sus frases implicaban que Steve había sido asesinado y que yo no tardaría muchos minutos en correr la misma suerte.

—No necesitamos ir más lejos —dijo Dayton, de pronto, deteniendo el coche en un lugar solitario y desierto y encendiendo un cigarrillo con aire de absoluta indiferencia—. ¿Podéis solos con él, o necesitáis que os eche una mano?

—¡Ni pensarlo! —Fanfarroneó Joyce—. Me basto y sobro sin ayuda de nadie. ¡Sal delante de mí!

Había abierto la portezuela de su lado y me invitaba a pasar, moviendo ligeramente el revólver con que me tenía encañonado.

Bronco le secundó en el acto. Clavándome en el costado el cañón de la pistola, ordenó:

—¡Apéate, rápido! Será mejor para todos, incluso para ti, que te portes como un hombre...

La seguridad de recibir un tiro en la nuca apenas pusiera los pies en el suelo no me hacía feliz, y estaba decidido a intentar lo imposible por evitarlo. En definitiva, no podía perder más de lo que ya tenía perdido de antemano. ¡Y si al menos conseguía llevarme a alguno por delante...!

—¡Empújale, Bronco! —Gruñó, impaciente, Joyce—. Le tiemblan las piernas y...

William Bronco Smith dejó de apuntarme un segundo para propinarme un violento empujón. Sin pretenderlo, hizo lo que más podía convenirme en aquel trance, añadiendo nuevas fuerzas a las muchas con que tiré del brazo derecho de Ben al arrojarle de espaldas por la portezuela del coche, abierta de par en par.

Joyce pesaba bastante, pero la desesperación centuplicaba mis energías y conseguí arrancarle de su asiento. Los dos caímos al suelo medio abrazados, con la inmensa ventaja de que Ben cayó encima.

—¡Matadle, matadle! —gritaba Joyce, como una rata asustada—. ¡Tirad rápidos, o...!

Tuvo la desgracia de que le hicieran caso con excesiva premura. William Bronco Smith no había brillado nunca por su inteligencia ni por la velocidad de sus reflejos. Se embarullaba con facilidad cuando quería actuar con rapidez, y solía hacer lo que menos podía convenirle. Así sucedió en aquella ocasión.

Su primer balazo resultó relativamente certero y me hirió en el hombro izquierdo. Pero los siguientes resultaron fatales para Joyce y, en definitiva, para él mismo. Porque todos fueron a hundirse en la espalda de Ben, que lanzó un grito de agonía y se estremeció en dramáticas convulsiones, mientras el revólver se le escapaba de entre los dedos inertes.

—¡Maldito imbécil! —chilló, descompuesto, Dayton, tirando el cigarrillo para empuñar una pistola—. ¡Has sacudido al pobre Joyce...!

El grito de Lummis acentuó el desconcierto de Bronco, que ya no supo lo que hacía. Tiró dos o tres veces más, pero sus balazos

salieron muy desviados. Mientras, yo tuve tiempo de apoderarme del revólver de Ben y empecé a disparar sin levantarme, sosteniendo sobre mi cuerpo, como escudo protector, el cadáver de Ben.

Siguieron unos minutos —tal vez unos segundos únicamente— de terrible confusión. Tiré hasta agotar las municiones del revólver, y el estrépito de mis disparos sé confundió con los de mis enemigos. Sentí un golpe en la sien derecha y se me nubló la visión, pese a lo cual continué tirando a ciegas.

No tenía la menor esperanza de sobrevivir. Pero cuando se me pasó el mareo y pude volver a ver, descubrí, asombrado, que Bronco estaba caído, atravesado en la portezuela, y Dayton inmóvil, recostado sobre el volante, con un hilillo de sangre corriéndole a lo largo de la mejilla derecha.

El agudo dolor del hombro izquierdo me demostró que no estaba soñando. Me puse en pie y me acerqué al automóvil. Era difícil creerlo, pero mis tres enemigos estaban muertos. Yo, en cambio, sólo había recibido un balazo en el hombro izquierdo y una rozadura en la parte derecha de la cabeza.

Me limpié la cara en las aguas de un canal de desagüe que corría paralelo a la carretera, y taponé la herida del hombro por el simple procedimiento de meter unos pañuelos, míos y ajenos, bajo la camisa, sujetándolos con los tirantes.

Tuve suerte que nadie pasase por allí en los minutos que tardé. Pero la suerte podía desaparecer en cualquier instante, y sería fatal que me sorprendieran junto a los cadáveres de Dayton, Bronco y Joyce. Con un esfuerzo logré sacar a los dos primeros del coche, dejándolos tirados en mitad de la carretera. Luego me senté al volante, hice dar media vuelta al «Mercury» y pisé el acelerador.

Sólo podía ir a un sitio, dadas las circunstancias: la casa de Ruth, donde seguramente se encontraría en aquel momento el inspector Barcroft. Allí podrían curarme e impedir que otros secuaces de Linbury completasen lo que Lummis había dejado a medias.

Fui en línea recta a N. W. 27th Street, y dejé el automóvil a unos pasos de la puerta. Aunque no había perdido mucha sangre, él hombro me dolía y no tenía muchas ganas de andar. No tropecé con nadie en el portal ni en la escalera. Tampoco advertí nada sospechoso antes de pulsar el timbre del apartamento de la

muchacha.

Lo que sucedió luego me cogió tan desprevenido que no tuve tiempo de reaccionar. Al abrirse la puerta, en lugar de Ruth aparecieron dos individuos, ambos uniformados y portando sendas pistolas cuyos cañones apuntaban a mi pecho. Tras ellos, sonriente y feliz, surgió el teniente Joseph McNamara, que exclamó, satisfecho, al verme:

—¡Adelante, Allen! Tu llegada nos evita el trabajo de tener que buscarte.

Tuve que pasar y dejarme desarmar. Aparte de los dos guardias que habían abierto y del teniente, en el «*living*» había otros dos individuos, acerca de cuya profesión no cabía la menor duda, pese a que vestían de paisano. Miré en todas las direcciones y no encontré a la muchacha. Cuando pregunté dónde estaba, McNamara replicó:

—Eso eres tú quién tendrá que decirlo. ¡Eso, y lo que has hecho con el pobre Winslow!

—¡A Steve le habéis matado vosotros, canalla! —chillé, iracundo—. ¡Tú y tu amigo Linbury!

—No mientas —contestó, despectivo, el teniente—. No te servirá de nada, porque sabemos lo suficiente para mandarte a la silla eléctrica.

—¡Y yo para que tengas que acompañarme tú! —grité—. Pediré hablar con el inspector Barcroff, y entonces...

—Hablarás con él inmediatamente. Pero no te hagas ilusiones, Allen. ¡Pasa y te convencerás...!

Me empujaba hacia la puerta del fondo, que hube de atravesar. Daba acceso a la alcoba de Ruth. Pero no estaba allí la muchacha, sino el inspector Oscar L. Barcroff. Su recibimiento bastó para convencerme de que McNamara no había exagerado.

—¡Eres un canalla, Wilton! —Me escupió—. Contra lo que llegué a creer, no pasas de ser un traidor y un asesino cobarde. Lamento haberte ayudado a escapar de la silla eléctrica hace unas semanas; pero ahora...

Lo que vino a continuación tenía todos los caracteres de una pesadilla espantosa. Engañado por el teniente, Barcroff estaba convencido de que había matado a Vern Krooning para quedarme con los veinticinco mil dólares, a Winslow para impedir que me denunciase y raptado a Ruth movido por vergonzosos e

inconfesables apetitos.

—¡Vas a decir en el acto dónde la tienes, o soy capaz de partirte el corazón! —gritó, iracundo, poniéndome al pecho el cañón de una «Luger».

Todas mis protestas de inocencia no sirvieron de nada. McNamara, que había cerrado a su espalda la puerta del «*living*» — acaso para impedir que sus subordinados oyesen lo que allí se decía —, presenciaba la escena, sonriente. Incluso animaba al inspector para que me liquidase de una vez.

—¡No merece seguir viviendo, y cuanto antes le ajustemos las cuentas...!

Me volví, rabioso, contra él. Denuncié a voz en grito su complicidad con Vince. Como prueba definitiva contra mí, Barcroff había hablado de una cinta magnetofónica en la que se recogía mi anuncio de que buscaría a Steve para matarle.

—¡Qué diga cómo la consiguió! —exigí—. ¡Que demuestre, si puede, que no está a sueldo de Linbury!

Por desgracia, el teniente había tenido buen cuidado de dar una explicación habilidosa y verosímil. Barcroff concedía más crédito a la palabra de un oficial de la Policía local que a un notorio maleante como yo. Comprendí de pronto que sólo podía salvarme una resolución desesperada.

La puse en práctica, aprovechando un descuido del inspector. Desdeñando el dolor del hombro herido, mis dos manos se aferraron con fuerza a la muñeca derecha de Barcroff, mientras le asestaba un brutal rodillazo en la parte baja del vientre. Conseguí lo que me proponía. El inspector cayó de rodillas, medio atontado, mientras la «Luger» quedaba en mi poder.

—¡Quietos! —ordené, sin levantar la voz—. ¡Un solo gesto, y tiro a matar!

Lívido y tembloroso, sabiendo que su vida corría el mayor peligro imaginable, McNamara levantó los brazos y se dejó desarmar sin pronunciar palabra. Barcroff, que se incorporaba en aquel instante y al que también intimidaba mi actitud, murmuró, pesaroso:

—¡No acabo de escarmentar contigo, Wilton!

Contestarle habría sido perder un tiempo precioso. Preferí encararme con el teniente y exigirle que dijese dónde estaban

Winslow y la muchacha y qué habían hecho con ellos.

—¡No lo sé! —contestó, pálido como la misma muerte, McNamara—. ¡Te juro que no lo sé!

—¡Lo sabes, y vas a decírmelo o te levanto la tapa de los sesos! —afirmé—. Como sabes quién es el «boss».

—Pero —terció, sin poderse contener, Barcroff— ¿no es Linbury?

—Eso creía yo hasta hace una hora —respondí—. Ahora creo que es McNamara. ¡Responde rápido, o...!

Debí levantar la voz, porque los policías que aguardaban en el «*living*» empezaron a golpear la puerta, amenazando derribarla si no les abríamos. Comprendí que allí no podía seguir. Por suerte, la ventana estaba abierta y sólo a diez pies de la acera.

—¡A la ventana, McNamara!

—¿Para qué? —preguntó, titubeante.

—Necesito que vengas conmigo. Vamos en busca del «boss». Pero ¡salta o disparo...!

VII

MIENTRAS AGONIZABA



STABA desesperado, colocado entre «el infierno y el mar profundo», y el teniente lo sabía. También que no vacilaría en matarle, aunque sólo fuera para vengar por anticipado mi propia muerte. Saltó, naturalmente. Yo le seguí, y Barcroff no hizo nada por impedir mis planes.

—¡Corre hacia el «Mercury» y toma el volante! La menor duda...

Obedeció, sin ánimos ni fuerzas para oponer la menor resistencia. Llegábamos junto al coche y abríamos las portezuelas,

cuando alguien disparó desde la ventana, y las balas silbaron por encima de nuestras cabezas.

—¡Pisa a fondo el acelerador! —ordené—. Tu única esperanza de vivir estriba en que no nos cojan...

El coche salió lanzado. Seguían resonando los disparos a nuestra espalda, pero ninguno nos alcanzó. Pronto estuvimos lejos de la casa de Ruth. Un gesto simple, una sola palabra, y la constante presión de la «Luger» sobre su espalda, obligaban al teniente a torcer por la calle que me interesaba. Dimos vueltas y revueltas capaces de despistar a cualquier perseguidor, hasta desembocar en Aviation Avenue y tirar hacia el Sur, cruzando el Miami River.

—¿Dónde vamos? —preguntó McNamara, cuando logró recuperar la voz.

—Donde tengan encerrada a Ruth Wallis —repliqué.

—¡Pero si no lo sé! —Pretendió engañarme.

—¡Pues lo averiguarás deprisa si te interesa seguir viviendo! Tienes cinco segundos para pensarlo. Si una vez transcurridos continuas ignorándolo, fallecerá alguien repentinamente y serás tú.

Tragó saliva con dificultad y me miró angustiado. Lo que vio en mi rostro le convenció de que no vacilaría en apretar el gatillo. Fue el final de su resistencia.

—La tienen en una villa de Sunset Drive, junto al Coral Cables Waterway —indicó, en voz tan baja, que me costaba trabajo entenderle.

—¿Quiénes la sacaron de su casa?

—Ewell y Towlin, aunque la orden partió de Linbury.

—¿Por qué y para qué?

—Para obligar a Winslow a decir cuánto sabía. Vince estaba seguro de que al ver en peligro a su novia...

—¿Vive, entonces, Steve? —pregunté, sin disimular mi alegría.

—Vivía hace una hora —precisó McNamara—. Es posible que continúe vivo aún, si Ralph o Vince no le han metido un balazo en la cabeza... o no ha muerto como consecuencia de la paliza.

Puse todo mi interés en la villa de Sunset Drive, donde tenían a Winslow y Ruth. Había oído hablar de aquel edificio, e incluso estuve una vez en él. En los últimos años, sus dos plantas habían sido utilizadas para muchas cosas, y ninguna honrosa.

—Entrarás delante —indiqué al teniente cuando llegamos a sus

inmediaciones—. Yo iré pisándote los talones, llevándote encañonado. Si hay jaleo, el primer balazo será para ti.

Dejamos el coche en el jardín y subimos los escalones que conducían a la puerta. En la entrada, dos individuos de aire poco recomendable montaban la guardia. Por suerte, conocían al teniente, ignoraban quién fuese yo y no recelaron nada, viéndonos juntos y en actitud aparentemente amistosa.

—¿Dónde está el «boss»?

—Sigue con la chica —respondió uno de ellos—. Ewell y Towlin le hacen compañía.

Demostrando conocer perfectamente el camino, McNamara cruzó el amplio vestíbulo y ascendió por la escalera hasta la planta principal. En el pasillo tropezamos con otro sujeto. Era un facineroso llamado Thedy, al que había visto varias veces con Krupa y Ricket. Por fortuna, la luz del pasillo era mala y no me reconoció.

—¿Cómo dio tan pronto la vuelta, teniente? —preguntó en tono amistoso.

—Porque necesito hablar con Linbury —respondió McNamara—, y el amigo también.

Thedy siguió su marcha hacia la escalera —sin duda para reunirse con los que vigilaban en la puerta del jardín—, y pudimos continuar nuestra marcha. Al fondo, tras una puerta, entornada, oímos ruido de voces.

—¡Ahí están! —musitó McNamara.

—¡«Okay»! —repuse—. Entra delante, y no olvides lo que llevo en la mano...

Los que se encontraban en la habitación volvieron la cabeza, sorprendidos, al abrirse la puerta. Les extrañó ver al teniente. Descubrir que yo entraba pegado a su espalda y con una pistola en la mano, hizo que todos cambiasen de color.

—¡Silencio, y manos arriba! —ordené sin levantar la voz—. ¡Tiraré a matar, y no desperdiciaré un solo balazo!

Tres personas obedecieron en el acto, con ojos dilatados por el asombro y un temblor convulsivo, efecto del pánico que sentían. Eran, naturalmente, Vince Linbury, Albert Towlin y Ralph Ewell.

—¡Tú aquí! —murmuró, estupefacto, Vince.

—Te sorprende, ¿eh? Lo comprendo. Esperabas que Dayton terminase conmigo, y fui yo quien terminó con él. ¡Como acabaré

con vosotros en cuanto os mováis!

Había en la estancia otras dos personas. Una de ellas aparecía tirada en el suelo, con las manos atadas y la cara tan desfigurada que me costó trabajo reconocerle. Ni siquiera se si me vio, porque no parecía capaz de abrir los ojos, dada la terrible hinchazón de los párpados. Era Steve Winslow, y no hizo el menor movimiento indicativo de que seguía alentando.

La otra persona era Ruth Wallis. También tenía los brazos atados, y en la cara se veían las moraduras producidas por los golpes. Pero al menos estaba en pie y consciente, y lanzó un grito de alegría, corriendo a mi lado.

—¡Desátala! —ordené a McNamara—. ¡Y haz lo mismo con Winslow!

Sin responder palabra, obedeció el teniente. Mientras lo hacía, Ralph Ewell increpó, indignado, a Linbury:

—¿Se convence ahora, jefe? Le dije cien veces que un «poli» es siempre un «poli», y que McNamara...

—¡Me las pagará! —Gruñó, colérico, Vince—. Me ha engañado, pero...

—Todos os habéis engañado —le interrumpí, divertido, al verles enfrentarse entre sí—. Pero la peor equivocación...

—¡Es la tuya, Wilton! —me atajó una voz irónica que sonó a mi espalda—. ¡Y suelta la pistola si quieres llegar a enterarte siquiera de quién te mandó para el otro barrio!

—Reconocí la voz de Fat Boy Ricket; tampoco dudé acerca del objeto que, mientras hablaba, fue a apoyarse contra mi nuca. Suponer que tardaría una centésima de segundo en apretar el gatillo si no le obedecía era no conocerle, y yo le conocía de sobra.

—¡«Okay»! —rió, satisfecho, al ver que dejaba caer la «Luger» y levantaba un poco los brazos—. ¡Al final seré yo quien vengue al pobre Lionel, llenándote el cuerpo de plomo!

—¡Magnífico, Ricket! —aprobó Linbury, con un profundo suspiro de alivio—. Siempre dije que valías más que los otros y que...

—¡Cuentos ahora no, jefe! —le interrumpió Fat Boy—. ¿O ya no recuerda su indignación cuando quise «hacer saltar» a éste?

—¡Bah! Eso pasó hace tanto tiempo que está olvidado ya.

—Pero no que hace cuatro días impidió que sacudiese a este

cerdo, porque estaba seguro de que jugaba limpio. Ni que creyese que Dayton e incluso Ralph eran más listos que yo. ¡Figúrese lo que habría ocurrido esta noche si abandono el edificio y le dejo, como quería, con el picapleitos de Towlin y la rata sabía de Ewell...!

El gesto de Ewell dijo bien a las claras que temía que no fuésemos Winslow, la muchacha y yo los únicos muertos cuando el gordo Ricket empezase a disparar, y parecía impaciente por hacerlo.

Yo recordé de pronto que, aparte de la «Luger» que había tenido que soltar, llevaba encima el arma arrebatada a McNamara.

La fuerza de la costumbre me hizo buscarla en la sobaquera, sin darme cuenta de que no la había puesto allí porque me molestaría en la herida del hombro. Recordé que la metí en el bolsillo del pantalón, pero antes de que llevase la mano a él McNamara debió darse cuenta del peligro.

—¡No le pierdas de vista, Ricket! —clamó de pronto, señalándome con el brazo extendido—. Es más peligroso que todos nosotros; tiene encima...

—¡Cierra el pico, cobarde! —le interrumpió Fat, con aires de superioridad—. Estás temblando de miedo a que te sacuda por haberle traído, sin darte cuenta de que me has hecho un favor. Se mejor que tú quién es Wilton, pero a mí no se me escapará, diga lo que diga el jefe.

—¡El jefe dice que debes tirar ese arma! —resonó en la puerta una voz suave, cálida y armoniosa, en la que vibraba un extraño acento de autoridad y amenaza—. ¡Ay de ti si tardas medio segundo en hacerlo!

Lancé un grito de sorpresa, y hubo varios que me imitaron. Me costaba trabajo dar crédito a mis sentidos, porque quién acababa de irrumpir en la habitación era Alice Hammond, empuñando un revólver. Ricket volvió la cabeza y la reconoció, pero no pareció nada dispuesto a obedecerla.

—¡Ni pensarlo, dulzura! —contestó—. El «boss» no ha dicho nada de eso. Gracias a mi llegada no le liquidó Wilton, y ahora...

—¡Ahora el único jefe soy yo, y tienes que obedecerme! —saltó, colérica, la mujer.

—¿Tú? —preguntó incrédulo, Ricket, nada intimidado por su actitud, probablemente porque le daba cierta confianza la pistola que continuaba empuñando—. ¿Qué dice a esto, Linbury?

—No puede decir más que la verdad —afirmó Alice, viendo que Vince vacilaba, indeciso—. Que quien dirige la organización soy yo; que desde el principio no ha hecho otra cosa que cumplir mis órdenes, hasta esta noche en que...

—¿Te parece mal que quiera liquidar a un «fed»? —Gruñó Linbury, rompiendo al fin su silencio, y yo me di cuenta de que su pregunta implicaba una aceptación de la jefatura que la mujer reclamaba a gritos.

—No, y lo sabes de sobra. Cuando liquidaste a Graft no hice más que felicitarte.

—¿Por qué no lo haces ahora?

—El caso es distinto. Has hecho lo peor que podías hacer: mezclar los sentimientos personales con el «trabajo» y preparar el asesinato de un hombre útil sólo por creer que me gustaba.

—¡Estúpida! —chilló, airado, Vince—. ¿No ves que estás haciendo eso, precisamente? ¡Que loca por un tipo guapo no te das cuenta de qué es un agente del

F. B. I.,

que se ríe de ti en todos los terrenos, incluso como mujer!

—¡Mentira! —protestó Alice, cuyos ojos parecían despedir llamaradas.

—¡Verdad! —se ratificó Linbury—. ¿Quién crees que es esta chica? —preguntó, señalando a Ruth—. ¡Pues nada menos que su amante...!

—¡Se equivoca, señor! —intervino mis Wallis, dolida por el insulto—. ¡Steve es mi hermano...!

Al oírla sentí una profunda alegría, que se desvaneció al pensar que, fuera quien fuese, nuestra situación —la suya, la de Steve y la mía— era total y absolutamente desesperada. Resultaba agradable que *miss* Hammond y Linbury se enfrentasen abiertamente. Pero su disputa podía terminar en cualquier momento, y entonces serían nuestras vidas las que llegasen a un inevitable final.

—Pero ¿quién es el Jefe? —preguntó Towlin, el abogado, saliendo de su prolongado mutismo y deseoso de aclarar algo que para él debía tener un interés primordial.

—¡Vince, naturalmente! —contestó Ricket.

—¡No! —rectificó, rápida, Alice—. Linbury no hizo más que transmitiros mis órdenes. Quien lo organiza, lo controla y lo paga

todo soy yo. Vince se ha pasado de la raya hoy, lo que puede costarle caro.

—No hice más que protegerme yo y proteger a todos, desenmascarando y castigando a un agente federal metido en nuestras filas.

—Aunque lo sea, debiste contar conmigo antes de dar ese paso —insistió Alice.

—¡Contigo no se podía contar! —vociferó el otro, descompuesto—. Como todas las mujeres, te volviste loca por un niño bonito. Winslow te sorbió el seso desde que le viste, y eso...

—¡Eso te costará la vida! —gritó, iracunda, *miss* Hammond, levantando el revólver—. ¡Apártate, Ewell! No quiero herirte al dar su merecido a Vince...

—¡No la dejéis tirar! —pidió Linbury, pálido y desencajado—. Si me mata a mí, vosotros iréis detrás de ella, y...

—¡Un momento, Alice! —intervino de nuevo Ricket—. Antes de que nadie dispare aquí tenemos que aclarar las cosas.

—¿No te he dicho que soy jefe de la organización? —se indignó la mujer—. ¡Pues calla y obedece!

—¿Qué piensas de nosotros? —insistió Fat Boy.

—Lo decidiré después.

—Ha de ser ahora. No quiero que una vez desaparecido Vince me toque correr la misma suerte.

Hablaba en tono duro, desafiante. Le daba valor no sólo el arma que seguía empuñando, sino la presencia de Thedy que, con una pistola en la mano, acababa de aparecer en la puerta y seguía atento la discusión.

—¿Te atreves a discutir mis órdenes?

—Me atrevo a todo. Vince no se ha portado siempre bien conmigo, pero aun así me inspira más confianza que una mujer como tú. Serías capaz de liquidarme en cuanto te lo pidiera un niño guapo, y a mí...

—No necesito a nadie para terminar con un cerdo —gritó la mujer, perdida momentáneamente la cabeza—. ¡Toma, imbécil!

Había apretado el gatillo antes de concluir, y dio donde se proponía. En la pechera de la camisa de Ricket apareció una mancha rojiza, mientras su rostro se contraía en una mueca de dolor y sus ojos reflejaban incomprensión e incredulidad.

—¡Así me hago obedecer cuando alguien se resiste! —dijo *miss* Hammond, volviendo a disparar contra Fat Boy, que había caído de rodillas.

El nuevo balazo, que se hundió en el voluminoso abdomen de Ricket, pareció tornar a la realidad al pistolero segundos antes de hundirse definitivamente en las tinieblas del Más Allá. Con un esfuerzo desesperado levantó la pistola y disparó. Cayó redondo, mientras herida en el pecho, Alice lanzaba un lastimero alarido.

Siguió una terrible barahúnda. Como por arte de magia, en la mano de Linbury apareció una pistola que empezó a disparar contra *miss* Hammond, que se estremecía al recibir cada uno de los balazos. Towlin y Ewell le habían imitado en recurrir a las armas, aunque vacilaban contra quién tirar.

Yo no vacilé, seguro de que sus dudas no tardarían en desvanecerse y sería su primer blanco. Había aprovechado la general confusión para sacar la «Walker» arrebatada al teniente, y dispare contra Vince, al tiempo que propinaba a Ruth, que se hallaba a mi lado, tan violento empujón que la tiré de bruces al suelo.

Lo que ocurrió a continuación me resulta difícil reconstruirlo incluso ahora, pasados varios meses de la tragedia. Todos, sin la menor excepción, debíamos parecer atacados por una locura furiosa y homicida. Chillábamos a un tiempo y no oíamos nada, acaso porque, sobreponiéndose a las palabras, retumbaba el estrépito de los disparos.

Vi caer a Linbury, antes de ser a mi vez alcanzado por dos balazos de Towlin. El abogado tiraba a matar, y yo le pague en la misma moneda. Con un poco más de puntería, porque si varios disparos no fueron suficientes para que terminase conmigo, yo acabé con él en cuanto le tomé como blanco.

Pero aún quedaban Ewell y Thedy, mis fuerzas disminuían y se agotaban las municiones del arma que manejaba. No sé si logré herir a alguno de ellos; sí que los dos me agujerearon la piel, haciéndome caer de espaldas junto a Ruth, desangrándome por los boquetes de seis o siete heridas distintas.

—¡Hay que rematarlos y largarse! —oí decir a Ralph—. Aquí no podemos continuar...

Confusamente les vi acercarse para darme el tiro de gracia.

Haciendo acopio de las últimas energías traté de levantar la pistola que seguía empuñando con la mano derecha, pero me dominaba una parálisis que no me permitía realizar el menor movimiento.

Dando por descontado lo que iba a suceder, cerré instintivamente los ojos cuando Thedy me apuntó. Pero sonaron varios disparos y ninguno me hirió. O quizá era tal mi estado ya, que había perdido por completo la sensibilidad.

Me angustió, con todo, el pensamiento de que la víctima de aquellos tiros hubiera sido Ruth. Abrí los ojos con un esfuerzo terrible y vi algo que me pareció imposible; Ewell y Thedy pretendían ganar, tambaleantes, la puerta del pasillo, y se hundían antes de llegar a ella, mientras el teniente McNamara, enloquecido por el terror y milagrosamente ileso al parecer, corría dando voces.

—¡Imposible! —Creí decir, aunque probablemente de mis labios no salió ningún sonido—. Estoy viendo visiones...

La cabeza se me dobló sobre el hombro derecho. Creí descubrir entonces una explicación a lo que suponía fruto de mi imaginación: Steve Winslow, con el que nadie había contado, destrozado como aparecía desde mi llegada, había alzado ligeramente la cabeza y tenía en la mano una pistola todavía humeante.

Transcurrió mucho tiempo antes de que pudiese volver a sentir, oír o ver nada. Si hubiese podido pensar durante aquel tiempo, habría creído, igual que unos meses antes, que estaba muerto. Pero un día, no sé cuánto tiempo después, empecé a percibir un lejano rumor de voces. Poco a poco fui percibiéndolas con mayor claridad. Al fin llegué a entender lo que decía una voz de hombre:

—Creo que puedo felicitarla, *miss* Wallis. Empiezo a tener confianza en la curación de su prometido.

¿Era yo el prometido de que hablaban? Resultaba demasiado hermoso para ser cierto. Sin embargo, cuando al fin abrí los ojos y pude ver lo que sucedía en torno mío, encontré el rostro pálido, pero sonriente, de Ruth inclinado sobre mí.

—¡No hables, querido! —me pidió—. Es suficiente que sepas que estás fuera de peligro, Carl, y que todo va bien.

No hablé, naturalmente; cuando intentaba hacerlo, *miss* Wallis se llevaba el dedo a los labios, imponiéndome silencio. Pero sí la oí hablar con los médicos, que de cuando en cuando entraban en la habitación para comprobar mi estado. Y un día dijo algo

desconcertante para mí:

—Wilton Allen era un pistolero, en efecto. Pero lavó todas sus culpas muriendo como un héroe por impedir que mi prometido, mi hermano y yo fuéramos asesinados por Vince y sus secuaces.

—¿Es cierto que estamos prometidos? —pregunté una tarde, sin poderme contener por más tiempo.

—¡Claro! Durante tu delirio has repetido cien veces que querías casarte conmigo.

—¿Y tú?

—Lo deseo tanto o más que puedas ansiarlo tú —respondió; luego, adivinando lo que pensaba, añadió, rápida—: ¡Y ten la seguridad que no es sólo por el agradecimiento de habernos salvado!

Todas las cosas que no acababa de comprender quedaron definitivamente aclaradas varios días después, cuando me visitó el inspector Oscar L. Barcroff, acompañado de un Steve —que ya no se apellidaba Winslow, sino Wallis— un poco demacrado, cojeando al andar y con una expresión de intenso sufrimiento en el semblante.

—¡Alégrate, muchacho! —dijo Barcroff—. Mientras agonizabas aquí, se han ido solucionando todos tus problemas de tal manera que ya no tienes nada que temer.

Hizo un relato conciso, pero exacto. Contra lo que yo creí, pudo matarme en el domicilio de Ruth y prefirió dejarse desarmar, porque, pese a las pruebas aportadas contra mí por McNamara, había muchos extremos confusos y esperaba que dejándome escapar consiguiera aclararlos.

—Fuimos tras el «Mercury» hasta Sunset Drive. Pero lo hicimos con tanto retraso que llegamos al finalizar la pelea, y no pudimos hacer otra cosa que detener al teniente y a dos pistoleros de Ricket que huían asustados. Los demás...

Varios estaban muertos cuando subieron a la planta superior. Linbury, Ewell, Towlin, Ricket y Thedy habían dejado de existir. Otro, Steve, se hallaba lesionado de cierta gravedad. Alicia Hammond y yo teníamos tales heridas que eran escasas las esperanzas de salvarnos.

—Sólo Ruth estaba en condiciones de hablar, y nos contó lo que había sucedido. Alicia, que tardó media hora en expirar, confirmó algunas de sus manifestaciones.

—¿Y era, de verdad, quien dirigía la organización? —pregunté.

Barcroff inclinó la cabeza en gesto afirmativo. Más inteligente de lo que nadie suponía, *miss* Hammond fue el cerebro que ideó y puso en marcha una complicada maquinaria. Los billetes robados, comprados a bajo precio, le servían para adquirir en otros países piedras preciosas o drogas que introducía de contrabando en América.

—Obtuvo beneficios gigantescos, incalculables casi, porque no contenta con el contrabando montó otro negocio más productivo y peligroso: el espionaje.

Pagaba a buen precio la traición de individuos como Vern; ella, a su vez, se cobraba con ingresos hechos a su nombre en Bancos de Suiza y Austria. Como era natural, percibía veinte por lo que le había costado uno.

—¡Qué pena de mujer! —comentó, sincero—. Tenía todas las cualidades para triunfar y ser feliz en la vida, y sin embargo... Comprendo que el pobre Steve no haya podido olvidarla.

Cuando miré a mi compañero de fuga de la cárcel de Miami, creí ver un brillo de lágrimas en sus ojos. Pero había algo que me interesaba más que su dolor, por intenso que fuera. ¿Qué había del compromiso del inspector de dejarme en completa libertad?

—Contra ti no hay absolutamente nada —replicó, sonriendo—. Como has oído más de una vez, Wilton Allen murió luchando contra Vince y sus amigos. Por lo menos, su partida de defunción aparece en los archivos policíacos. Tú tienes un ligero parecido físico con él, y por eso pudieron confundiros. Pero oficialmente eres Carl Benton Dextry.

Sonreí, comprensivo; sin embargo, la sonrisa murió en mis labios al acordarme de McNamara. El teniente sabía quién era y podía descubrirme en cualquier instante. Si le habían detenido...

—Le detuvimos, en efecto. Por desgracia, cometió la locura de imitarte fugándose de la prisión. Tuvo mala suerte, y uno de los guardianes le mató al atravesar el segundo rastrillo.

Hizo una breve pausa. Luego, mirando a Ruth, que me tenía medio abrazado, sentada a la cabecera de mi cama, añadió:

—Eres un hombre afortunado, Carl. *Miss* Wallis está ansiosa por casarse contigo. Lo hará en cuanto puedas tenerte en pie. Entonces, como viaje de boda, marcharéis en avión a Sudamérica.

—¿A Sudamérica? —pregunté, sorprendido.

—Sí, querido —contestó Ruth, con aire de felicidad—. Hubo una recompensa por tu labor al descubrir una organización que ponía en peligro la seguridad nacional. Con ese dinero, y otro poco mío, hemos comprado una plantación en el Brasil.



COLECCIONES DE **EDITORIAL ROLLAN**

LA EDITORIAL DE LOS EXITOS; WINCHESTER EXTRA - OESTE

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de «cowboys» y «gun-men».

6 pesetas.

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

6 pesetas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

1,50 pesetas.

FORT WINCHESTER CONSTRUCCION de DOCE láminas a todo color

MENDOZA COLT

Un valiente «gun-man» de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

1,50 pesetas.

RECORTABLES WALT DISNEY a 0,50 y 1 pta.

F. B. I.

**LA PRIMERA COLECCION EN EL MUNDO
del Federal Bureau of Investigation.**

Pesetas 6

